

P. Sua
Urian

PUBLICO SUAREZ URIARTE

12100



2509

DEL MUNDANAL RUIDO

(CUENTOS)



LEON
Imp. «La Democracia»
1926

ODI
L
A
Z
A
D
2
CAL
08

12100

Biblioteca Provincial

El Autor

Propiedad del autor.

C. 179788
179789

loc. 1408

PRÓLOGO

Hace ya no sé cuántos años, más de veinte; no los quiero contar. Estábamos entonces, si no en los comienzos de la vida, en los últimos instantes de indecisión, pasados los cuales la existencia va a tomar para cada uno, a través de cambios y aventuras, o pacíficamente encarrilada, un rostro definitivo; en esos momentos que son como los del despertar por la mañana, cuando el espíritu se aferra al sueño que ya quiere irse, y en efecto se va, pero como resistiéndose a abandonarnos las cosas reales, de que nos damos cuenta poco a poco.

No sabía bien cada cual, entonces, si sus pasos iban a ser aquellos que ordenaba su explícita vocación, ni aun si ésta cuadraba del todo con sus gustos y aspiraciones más hondas. Ya estábamos, entre semana, distantes los unos de los otros, quién dedicado a las últimas clases de una carrera, quién metido en la oficina que le iba ayudando a vivir; pero, llegado el día de solaz, en la mañana del domingo, todos nos juntábamos en un cuartito apenas suficiente para que cupiéramos en él: y eso que no éramos, habitualmente, más que cuatro.

De los cuatro, el más respetable, y así se lo hacíamos saber entre bromas, era el dueño de la habitación en que más espacio tenía el piano que nosotros mismos. Y era, a pesar de las bromas, respetable de veras el mozo aquel que nos llevaba unos años de ventaja—desventaja, lo llamábamos de continuo—y la dedicación al arte elegida, en que iba logrando sus primeros triunfos, aún reducidos y difíciles. Nunca dejaba el piano de participar activamente en nuestros conciliábulos domingueros, y era siempre nuestro respetable amigo quien nos hacía oír, a poco que le instáramos, la obra recién compuesta o, entre las antiguas, aquellas que preferíamos, no siempre las mismas que más le agradaban a él.

Oíamos, los tres amigos, en silencio, sus evocaciones del canto popular, y, aun sin consultar con los otros dos, puedo yo jurar por los tres que ninguno pensaba, entre tanto, en las cuartillas flamantes que, bien dobladas en el bolsillo, iban a ser leídas un momento después o lo habían sido ya, y escuchadas con el mismo recogimiento que nos producía la música.

Esto pasaba en una estrecha calle en cuesta del viejo Madrid, cerca de un mercado muy populoso y de una arteria ciudadana menos amplia de lo que requería su tráfico. La casa era modesta; la escalera, oscura; el cuarto, angosto, tenía demasiado encima el balcón de la casa de enfrente.

* * *

Aquellas reuniones tuvieron fin algún día, no sé cuál, sin solemnidad ninguna ni juramento de volver a encontrarnos para referirnos los trances por que nos hiciera pasar la suerte.

Eramos tres, dejando aparte al músico, y de los tres sólo yo he venido a hacer de las letras mi cuidado principal, no obstante otros menesteres pedagógicos a que doy también diario esfuerzo. Uno de estos días vino a mi casa un mozo que dibuja y dará que hablar, si responde a sus principios. Me trajo una caricatura que me había hecho. El y yo la tenemos hasta por fiel retrato; opinión en la que no logramos contar con muchas adhesiones. Realmente, más que mi retrato, es una cifra algebraica que me representa. Lo más claro en ella es una lira y a su lado un arco que dispara un atiladísimo lápiz rojo. Lírica y crítica; lo que yo llamaría mis dos alas, si no tuviera que llamarlo, para ser fiel a mi triste verdad, y a unos cuantos geniecillos malévolos, mis dos amores desesperados.

Nuestro Alfonso ha hecho, de vez en cuando, una salida, nunca desafortunada, al mundo de las letras; pero huye del mundanal ruido y, encerrado en su casa, con su intimidad le sobra. Tú, Publio, te fuiste más lejos. El foro, la política local, la cátedra, se me aparecen ahora como tres descomunales gigantones que te obligaron a servirles, sin dejarte sino leves ratos de solaz, alguno de los cuales te trajo, harto fugazmente, a los brazos de los amigos.

Nunca nos hemos vuelto a reunir. Ni sé ya si en casa del músico, donde ahora hay, a más del piano, armonía de voces

infantiles, podríamos volver a juntarnos como en aquel tiempo; ni si, aunque pudiéramos, debíamos renovar la experiencia. Sólo sé que, si no nos hemos vuelto a reunir, tampoco nos hemos separado de veras. Al escribir estas páginas, el tiempo, conjurado, se ha hecho atrás, y para mí ha sido, unos momentos, como si nos hubiésemos visto el día antes o nos hubiésemos de ver al otro día.

Todo lo debo a tu determinación de imprimir un libro, en que estén compaginados algunos de los cuentos que nos leías y otros que no son de entonces. Porque tú, no lo niegues, eras el más arrojado lector, el productor más fecundo, con esa actividad que luego se te fué, acrecentada, por otros caminos. Altonso tenía ya pereza. Yo, a veces, por el leer, olvidaba el escribir.

* * *

Otro recuerdo, más reciente. El año pasado, a los postres de una comida literaria, que reunió en París a escritores de todos los países, llegada la hora de los discursos, se levantó a hablar Johan Bojer, el novelista noruego. Entre el asombro de muchos, Johan Bojer habló de un escritor francés ni desconocido ni olvidado; preterido en los gustos actuales, sin duda: habló de Guy de Maupassant. Le oíamos, con sorpresa, proclamarle como uno de los escritores esenciales de Francia. Con sorpresa por lo inesperado del recuerdo, y no por otra cosa. Pronosticaba una resurrección magnífica, una nueva época en que se le diese el culto que hoy se le regatea. Luego, en conversación particular, insistía diciendo: En mi país, aún es de los autores más leídos. No sé cómo Francia, siendo el suyo, le tiene tan arrinconado.

Tú sabes, oh Publio, que, si nuestras reuniones hubieran tenido numen tutelar en figura de escritor, si hubiésemos buscado efigie que los presidiera, esa efigie no podía ser otra que la de Guy de Maupassant. Confieso que yo también le tenía un poco abandonado en su estante, y que las palabras de Bojer, que admití al punto por evidentes, me hicieron recordar nuestro terror por aquellas narraciones secas, escuetas, nerviosas, objetivas, restallantes que leímos cien veces y comentamos de continuo.

Para tí, que tenías vena de cuentista, allí estaba el maestro. Aprendías en sus relatos el arte de cortar una acción para

destacarla, reconcentrada, en un solo momento; el gusto por la palabra exacta, que expresa tanto como sugiere, con cuerpo y espíritu, como el hombre; la sumisión a la escala humana, teniendo presente que el hombre no es sólo la vulgaridad de todos los días o el vértigo de un instante, sino el complejo que de una vertiente puede pasar de súbito a la otra.

Volviendo a leer tus cuentos, o leyendo de primera intención los que no conocía,—y echando de menos algunos de los que recuerdo—me ha sido grato encontrarte fiel a tus preferencias de entonces. Maupassant es autor de influjo benéfico, por lo mismo que objetiva hasta lo último sus creaciones, y llegaría, en su apego a los cánones del naturalismo, a ser perfectamente «neutral» si la literatura se escribiera por máquinas y no por hombres. Enseña a observar y a construir. Realista; pero, para él, un latido de lo inconsciente viene a tener la misma realidad que un árbol o una piedra. Capaz de dar un salto desde la más descabellada alucinación hasta la más apretada copia del natural, de los más inefables refinamientos del alma cultivada a las reacciones más lentas de la mente primitiva.

Si te digo que veo en tus narraciones ese influjo dominante, me atrevo a decírtelo porque, gracias a él, resulta bien definida tu personalidad, al objetivarse en ficciones que al momento adquieren sustancia corporal.

Temería que el mundo haya llegado a parecerte avieso y cruel, si juzgara sólo por unos cuantos relatos de tu libro, sin haberlo leído entero. Tu mundo, como el verdadero, no es ni bueno ni malo. Aquí dominan la codicia y la lujuria; allá la abnegación y el sacrificio. Es la eterna batalla de vicios y virtudes que la Edad Media pintó tantas veces, traída a nuestro tiempo y entendida como un duro combate lleno de episodios favorables o adversos para la causa de nuestras simpatías. En las metopas del Partenón vencía unas veces el lapita; pero otras quedaba vencedor el Centauro. Y no es verdad que un escritor tenga que moralizar a sus lectores, deduciendo él mismo su máxima. Quien ve al vicio triunfante, puede sentir complacencia u horror. Toda enseñanza es de virtud para el que a la virtud la aplica.

Pero te estoy dando, al parecer, con esto, actitudes más transcendentales de las que tú has pretendido asumir. Lo que

veo en tus relatos es tu buena calidad de narrador, y en tus tramas, no las lecciones que tú dictas, sino las que a tí te han dictado, por una parte, la experiencia; por otra, la solicitud perpetua del ensueño. Hasta las escapatorias en busca de un escenario romántico, ya algo obsoleto, te acercan a una de las sempiternas fuentes narrativas, al cuento legendario (Cadenita de Oro). Yo te veo, sin embargo, mejor en tus cuentos modernos: en los cuadros rústicos de Comida de entierro y Manflor, en la dulzura musitada de In artículo mortis, en la seca concisión de El rapto, en el sutil atisbo de Infidelidad, en la dramática manera de El recuerdo.

No cito, acaso, los mejores, sino los que la memoria me trae, sin el libro a la vista. Pero ya te he dicho que en tus cuentos, sobre todo, veo su cualidad de «cuentos», casi perdida en estos tiempos de «novela corta». Y la lozania con que, al cabo de los años, salen del cajón, en donde la obra literaria se suele marchitar más rápidamente que en el libro impreso, atestigua su temple.

Enrique Díez-Canedo

Madrid, Marzo de 1926.

con los efectos de la guerra civil de 1936-39, y en las
 años de los cuarenta y cincuenta, cuando se produjo el
 éxodo de los republicanos españoles a Francia, Italia y
 América Latina. En este período se desarrolló el
 movimiento de renovación literaria que dio lugar a la
 aparición de escritores como Juan Ramón Jiménez,
 Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Juan Luis
 Vives, etc. Este movimiento se caracterizó por el
 uso de un lenguaje más directo y sencillo, y por la
 incorporación de temas sociales y políticos a la
 poesía. También se destacó la figura de Federico
 García Lorca, quien desarrolló un lenguaje más
 popular y accesible, influenciado por el flamenco y
 la música popular. Su obra fue destruida durante
 la guerra civil.

Guillermo Díaz-Caneja

(Madrid, marzo de 1908). - Poeta, prosista y crítico.
 Estudió en el Instituto de Ciencias de Madrid y en
 la Universidad de Madrid. Fue profesor de Literatura
 en el Instituto de Ciencias de Madrid y en la
 Universidad de Madrid. Su obra poética se divide
 en dos períodos: el primero, correspondiente a los
 años de su juventud, y el segundo, correspondiente
 a los años de su madurez. En el primero se
 destaca su poesía lírica, influenciada por el
 romanticismo y el simbolismo. En el segundo
 se destaca su poesía social y política, influenciada
 por el marxismo y el leninismo. También escribió
 prosa y crítica literaria. Su obra más importante
 es su libro "Poesía y Política", publicado en 1936.
 Fue miembro del Partido Comunista de España y
 colaboró en la resistencia durante la guerra civil.
 Murió en el exilio en México en 1978.



Comida de entierro

Mañana agostiza, radiante y alegre. Entre los altos montes, cubiertos de brezos y retamas, el blando rumor del riachuelo. Una brisa fresca, cargada de silvestres aromas, templaba los ardores del sol estival.

Al paso lento de las caballerías marchaban por el estrecho camino de herradura la tía Clara y Chon, haciendo tiempo para que las alcanzase el tío Belarmino, marido y padre respectivamente, que se había llegado al pueblo próximo, para consultar con D. Marcos, el Abogado.

Al llegar a la Venta de las Cabras, salió a saludarlas Jacinta, la ventera.

—¿A dónde váis tan de mañana?

—Anda, pues ¿no sabes?... Al entierro de Tirsa, la de *Sepón*, que murió ayer.

—¡Jesús, María y José!—exclamó la ventera santiguándose con aire de afectado dolor— ¡Pobre Tirsa, al año escaso de haberse casadol... ¡No somos nada, tía Claral... Ya ve de qué le ha servido haber heredado tantas haciendas del tío *Sepón!*... Y ¿de qué ha muerto la cuitadina?

—De parto, por lo visto.

—Y ¿le vive a Orencio la criatura?

—No; creo que murió dos horas después que su madre.

—¡Jesús, María y José!... ¡No somos nada, hija, no somos nada!... ¡Pobre Orencio, tan mozo todavía y quedarse viudo y solol... ¡Bah, no tendrá más remedio que casarse otra vez!

—Eso digo yo—afirmó la tía Clara con aire convencido— ¿Cómo va a quedar él solo en aquel caserón, con tantas cosas como hay a que atender?

El tío Belarmino llegaba en aquel momento al trote sobre su viejo caballo, lleno de alifafes y sobrehuesos.

Pidió un trago a Jacinta, lo saboreó chascando la lengua en la boca y luego, picando a la caballería con la única espuela que llevaba ceñida al pie izquierdo, dijo a las mujeres:

—Andando, que no vamos a llegar.

Se despidieron de la ventera y emprendieron de nuevo el camino. Aquélla permaneció en la puerta, mirándolos hasta que se perdieron en un recodo.

Entonces la tía Clara dejó adelantarse a Chon, y se rezagó con su marido.

—¿Qué te dijo Don Marcos?

—Pues nada, que, como Tirsa no deja parientes dentro del tercer grado, y el chiquillo vivió dos horas más que ella, todo el caudal de *Sepón* es hoy de Orencio.

—¿Qué es eso del tercer grado?

El tío Belarmino quiso explicarlo, pero se hizo un lío, se atragantó, y, por salir del paso dijo despectivamente a su mujer:

—Tú no entiendes eso; son cosas del Código.

La tía Clara se dió por satisfecha con aquella solemne invocación al Código, que despertaba en ella una idea confusa y temerosa, algo así como el coco de los niños. Mas de pronto se intranquilizó.—¿Le dijiste tú que consultabas lo de Orencio?

—No, mujer; yo hice la consulta como para un sobrino tuyo de allá, de tierra de Campos... Mira, ahora, como a las mujeres se os arregla mejor habla tú con la chica, y que no nos jorobe con Leoncio.

La madre picó el pollino y se puso a la par de Chon, que iba delante distraída, cantando a media voz el son del baile del país.

La casa iba llenándose poco a poco de forasteros que acudían al entierro de Tirsa.

Orencio, en la sala alta de la casa—un cuarto enorme en que había dos camas, sólo destinadas a huéspedes importantes, y una gran mesa de comedor—, recibía a los que llegaban. Tenía puesto el traje de pana color rata de los días de fiesta, estaba recién afeitado, y daba órdenes constantemente a las mujeres que subían a preguntarle alguna cosa.

A cada uno que llegaba interrogando *cómo había sido aque-*

llo, le hacía la misma explicación de la muerte de su mujer y del chiquillo, tranquilamente, como pocos momentos después hablaba del precio a que había ajustado los segadores y del riego que estaba dando al pascón del Fueyo.

De cuando en cuando gritaba a su hermana:

—Rita, trae más vino y más mazapán.

Y los forasteros mojaban codiciosamente grandes pedazos de éste en el vino ligero y agridulce de la cosecha casera, tomando *un refresco* antes de ir a rendir el último tributo a la difunta.

Sin cesar llegaba gente de todos los pueblos de la comarca, y se repetían las mismas escenas:

—¡Vaya, hombre, conque viudo! ¿eh? ¡Qué se le ha de hacer, no hay más remedio que tener paciencia!... ¡La pobrel... ¡No hay que *dejarse*, Orencio, no hay que dejarse, que éstas son cosas que dispone el Señor!

Y le hacían engullir un nuevo trozo de mazapán y le servían diligentes otro vaso de vino.

—Y ¿cómo fué eso?

Y el viudo repetía por milésima vez la misma relación.

Las mujeres bajaban en seguida a ver a la muerta.

Yacía ésta en una sencilla caja de chopo forrada de satén negro; la habían vestido con el traje de fiesta, una cruz entre las manos, y rodeada de hiedra y madreselvas. Todas la encontraban muy guapa, y lloraban, algunas desoladamente, no menos que si hubieran sido hermanas suyas.

En seguida salían del cuarto y comentaban entre sí que a Orencio y su hermana no se les hubiera ocurrido traer chocolate para los forasteros, ni poner al cadáver el delantal de seda morada que había llevado el día de la boda.

—Ese se lo habrá agazapado Rita—decía una vieja de remangada nariz y aire compungido—. Ya verás cómo el día de San Roque se lo vemos en el baile.

En aquel momento llegaban de la iglesia los curas y el acompañamiento a buscar el cadáver.

Por toda la casa se oía un ir y venir continuo y callado, con aires de macabra solemnidad.

Dos o tres amigos de Orencio procuraban, sin necesidad, evitar que éste bajase en el momento de llevarse el cadáver; en ese momento terrible en que parece arrancarse siempre algo

hondo de nuestra alma, que jamás se vuelve a recobrar, como esas plantas arrancadas con cepellón de la tierra para trasplantarlas a un lugar lejano.

Los responsos terminaban; todos los hombres estaban de pie, descubiertos, preparados para ponerse en marcha; las mujeres lloraban, muchas a lágrima viva. Cuatro mozos echaron mano al féretro para cargarlo sobre sus hombros; la gente se puso en movimiento. Con voz nasal, el párroco pronunciaba las palabras de consoladora esperanza: «Requiem æternam dona ei, Domine»...

De la cocina salió corriendo un chiquillo, un hijo de un hermano de Orencio, y gritando lleno de entusiasmo a otro hermano mayor, entretenido con una rosquilla y los responsos:

—*Lelo, Lelo*, ¡hoy hay arroz con leche!

* * *

Los hombres, según llegaban, iban apretando con fuerza la mano del viudo, sentado en un sillón de vaqueta ante la mesa, cubierta ya con blanco mantel y en cuyas bandas se ostentaban dos filas interminables de platos para los convidados a la comida del funeral.

Orencio, con el sombrero puesto y en mangas de camisa, estaba cortando con la navaja una tostada de pan untada de manteca, que le había servido Olina, la viuda del *Civil*, empeñada en aplacarle una debilidad imaginaria. Se había pasado la mañana cuidándole; además del vino y mazapán que había tomado con los forasteros, le hizo beber, mientras duró el entierro, un caldo, una taza de leche y una copa de jerez; y ahora no se separaba de su lado con intención de sentarse junto a él y servirle durante la comida.

El tío Belarmino y la tía Clara estaban indignados con las asiduidades de la viuda.

—¡Habrà sinvergüenza!—murmuraba aquélla al oído de las demás convidadas.

Entre tanto, el marido contaba confidencialmente en un grupo de hombres la *aventura del ingeniero*, en que la viuda, cuando no lo era todavía, jugaba el papel de protagonista.

La tía Clara, con todo disimulo, fué llevando a Chon al lado de Orencio, y la hizo sentarse, advirtiéndole que le atendiese bien.

En aquel momento entraba Rita, quien colocó sobre la mesa

dos enormes tarteras con dos sopas, de pan la una y la otra de fideos, y todos se sentaron a la mesa. En otra pequeña, puesta aparte, palmoteaba un chiquillo, exclamando:

—¡Yo quiero limonada, yo quiero limonada!...

Y los otros le hacían un eco irónico, que desesperaba al reclamante:

—¡Nadal... ¡Nadal!...

* * *

La comida era abundante, grasienta, pesada. Las jarras del vino circulaban sin cesar de mano en mano, vaciándose en pocos minutos.

Olina y Chon se esforzaban en cuidar al viudo de suerte que no echara de menos lo que había perdido; y así *el atribulado Orencio*, como había dicho D. Matías, el cura, comía y bebía doble ración que los demás. Con el rostro enrojecido y los ojos brillantes como ascuas, correspondía con un codazo a las finezas de sus vecinas.

Se había hablado de Tirsa, ponderándola hasta la exageración, de su enfermedad, de su muerte; y relacionándolo con ésta, cada uno habló de todas las enfermedades y de todas las muertes de todas las personas de su familia. Alguna vez se generalizaba con la profunda filosofía de la ventera cuando había dicho: —«¡No somos nada! ¡Jesús, María y José! ¡Hay que tener *pacencia* con lo que el Señor dispone!»...

Pero la tía Clara observó:

—¡Vaya una manera que tenéis de animar al pobre Orencio! *¡Habla!* de algo alegre con mil de a caballo!

Y, encontrando en esto una magnífica justificación, que todos deseaban, cambió bruscamente el objeto de las conversaciones.

Antón, *el de Vega*, que había sido sargento, empezó a desocupar su arsenal de cuentos verdes, cuyas gracias finales, crudas y picantes como guindillas, reían las mujeres con grandes carcajadas.

En la mesa de los chiquillos, éstos, ya impacientes ante las fuentes de arroz con leche, servidas primero en la mesa grande, de donde amenazaban no salir con vida, se metían entre los convidados, reclamando a gritos su parte:

—¡Yo quiero arroz con leche, yo quiero arroz con leche!

Los rostros estaban congestionados del fuerte comer y de

las ininterrumpidas libaciones, y los puros de a medio real, medio fumados, medio mascados por veinte bocas en la estancia reducida, hacían la atmósfera irrespirable.

El maestro se había creído en el caso de hacer un brindis, que fué muy festejado, con una picaresca alusión a la *futura compañía*, comparándola con el segundo cigarro que se fuma, que es el que sabe mejor.

Olina y Chon habían mirado a un tiempo a Orencio, y la viuda le soltó la carcajada en su misma cara, echándose casi sobre él. El viudo también rió, y, dejando el puro en la boca, dió al mismo tiempo dos pellizcos en los muslos a sus dos vecinas.

La algarabía era ya general al tomar el café. Nadie se entendía. Se había partido la reunión en pequeños grupos, en cada uno de los cuales se hablaba de los temas de su preferencia.

Las mujeres murmuraban. Olina y Chon hubieran tenido atronadas las orejas izquierdas de ser cierta esa supersticiosa creencia popular. Los viejos hablaban de cosechas, de la herencia del nuevo viudo. Los mozos agotaban, entre chistes groseros y carcajadas detonantes, el eterno tema del eterno femenino.

Orencio se divertía con las dos vecinas; pero la viuda, más resuelta, llevaba la mejor parte. Mas, como las pequeñas causas producen grandes efectos, según vieja sentencia, un hecho insignificante vino a cambiar la ruta de los sucesos en favor de Chon. Orencio, ahito de comer y beber, y sofocado por la temperatura interior y exterior, había tenido que desabotonarse el chaleco y la cintura para no estallar, y al hacerlo le saltó un botón. Entonces ella, aprovechando una distracción de la viuda, se fué corriendo a preparar hilo y aguja para coserlo.

Esperaba él, sentado, aquella nueva finura de la moza; pero la madre, previsora, se acercó a él, y le hizo ver la conveniencia de que se fuese a su cuarto para que se lo cosiera, y él se dejó convencer pronto. La viuda apenas se enteró de esto; pero, cuando volvieron Orencio y Chon, comprendió que había perdido el terreno y la batalla.

* * *

Ya era entrada la noche cuando Chon, seguida de sus padres, iba sobre su mula cantando a plena voz camino de su pueblo. El tío Belarmino hablaba bajo con su mujer.

—Ahora—decía ella—ya nos puede dar la corrada que te hace pieza con el prado del Fraile.

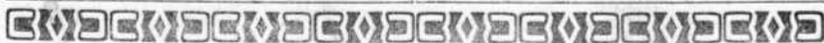
—Sí—replicaba él—; y hay que cambiar también la tierra del Grajo por la era de Arriba.

Pasaban por junto al cementerio, donde aquella mañana fuera enterrada la mujer de Orencio. Una nueva cruz, hecha con dos palos de chopo, se alzaba en la tierra removida. Dos raquí-ticos cipreses alargaban sus sombras bajo la luna casi llena. Un buho entonaba su nota plañidera en el monte cercano.

Los viajeros se llegaron a la verja del Camposanto, y la tía Clara, suspirando, exclamó:

—¡Pobre Tirsal

Y los dos viejos, llenos de unción, rezaron devotamente un *padrenuestro*.



Una sesión de hipnotismo

Con ocasión de experiencias que pocos momentos después habría de realizar el famoso Onofroff, hablábamos del hipnotismo en el antepalco, durante el intermedio del segundo al tercer acto de un dramón insoportable y terrorífico, que servía de pretexto para la presentación del célebre *medium*.

La discusión habíase enardecido con la incredulidad precientífica de nuestro amigo Anselmo Durán, quien, consagrado a arduos estudios de artillería, no había tenido tiempo de meditar sobre una cuestión de tan inmensa y emocionante importancia.

Cada uno de nosotros contaba, por vía de argumento, las observaciones que había hecho, los casos presenciados o leídos en las obras científicas. Sólo el Dr. Mariño, el más viejo de todos nosotros, guardaba silencio, asintiendo únicamente con el gesto a nuestros relatos.

—Usted, como médico—le dije yo—, podría darnos una opinión autorizada.

—Desde luego estoy con ustedes—contestó.—No somos dueños, en efecto, de nuestra voluntad ante otra más fuerte, como no lo son nuestros músculos ante la fuerza superior de otros más robustos, de una ligadura tenaz o de una ataxia incombustible.

Podría citarles miles de casos de sugestión en la vida ordinaria; pero prefiero contarles uno solo, portentoso, increíble, que a nadie he referido jamás, porque quizá me cupo en él una responsabilidad criminal de encubrimiento... Caso que tal vez no provoque en nuestro amigo Anselmo más que una sonrisa de irónica incredulidad.

Habíamos ido a Berlín un compañero mío y yo, acompañando a una cliente a quien habría de operar, y operó en efecto, un cáncer el célebre Dr. Bergmann.

Como entre los preparativos de la operación y el restablecimiento después de ésta pasaron unos dos meses, tuvimos tiempo de hacer amistad con varios colegas eminentes, entre los que se contaba el Dr. Max-Niemann.

Era éste un hombrecillo pequeño, de incierta edad, ni joven ni viejo, enjuto, ligeramente calvo en la frente; usaba larga melena de cabellos rubios y canosos, cuya mezcla formaba una rara tonalidad de amarillo claro; su cuerpo vibraba constantemente en contracciones nerviosas, y en su rostro pálido, completamente afeitado, llamaban desde luego la atención sus ojos grises, no grandes, encerrados en dos cuencas profundas, velados casi siempre por los párpados perezosos, y despidiendo alguna vez rápidas y poderosas fulguraciones, agudas y brillantes como javalinas de acero.

Dedicábase principalmente a los estudios del sistema nervioso, en los que era una verdadera autoridad; y, si su fama no correspondía a su saber, se debía únicamente a que él, poco pagado del tributo a la gloria, vivía oscuramente, encerrado en su casa, estudiando y descubriendo, sin más amores que su mujer y el microscopio; como un antiguo nigromante que, dormido en la Edad Media y despertado en nuestros días, hubiera tenido que acomodarse forzosamente y mal de su grado a las nuevas costumbres.

Un día nos invitó a almorzar a mi compañero y a mí, para ofrecernos después los frutos de algunos ensayos y experiencias suyos.

Solamente comimos juntos los dos médicos españoles, Carlos, ayudante del Dr. Niemann, éste y su esposa, Berta.

Era ésta una joven de sencillo aspecto, y, si no muy bella, sí en extremo simpática y agradable; tenía unos hermosos ojos azules, lánguidos y velados, que parecían mirar siempre a través de un velo húmedo que se hubiera formado por la evaporación de un llanto dulce, derramado en un momento de amorosa melancolía.

Tuvimos luego una sesión de microscopio, en la que pudimos convencernos de la sabiduría del doctor, y después, como mi compañero tenía que practicar una operación que por cortesía internacional le habían cedido en una clínica, Max-Niemann rogó a Carlos que le acompañase, y él y yo nos quedamos para

mostrarme algunos ensayos de hipnotismo y sugestión, que el célebre doctor practicaba con algunos de sus enfermos del sistema nervioso.

Pero aquel día los que se presentaron a su consulta ofrecían poco de particular, lo que contrarió mucho a Niemann, especialmente la falta de una joven, caso de epilepsia, por lo visto, muy notable.

El doctor, malhumorado, dudaba qué hacer, lamentando que yo no hubiera podido comprobar sus experiencias, porque es de advertir que esto ocurría la víspera del día en que nuestra cliente, mi compañero y yo debíamos regresar a España.

De pronto llamó resueltamente a un timbre.

—Que venga la señora—dijo al criado que se presentó a recibir sus órdenes.

—¿Qué quieres?—respondió ella desde una habitación próxima, al oírse llamar.

—Ven, Berta, repuso imperiosamente Max.

Al fin se presentó la linda joven con su aire humilde y manso, como de esclava acostumbrada a servir.

El doctor le dijo, presentándole una butaca:

—Siéntate, porque a falta de enfermos voy a hacer contigo algunas experiencias de sugestión.

Y, en seguida, cerró los balcones, por donde entraba la plena luz del sol meridiano, y encendió una lámpara eléctrica cubierta por una tulipa roja, cuyos reflejos iluminaron débilmente la estancia y los muebles con un tinte de sangre.

Ella suplicó a su esposo con voz emocionada:

—¡Oh, no, conmigo no; sabes que me hace mucho mal... Si quieres, llamaré a Catalina.

Max-Niemann no hizo caso; le tomó una mano, e impasiblemente empezó a explicarme:

—Berta es una neurasténica, que, por la sugestión, llega a un estado de perfecta abulia... Un magnífico sujeto, que me ha proporcionado la ocasión de experiencias notables.

Ella seguía suplicando, primero humildemente; pero, cuando vió a su marido dispuesto a hipnotizarla, sacó todas sus fuerzas y empezó a defenderse contra él, con las manos, con los pies, con la cabeza, con todo su cuerpo y su voluntad rebeldes y medrosos, mientras repetía desesperadamente, llorando:

—No, no, quiero... Me haces mucho daño... Déjame, criminal...

El doctor consiguió apoderarse de sus dos manos, y un estremecimiento convulsivo recorrió, como la pulsación en una cuerda de arpa, todo el cuerpo de la joven. Aún levantó hacia él sus ojos suplicantes, y entonces una mirada de Max, rápida y fulgurante como un relámpago, la hundió en la butaca pesadamente. Todavía aseguró más el sueño tomándole las manos y dándole cuatro o cinco pases a lo largo del cuerpo inmóvil y rígido.

Después de ponerla en estado de completa catalepsia, la sugestionó, e hizo con ella varios experimentos de transmisión del pensamiento. Leyó mi tarjeta a través de la piel de la cartera, averiguó exactamente las monedas de oro y plata que yo llevaba en el bolsillo, y el nombre de mujer en que yo pensaba fijamente, nombre español que ella fué escribiendo en un papel letra a letra; y, por voluntad del doctor, abrió la puerta, bajó la escalera del jardín, entró en la estufa, arrancó de un tiesto una gardenia determinada, subió otra vez al despacho de Niemann, y la colocó en mi levita.

Yo supliqué a Max que la despertase, porque, tras la máscara artificial del sueño hipnótico, veía a aquel pobre y débil espíritu sufrir atrozmente en la esclavitud de invisible cadena a que la sujetaba su esposo. Pero él me dijo:

—Ya sabe usted que hasta ahora las voluntades ajenas no han tenido poder para contrarrestar las decisiones más firmes de la voluntad sometida; y, como tratamos entre compañeros, no tengo inconveniente en que usted se convenza de cómo yo he conseguido vencerla, violando secretos de pudor, que son los que las mujeres guardan en el último rincón de su archivo oculto.

Se acercó a Berta, y le apretó fuertemente las manos. Se veía a través de sus tejidos, en las convulsiones de sus nervios periféricos, en el trabajo de la sangre en su sistema arterial, que la suave epidermis dejaba transparentar como una red azulada bajo el agua clara de un río poco profundo, el esfuerzo de su voluntad sojuzgada, debatiéndose en vano para oponerse a la fuerza exterior que trataba de abrir y profanar el libro secreto de sus recuerdos; la batalla que en lo profundo de sus centros nerviosos libraba su libertad contra aquel conquistador extraño y despótico, que entraba en su íntimo imperio como un dominador de

la antigüedad por la fuerza de las armas apoderándose de un territorio vecino y débil, para implantar en él el reinado de su odiosa tiranía.

—Dí—exclamó Max cerca de ella con voz firme—lo que has hecho en las últimas veinticuatro horas.

Y empezó rápidamente su relato del día anterior, en que se mezclaban las labores de la mujer, las órdenes domésticas, el paseo, la ópera, los besos de Max, el cumplimiento de los deberes matrimoniales en el lecho la noche anterior. Contó luego un sueño, raro y descabellado, en que figuraba el doctor, haciendo la autopsia a Carlos, su ayudante, muerto sin saber cómo ni dónde.

Refirió su aseo y su tocado en la mañana de nuestro convite, con detalles íntimos, nuestro saludo a la llegada, nuestra entrevista con el doctor en el jardín y en el gabinete de estudio, y cómo, entre tanto, había llegado el joven ayudante...

Al llegar a este punto calló, y su cuerpo fué sacudido por un temblor breve y frío, mientras en su rostro se leía de nuevo el combate que se libraba en su interior. Max Niemann se acercó otra vez a ella y tomó en las suyas las manos finas y yertas de la joven.

—Sigue, sigue—ordenó con voz aún más imperativa que antes.

Berta pareció calmarse un poco, pero su cara dibujaba el fantasma de un sufrimiento, algo así como la huella que dejan un dolor y una desgracia, después de pasar, en un cuerpo delicado.

—Al entrar Carlos—continuó ella, —le refí porque ¡ayer no vino por la tarde mientras Max estaba en la cátedra; se justificó con un enfermo grave, me hizo sentar en sus rodillas y nos besamos...

—Sigue, sigue—interrumpió el doctor con voz que estalló como un trueno saliendo de su boca abierta como un cráter amenazador, mientras todas sus facciones descompuestas expresaban una resolución siniestra e inquebrantable.

Yo había quedado anonadado ante la confesión, y comprendía toda la repugnancia de la infeliz a ser sugestionada, y la penosa y estéril lucha con que había tratado de defender y ocultar su culpa. Quise acercarme al doctor, que se había apoderado de las manos de su mujer y parecía intentar pasar él entero, como una corriente magnética, al interior de aquel pensamiento, forzosa y sombriamente sincero, para conocer de un golpe toda

la verdad brutal, que asesinaba nefariamente su amor inmenso por la criatura perjura y falaz; pero una mirada suya me detuvo, haciéndome comprender que, si él quería, también sería dueño de mí.

Y siguió todo el relato crudo y detallado de aquel momento de adulterio con todo el veneno de sus caricias y besos, de sus palabras y espasmos, de sus placeres refinados, de sus excesos lascivos, de su frenética voluptuosidad. Y luego una historia breve, a grandes rasgos, de aquel amor, desde su comienzo, hacía unos meses, hasta aquella fecha imborrable.

Max-Niemann seguía cogido a las manos de su mujer; estaba pálido como un cadáver, frío, rígido, sin movimiento; parecía que la vida hubiera huído de todo su cuerpo para concentrarse sólo en los ojos, que fosforecían y brillaban como los de un gato en la oscuridad, como botellas de Leyden que estuviesen haciendo continuas descargas del fluido, jamás agotado, en que una corriente misteriosa las saturase sin cesar.

De pronto el doctor, con una voz que parecía salir de una caverna profunda y estrecha, murmuró.

—¡Muere, miserable!

Quise acercarme de nuevo para impedir no sabía cuál siniestra maquinación; pero él lo adivinó, y con una mirada terrible me dejó clavado en mi butaca.

Y allí asistí al desarrollo de la espantosa escena.

Hubo unos instantes de angustia indefinible, de silencio glacial, como de tumba. La lámpara alumbraba con su sangriento resplandor aquel cuadro fatídico.

El doctor tomó una copa, vertió en ella unas cucharadas de agua clara, y la puso en la mano de su esposa, que la llevó a los labios rápidamente, apurando su contenido.

Después Max-Niemann se acercó a ella, apretó sus manos hasta hacer crujir los huesos, y aproximó a los de la joven sus ojos, cargados de un fuego que parecía despedir llamas.

El doctor, pálido, como si se hubiera quedado de pronto sin sangre y con toda la vida en los ojos, era una figura siniestra que hacía pensar en las divinidades orientales del mal.

Fué cosa de dos o tres minutos apenas. La joven quería exhalar gritos, que se ahogaban roncós en su garganta; se hizo anhelosa su respiración; se congestionó su rostro ferozmente,

como si, de súbito, del fondo de un lago tranquilo surgiese a la superficie una erupción de linfa sangrienta; trató de asirse con las manos a sitios invisibles, cayó hacia atrás la cabeza, abrió los ojos desmesuradamente, torció la boca en una mueca horrible, y, en fin, pesadamente, quedó inmóvil, tiesa, horrorosamente descompuesta, pasando del sueño artificial al sueño ultranatural y ultraterreno...

Max se apartó de ella, soltando sus manos, y me la mostró con un gesto vago, mientras se limpiaba la frente, cubierta de gotas de sudor. Había recobrado su máscara fría, tras la que se adivinaba una secreta turbación mezclada con el goce de la venganza satisfecha. Sus ojos habíanse oscurecido con una nube tenebrosa, y semejaban dos fuegos artificiales apagados después de haber agotado toda su lumbre detonante: en su fondo parecía ostentarse en mueca horrible la burla de la muerte.

Se encogió de hombros, y, mirándome fijamente, dijo:

—Tengo confianza en usted; he hecho lo que debía, lo que no puede menos de hacerse cuando se ama.

Y en las cuencas de sus ojos brotaron, como procedentes de una filtración lejana, dos gotas húmedas que desaparecieron sin rebasar los párpados, como absorbidas por invisible esponja.

—No creí ir tan lejos en mis experiencias—añadió—. Perdonadme.

Y, al leer una interrogación en mis ojos, que miraban la copa vacía continuó:

—No; no ha sido un veneno, sólo un medio de ayudar la sugestión. Sencillamente he parado para siempre su corazón, que jamás volverá a latir en amores ni adúlteros ni puros, con mi sola voluntad. Una muerte por sugestión: la he ordenado morir, y ha muerto. Eso es todo.

Y prosiguió en voz más baja:

—Afortunadamente la Medicina todo se lo explica: se tratará de una asistolia, cuya causa remota vaya usted a saber... ¡Yo tengo que vivir para la Ciencia! ¡Oh, ésa no engaña nunca!...

Ya en la puerta, montamos en su coche.

.....
Y concluyó el Dr. Mariño:

—Ya ven ustedes si tengo motivos para ser crédulo en cuanto se refiere a la moderna nigromancia.



Bodas de oro

Grande era la alegría del viejo Sr. Riesco en la víspera del día memorable en que iba a celebrar la veneranda solemnidad de sus *bodas de oro* con su amada Teresa, aquella santa y vieja compañera, que en tiempos fué la morenilla vivaracha y alegre, pretendida de tantos y colocación ideal de todos los jóvenes que constituían en la comarca la aristocracia de las letras, de la nobleza o del dinero.

Entonces, en la fecha indeleble de su casamiento, tenía Teresa veintiún años y él veintiséis. Teresa, perteneciente a una casa de pergaminos, un poco venida a menos económicamente, por la petrificación en que han ido quedando, con el avance del tiempo, las fortunas de esas casas antiguas que de sus rentas solamente han vivido, era notable sobre todo por su talento práctico de mujer, por su flexibilidad para acomodarse a todos los medios y por su belleza fina y delicada, llena de gracia y de soltura. Con tales prendas cautivaba en las redes inevitables a los más recalitrantes, que se acercaban denodadamente al prodigio creyendo poder envanecerse luego de haber sabido sustraerse a la sugestión que parecía brotar de ella. El, el preferido entre tantos pretendientes desdeñados, era lo que suele llamarse un joven de porvenir: abogado rico y político brillante que parecía llamado a los grandes destinos de la patria; a más de eso, todo un buen mozo, fuerte y elegante, que encantaba a las mujeres quizá por cierto matiz de rudeza no exenta de encantos y distinción.

Pero todo aquello en que tal vez soñaron algún día, se había desvanecido por su mismo gusto. A poco de casados, hartos en dos años de la vida social de las grandes ciudades, se retiraron al vetusto castillo del país natal, que, sin duda, en algún tiempo remoto fué morada de poderosos señores de horca y cuchillo, y

cuya media ruina repusieron con obras nuevas, que, si restaban belleza a la bizantina sencillez del monumento, encerraban todo género de comodidades para sus dichosos dueños. Desde allí vigilaban y dirigían el cultivo y la labranza de sus vastas tierras, a lo que, cada vez más, fueron habituándose y aficionándose los dos esposos.

Darío Riesco abandonó la política y la ciencia, y sólo libros de agricultura, de ganadería y técnicas similares entraron desde entonces en su biblioteca. Las estancias veraniegas en el país fueron dilatándose más cada año, y, al fin, una de ellas fué definitiva, y los esposos Riesco cerraron su casa de Madrid.

Habían pasado desde entonces cincuenta años, cincuenta años felices, sin sombras de dolor, de esas que, impulsadas por las grandes desgracias, bastan para nublar una vida entera o una etapa considerable de ella. Teresa, con sus setenta y un años, estaba bien conservada, y aún se ocupaba en los diarios menesteres domésticos; él, con sus setenta y seis, todavía recorría sus tierras para dirigir las faenas de la recolección, se levantaba a las seis de la mañana y cazaba en el monte tal cual conejo fácil y descuidado.

Aquel día se habían reunido allí sus doce hijos: Patricio, el mayor; Ana, Catalina, Pedro, Julián, Teodoro, Teresa, Darío. Miguel, Honorio, Juan y Esperanza, la más pequeña, que contaba sólo veintitrés años; todos casados, unos con hijos y otros sin ellos; los treinta y siete nietos, de los cuales había ocho casados; los biznietos, y hasta los dos gemelos, biznietos de Ana, nacidos hacía pocos meses. ¡Cinco generaciones que los afortunados tatarabuelos iban a versentadas a su mesa aldía siguiente!

Y para que la dicha fuese completa, habían llegado también los dos únicos amigos de Darío que sobrevivían de los que durante su juventud habían sido compañeros inseparables de goces y pesares; el Dr. Llager y José Otero; aquél, célebre médico de la corte que en tiempos había figurado en primera fila; éste, gloria de la escena, que había escuchado los triunfos de más de cincuenta dramas aplaudidos con entusiasmo.

Ambos habían anunciado su llegada unos días antes, causando al viejo Riesco una alegría indefinible y pueril, y allí estaban ya; acababan de apearse pesadamente de los dos machos que habían ido a recogerlos a una legua de allí, en la esta-

ción en donde les había dejado el tren que les trajera desde Madrid.

Los dos amigos, ya casi octogenarios, estaban muy acabados y torpes, y sus cabezas, completamente blancas por los escasos sitios en que la calvicie había dejado ruinas de aquellas dos cabelleras abundantes y undosas que se habían peinado coquetonamente allá por los tiempos en que triunfaba el romanticismo con la representación inolvidable del *Hernani*, que los tres juntos habían presenciado en París.

No escapó esa observación a Darío, que a su lado, por ley de contraste, parecía, y él mismo se notaba, aún joven y ágil, y esto le causó una secreta alegría con mezcla de pesar y compasión ante aquellos dos despojos de una juventud dichosa que parecían tener sus cuerpos medio hundidos ya en la próxima y fatal sepultura.

* * *

Se había celebrado el pesado festín en que la alegría reinó soberanamente. Eran las altas horas de la noche, y los tres amigos, sentados juntos en el parque, presenciaban la fiesta nocturna en que la juventud se divertía con entusiasmo, entregada a los dulces placeres de la música y del baile.

Llager y Otero estaban tristes, como si les hiciese daño aquella dicha ajena de que no podían participar, y mentalmente comparaban su soledad de viejos solterones con aquel bullicio y algazara que Riesco miraba como cosa suya, como si él mismo estuviese danzando con toda la habilidad y soltura de los veinticinco años.

Y, heridos en su egoísmo, convinieron en marcharse aquella misma madrugada, para sepultar pronto las molestias sufridas en el aislamiento de sus casas silenciosas y solitarias.

Mientras llegaba la hora, evocaron juntos los recuerdos de su lejana juventud, mirada ya entonces como cosa soñada, sin realidad, inapetecible, molesta, como si al pasar por sus labios marchitos las historias risueñas se empapasen en el hálito fúnebre de muerte que parecía soplar ya en ellas heladamente.

Y desfilaron las historias de amores fracasados, las fáciles conquistas, las orgías frenéticas, las ilusiones y anhelos de su vida alboreante.

Y por fin recayó la conversación sobre las empresas que cada uno había llevado a cabo. Los dos solterones encontraban en este tema un desquite con el que se fingían la ilusión de conservar una superioridad indiscutible respecto del gran amigo de quien eran huéspedes, cuya fiesta había venido a causarles, sin que ellos se explicasen por qué, una sensación penosa y hasta un sordo rencor para aquél cuya alegría constituía una especie de insulto o de burla a sus vejeces arrumbadas.

El Dr. Llager refería sus conquistas científicas, el auge a que había llegado en el ejercicio de su profesión, el favor pingüe con que le distinguió la mejor clientela de Madrid, sus oposiciones reñidas y renombradas a la cátedra de la facultad de Medicina, de la que había sido ya hacía años jubilado.

Otero repasaba en alta voz sus triunfos escénicos, especialmente el de su drama «El paje de Doña Urraca», que mereció los honores de la representación en París con la presencia del Emperador y de la Emperatriz española, y el todavía más caro e imborrable de que ésta llamase a su palco, para felicitarle, a su autor, mientras el público, en que predominaban los románticos de la decadencia, aplaudía con delirio.

Callaba en tanto, más pensativo que malhumorado, el viejo Riesco, cuyo silencio interpretaron sus amigos como muestra de pesar, porque al lado de aquella labor brillante y gloriosa no podía él presentar la noble ejecutoria de otras empresas conquistadoras de renombre y laureles. Pero la verdad es que, si en los pensamientos de Riesco había entonces alguna amargura, no era por la consideración de su inferioridad, sino porque pensaba en lo que aquellos amigos ilustres callaban.

El médico, anticuado en sus doctrinas y en sus procedimientos, había sido poco a poco abandonado por la clientela, teniendo al fin que cerrar su consulta y quedando sólo con su cátedra, de la que después fué jubilado, no conservando entonces sino una plaza, más honoraria, por lo que había sido, que efectiva, en un hospital de Madrid, en donde, entre los mayores respetos, nadie le hacía caso, y bien lo sabía Riesco por su nieto Javier, que no hacía mucho se había hecho médico.

Y el poeta dramático, formado en las postrimerías de una escuela que acabó de dar sus frutos, agotada su inspiración, sin haber dejado por otra parte ninguna obra inmortal, intentó en

vano acomodarse a las nuevas orientaciones del teatro, sin alcanzar un solo acierto; al contrario, después de tres o cuatro fracasos todavía respetuosos, no se atrevió a estrenar dos obras más que compuso dándoles su nombre; y el pseudónimo con que las firmó, como no obligaba a los respetos del pasado, dió ocasión a esos espectáculos lamentables que en la jerga teatral se conocen con el nombre de *pateos*.

—¡Pobre Daríol!—dijo Llager, suponiendo en su amigo pensamientos bien contrarios a los que ocupaban su mente.—¿Cómo enterraste aquí tu espíritu, que tan sazonados frutos pudo dar a la humanidad, renunciando a las glorias que merecía tu talento?

—Es verdad—añadió Otero—; habrás pasado por el mundo sin dejar una huella durable en pos de tí.

Estas manifestaciones, un poco molestas, de compasión, picaron a Riesco, que, sin disimular del todo su enojo, hubo de replicarles:

—No os envanezcáis, pobres amigos míos. Todas esas obras de que os alabáis ¿qué son en el incesante progreso humano?... Humo que apenas formado se desvanece en la atmósfera. En cambio, mi obra...

—¿Cuál es tu obra?—interrogaron a un tiempo con mezcla de sorpresa y cierto dejo despectivo los solterones.

Y entonces, irguiéndose todavía arrogante Riesco, con vago ademán, les indicó aquella viva multitud de sus descendientes que en el parque del castillo bailaba, cantaba, reía... y acaso sufría también.

* * *

Los viejos solterones, tras una despedida conmovedora—como que sonaba lúgubremente en sus oídos a funerario tañido de campanas—y después de haber recorrido con cansancio y tristeza el camino que les separaba de la estación, tomaron el tren que había de conducirlos otra vez a la Corte.

Y, sentados ya en su departamento, uno frente a otro, cuando el tren arrancó, al pensar cada uno de ellos que volvía a aquella habitación solitaria, en la que ya no entraban amigos, que habían desaparecido, sinó sólo el criado que ceremoniosamente y sin afecto cuidaba sus valetudinarias personas, se miraron, y, comprendiendo a un tiempo la inmensa verdad de las palabras

de aquel amigo a quien ya nunca volverían a ver, lloraron en silencio sus vidas estériles, mientras, deponiendo el último resto de orgullo, dialogaban así:

—Darío ha sido infinitamente más sabio que nosotros—decía Llager balbuciente. Y añadía Otero en un último chispazo de inspiración:

—El solo ha sabido ser poeta inmortal, porque ha escrito el verdadero poema de la vida.



La verruga

Dió un ujier la voz de «Audiencia pública». El juicio había comenzado. Así que el Secretario leyó con voz apagada los escritos de conclusiones, el Presidente dijo:

—Levántese el procesado—; y añadió en cuanto éste se puso en pie:

—¿Cómo se llama?

Con voz firme y reposada el procesado contestó:

—Mariano Pérez Terrón.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—¿Su oficio?

—Oficial de peluquería.

—¿De dónde es vecino?

—De Madrid.

—¿Ha sido procesado anteriormente?

—Nunca.

—Le exhorto a decir verdad en cuanto sepa y se le pregunte.

El Sr. Fiscal puede interrogarle.

El Fiscal, un señor gordo, calvo, con barba canosa y gafas, revolió unos papeles, y, después de toser ligeramente, preguntó:

—¿Era usted oficial en la peluquería establecida en el entre-suelo del número... de la calle del Barquillo el día 12 de septiembre último?

—Sí, señor.

—¿Conocía usted a D. Senén Díaz Rodríguez?

—Sí, señor; era cliente de la casa.

—¿Qué motivos de resentimiento tenía usted con él?

—Ninguno. Al contrario, era un señor muy bueno y muy simpático, y sólo simpatía y respeto me inspiraba.

—Refiera usted lo que ocurrió en esa ocasión.

El procesado, alto, moreno, de rostro afeitado, de mirada dulce, serio y simpático, pareció reflexionar un momento, y, expresándose con firmeza y desenvoltura, refirió lo siguiente:

—En mi situación puede dispensarse el encomio de los propios antecedentes, porque es una necesidad hablar de ellos. Pues bien, señores jurados, mis antecedentes, como lo podréis comprobar, son irreprochables. Me eduqué con un tío, cura de una aldea, santo varón que se esmeró en ello cuanto pudo, y me dejó, ya que no una fortuna, un buen ejemplo y alguna instrucción. Yo nunca he hecho mal a nadie; jamás he tenido cuestión alguna, ni con los demás oficiales que eran mis compañeros, ni con el maestro, cosa poco frecuente entre los que no tienen más lazo que el compañerismo, que es muy bueno para unirse contra los de fuera, pero germen de discordias y envidias para los que están dentro del gremio. Los extraños creen que se hallan los compañeros unidos por cariño fraternal, cuando en realidad...

—Cíñase el procesado al hecho de autos.

—Perdón, Sr. Presidente; continuaré. Entre los asiduos parroquianos de la peluquería se contaba el muerto, que en paz esté, D. Senén Díaz Rodríguez, persona muy querida de todos nosotros y de cuantos le conocían, por su carácter excelente y en extremo bondadoso, como ya dije antes.

Don Senén era un señor grueso, con voluminoso abdomen, de carrillos flácidos, colgantes y colorados, con un aspecto marcadísimo de tranquilo y beatífico solterón; llevaba la cara afeitada por completo, y a no ser por el traje hubiera pasado por un venerable canónigo.

Don Senén iba a afeitarse los martes, jueves y sábados por la tarde, e invariablemente se cortaba cada segundo sábado el escaso pelo que le había permitido conservar la calva de sus muy pocos menos de sesenta años.

Hasta unos meses antes de ocurrir el hecho desgraciado que me ha traído a este triste lugar, tenía D. Senén la costumbre de que le sirviera Sánchez, el oficial más antiguo de la peluquería, y cuando éste se marchó a principios del último verano a la Argentina, me eligió a mí, que le seguía en antigüedad, pues llevaba seis años en el establecimiento. Cuando llegaba a la peluquería y estábamos Sánchez y luego yo ocupados, esperaba siempre hasta que le llegaba nuestro turno. Y lo hacía así porque era en

todo uno de esos hombres ordenados y metódicos, enemigos de novedades, que parece que marchan por la vida sobre el camino forzoso de unos raffles.

Don Senén tenía en el lado derecho del cuello, dos dedos por debajo de la oreja, una verruga o lunar del tamaño de un guisante próximamente. Yo se la había visto algunas veces cuando Sanchez le afeitaba, y desde que la descubrí parecía como si atrajera mis miradas.

No sé qué tenía aquella verruga, que ejercía sobre mí tal atracción; pero como entonces le afeité rara vez en ausencia de Sánchez, nada ocurrió.

Mas, al marcharse mi compañero, empezaron mis extrañas perturbaciones ante aquella verruga. ¿Qué tenía ¡Dios míol, para causarme aquella inexplicable obsesión, impulsándome a descargar en ella un tajo con la navaja? (Sensación en el público y en el Tribunal).

No puedo explicar el efecto que me producía la maldita verruga. Al mirarla para afeitarse aquel lado, una nube me oscurecía la razón y los sentidos, y no veía más que el repliegue aquel de la carne, que se me abultaba con las proporciones de una montaña, y mis oídos percibían ruidos que no hubiera podido asegurar si salían del interior de la verruga o si eran zumbidos de mis tímpanos. En cuanto terminaba de pasar la navaja maquinalmente por aquella parte, todo se aclaraba otra vez, y yo mismo me reía de que pudiera preocuparme por semejante cosa.

Cada vez fué acentuándose más en mí aquella obsesión de la verruga. Llegué a tener algunas veces la certidumbre de que allí dentro había algo, existía un sér extraño que era el que causaba en mí aquellos raros trastornos. Y cada vez eran mayores mis impulsos de acabar de una vez, de cortar aquello de un tajo. (La expectación es mayor por momentos.)

Temblaba cuando le veía entrar en la peluquería, pensando en el martirio espantoso que me esperaba al afeitarse.

Más de una vez tuve intenciones de contar lo que me pasaba al maestro, a los compañeros, al mismo D. Senén, sobre todo cuando estaba ya preparado para afeitarse y veía el horrible verrugón encarnado y empezaba a sentir los efectos de la extraña obsesión. Pero por una parte el temor de aparecer como

ridículo o como loco, y por la otra la sugestión que ejercía en mí el lunar, atrayéndome, me sellaban la boca. (El procesado se exalta más según sigue su relato.)

Y, ya se sabía; al llegar allí, los ruidos inexplicables, la nube que lo nublaba todo a mi vista y la única perspectiva de la verruga, agigantada, como un monte rojo, atrayendo la mano armada de la navaja, con esa fuerza con que atraen los abismos, con que se siente el vértigo de las grandes alturas.

Más de un día tuve que suspender mi faena con cualquier pretexto, dejar la navaja y hacer otra cosa mientras me serenaba un poco, y hubo uno en que tuve que mandar a un compañero que continuase, pretextando un vahído, porque, si no lo dejo, le hundo la navaja en el cuello..... (El procesado habla con gran calor.)

Aquel día, el día 12, llegó D. Senén, como siempre, jovial y bondadoso. Tuvo que esperar a que yo concluyese con otro parroquiano, lo que procuré retardar, porque, al entrar el buen señor, le vi la verruga, atrozmente colorada, como nunca, sin duda por el calor y por el roce del cuello. Hasta pensé encomendar a otro el servicio.....

Pero concluyo, y se sienta D. Senén en mi sillón, y de tal modo me vi atado a él, que me decidí a todo.

Empecé a enjabonarle. Los ruidos eran tremendos, me aturdí como cañonazos en un campo de batalla. Yo ya no veía ni oía más. La verruga era colosal aquella noche y encarnada como jamás la había visto.....

Comencé a pasear la navaja febrilmente por el lado izquierdo; iba muy de prisa, porque sentía deseos de concluir de afeitarlo; acabé en un minuto. Y pasé al lado derecho, a los alrededores de la verruga... Yo tenía la certidumbre de que *no podría pasar* de aquella tarde, pero no sabía el momento. Y, sin embargo, yo *no quería*, lo juro por la memoria de mi tío, que es el ser a quien más he querido en el mundo.

Un sudor copioso bañaba mi frente. A pesar de mi seguridad de que sucedería lo que sucedió, me propuse con todas mis fuerzas que no ocurriese, y quizá lo habría conseguido. Pero entonces, por mi estado de agitación, herí ligeramente el grano, sin querer, ¡oh, sí, aquello fué sin querer!... ¡Dios mío, y lo otro también!... ¡Si yo no quería, no quería!... (El procesado solloza y su-

fre una crisis nerviosa, que obliga al Presidente a suspender el interrogatorio por unos momentos, mientras recobra su serenidad.)

Después prosiguió el reo:

—Decía que por mi estado de agitación herí sin querer la verruga; salió una gota de sangre, y entonces no fuí ya dueño de mí... Cuando me di cuenta; había hundido la navaja, sin saber cómo, en el cuello de D. Senén, y la sangre salía a borbotones intermitentes..... Fué todo cosa de un instante... y ya no me dí cuenta de más.....

Cuando recobré el conocimiento, me hallaba en una cama de la enfermería de la cárcel. Durante varios días sólo recuerdo que no veía más que nubes de sangre. Alguna vez se me representaba la verruga del pobre D. Senén, y hasta me parecía recordar que, al cortarla, había dado muerte a un sér demoniaco que habitaba en su interior, y que le había visto expirar en una contorsión feroz.....

Es cuanto tengo que decir.

.....

El Fiscal acusó al procesado. A pesar de las negativas de su interrogatorio, era, para él, evidente que la causa del homicidio fué una mujer, vendedora de periódicos en un puesto frente a la peluquería. Algún testigo dijo que inspiraba una incipiente pasión al procesado; por otra parte, el interfecto le compraba siempre *La Correspondencia*, y hasta parece que le daba a veces una peseta; y, si bien la vendedora había aclarado que era por caridad para sus hijos, pues era viuda y tenía dos, todo eso era muy extraño y sospechoso, a juicio del representante de la ley.

El acusador privado—que también lo hubo en este proceso—sostuvo, en cambio, que la causa del asesinato—que así calificaba el hecho—fué la codicia, una indudable negativa de dinero, pedido quizá por el procesado en voz baja mientras le afeitaba, porque un testigo declaró que una vez le había prestado veinticinco pesetas.

El abogado defensor—un muchacho joven, muy culto, pero mediano orador—habló doctamente de la locura moral.....

Después de larga deliberación, el Jurado, constituido en su mayoría por honrados burgueses, no exentos de cierto senti-

mentalismo compasivo, pero amantes, sobre todo, de la justicia histórica, y presididos por el dueño de un acreditado establecimiento de ultramarinos, emitió veredicto de culpabilidad, declarando al procesado responsable de un delito de homicidio. Las preguntas referentes a la locura, a la alevosía y cuantas encerraban las diversas explicaciones del hecho, fueron negadas. Bastaba saber que éste ocurrió: lo de menos era conocer sus motivos.

El reo fué condenado a catorce años, ocho meses y un día de reclusión temporal.

El Sr. Fiscal abandonó los estrados muy satisfecho de su triunfo, y él y los jueces de derecho quedaron por aquel día un poco reconciliados con el tribunal popular.....





El destierro

Allá, muy allá, rojo, ígneo, ardiente, se hundía el sol entre dos peñas blancas, envolviéndolas en tenue gasa de vapores rosados. Una calma inefable reinaba en el campo. El ángelus sonaba lejano, con piadosa dulcedumbre, en la iglesia invisible. Desperezábase una brisa suave, infantil y juguetona, que traía los aromas silvestres del tomillo y del piorno. Como flor sonora de los riscos, una voz, perdida en las asperezas de la peña, entonaba con bravía dulzura una canción:

«¿Adónde fué mi morena?....
¿Dónde fué la resalada?....
Con su cantarillo al brazo
va a la fuente a coger agua.
A la fuente está llegando,
y un galán me la detiene....
¡Aquí la estoy esperando,
a ver si viene o no viene.» (1)

Era una voz fresca, agreste, aguda. Las notas venían mezcladas con los perfumes de la brisa de tal modo, que eran algo así como los espíritus de aquellas partículas impalpables. De cuando en cuando un esquilón, también lejano, contrapuntaba inarmónicamente aquella melodía hija de las rocas.

Doblé la cresta de la peña y dí vista a un estrecho valle, profundo en la altura de aquellas montañas, cubierto de verdes camperas, y en cuyo fondo una laguna quieta daba espejo al azul del cielo, orlada de un marco verde de espadañas oscuras.

Por una ladera bajaba hacia la majada un rebaño de ovejas, lentamente, tan lento como el crepúsculo de julio que se extendía sobre el horizonte. Un gigantesco mastín marchaba grave-

(1) Canción popular.

mente tras las reses baladoras, recogiendo en ruta a las descarriadas, y un viejo, con su morral a cuestas y una vara de tejo bajo el brazo, caminaba delante, haciendo en la corteza de un palo caprichosas figuras con su tosca navaja.

Era un anciano de esos cuyas cabezas eligen los pintores para sus modelos apostólicos: hubiera hecho un admirable San Pablo. Su cabeza de filósofo, con ojos de poeta, recordaba a aquel pastor de Daudet que descifraba en las noches tranquilas el misterioso decir de las estrellas.

Excitó mi curiosidad sobremanera aquel viejo de largos cabellos canos e hirsutos como una mata de retama; de recias arrugas que semejaban hojas de un libro misterioso, en donde acaso había escrito el tiempo un idilio atormentado; de ojos claros que parecían haber tomado el color del cielo a fuerza de mirarlo reflejado en la laguna del valle. El era quien cantaba aquella copla llena de melancolía, que volvió a entonar a largos intervalos repetidas veces; y aquella voz fresca, surgiendo de su garganta, era un doloroso contraste con la vieja silueta que se hubiera dicho arrancada de un cuadro bíblico y patriarcal.

Hablamos. Al principio me recibió con descortés desconfianza; pero no sé cómo, pintándole mis gustos por aquella soledad agreste, a la que sólo llegaba como un vago lamento el són de las campanas lejanas, acerté a inspirarle simpatía, y hasta logré hacerle locuaz y comunicativo.

Se expresaba fácilmente, y su voz era dulce, con un dejo de íntima tristeza que daba más interés a su relato melancólico, de una melancolía apacible y resignada, que sus ojos azules se adelantaban a expresar. En su juventud había leído novelas y poemas románticos.

—Hace más de cuarenta años que no bajo por *allá*. Cuando el frío nos echa de estas montañas, voy con las ovejas a Extremadura, a una dehesa, lejos de poblado. Yo no era pastor, no necesitaba serlo: mis padres vivían desahogadamente, y yo hubiera podido ser hoy un gran labrador, más envidiado que envidioso, en estos contornos.... Pero las circunstancias..... Hoy no tengo nada: todo es de mis sobrinos; yo ¿para qué lo querría?.... Me traen de comer una o dos veces por semana, y con esto me basta para nutrir este pobre cuerpo que se empeña en no morir nunca..... Y el alma, ¡ah, el alma se alimenta de recuerdos! Pasto

amargo es, pero hay que rumiarlo, no hay remedio; sabe mal, pero, al fin, alimenta.....

Y estrechado más y más por el interés de mis preguntas, desbordó su corazón en íntima confidencia.

—Yo *la* quería, la quería con una de esas pasiones que hacen de la vida una devoción y de la tierra un paraíso..... Y ella me quería también, ya lo creo: estaba seguro de ello. Sólo el uno en el otro pensábamos: mi historia era mi amor; mis recuerdos, los que de ella tenía; mi esperanza única, unirme a ella para siempre, en una conjunción de felicidad eterna. Yo sabía que mi vida era su amor; que perderlo sería peor que la muerte; que sin ella no había en la tierra dicha para mí..... Y ella lo creía así también; parecía que el Señor nos había echado al mundo el uno para el otro. Nuestro amor se citaba en la comarca como algo extraordinario que permitía ver en una realidad viviente lo que parece únicamente para leído en un poema bucólico. Pero.....

¡Un día!... Un día llegó el otro..... ¡Maldita sea su suerte!... Y el otro, señor, se lo juro, valía menos que yo. Era más osado, eso sí, con esa soltura que se adquiere en las ciudades grandes, en las que él había servido en la milicia; pero yo cantaba mejor las rondas, componía coplas de amor a mi amada, le vencía a él en los juegos, en las carreras, en las luchas, y sobre todo la quería más..... Sin embargo, estaba de Dios..... ¡Maldita sea!...

Una tarde..... ¿Ve, señor, desde aquí los robles que coronan aquel otero, hacia el Mediodía?.... Allí hay una fuente, la mejor de estas tierras, a donde ella iba alguna vez a coger agua.

Yo, aquí mismo, guardaba las ovejas de mis padres, por estar el pastor enfermo. Ella bajaba hacia la fuente..... ¡Aún parece que la ve!... Con su gracioso andar de cigüeña tímida, con su cantarillo en la cadera, vestida con su jubón blanco y su falda roja, como una amapola con alas de nieve.

Y *el otro* estaba junto a la fuente, a la sombra de un roble.....

....Y yo aquí, a más de media legua de ellos, sin poder hacer nada, y viéndolos; sin poder ir allá y matarlos juntos, y desacerlos en tajadas como a una res.....

Y los puños del viejo se crispaban todavía con un furor que parecía guardado en ellos desde aquella fecha lejana, pronto a estallar en cualquier momento.....

—Y después, sencillamente, me dijo que quería más *al otro*, y con él desapareció un día del pueblo.... ¡Y, sin embargo, yo la hubiera perdonado!.... Pero se fué.... ¡se fué para siempre!....

Por el rostro moreno, curtido por el sol y el oxígeno de las alturas, resbalaban gruesas, lentas, amargas las lágrimas del pobre pastor, que se limpiaba con sus puños temblorosos.

Me despedí. En aquella historia sin trama, sencilla como una margarita silvestre, adivinaba un sombrío drama íntimo, de esos que matan sin sangre, envenenando el alma.

El ángelus no se oía ya; la brisa había cesado y la calma era muda, total, como de sepulcro. Unas nubes, todavía inflamadas en grana, recordaban el beso del sol, y la luna, surgiendo, roja y grande, por Oriente, parecía una enorme lágrima sangrienta.

Avancé hacia la cresta y la traspuse, encaminándome al pueblo.

La paz del campo tenía no sé qué de doloroso que me hacía daño en el corazón, y entonces comprendí la infinita amargura de aquella canción triste, que otra vez, ya lejos, entonaba el viejo pastor, y que llegaba a mí confusa y envuelta en un misterio indefinible:

«¡Aquí la estoy esperando,
a ver si viene o no vienel!...»





Una infidelidad

No revelo su nombre porque se trata de una persona hoy muy respetable; pero he aquí lo que en un día de recíprocas confidencias íntimas hubo de confesarme, tal como él lo refería.

Hablábamos de raros fenómenos psicológicos, y, en relación con ellos, de los hermosos cuentos fantásticos de Edgard Poë, en los que se revela el espíritu humano como un mundo inexcrutable, como un abismo de tinieblas. Y, después de comentar algunas de aquellas historias extrañas, me dijo:—En mí mismo podría estudiarse uno de estos casos excepcionales. Y añadió: me casé sin amor, y sin amor se casó conmigo Juana. Fuimos uno de esos matrimonios que se aceptan como cosa lógica y necesaria una vez que las familias los acuerdan, sin ver siquiera si cabe un acto contrario de soberana rebelión de nuestra voluntad.

Nos casamos sin ilusiones, y pasados esos pocos días en que un ambiente inesperado de constante intimidad insólita nos sorprende y nos aturde, y la voluptuosidad de lo nuevo, de lo inocente, de lo ignorado nos embarga y anula nuestro juicio, empezamos a ver inmediatamente el abismo que separaba nuestros dos espíritus por la antipatía de ideas y sentimientos, y hasta la repugnancia física instintiva de nuestros dos seres.

Cómo soy yo, lo sabes tú bien. Y sabes de mis fieros idealismos. Pues Juana era y es todo lo contrario, incapaz de sentir nada elevado en su espíritu; sencillamente, una mujer vulgar, sin talento y sin delicadeza de gusto. Frívola, egoísta, orgullosa, con el orgullo que dan la riqueza y el abolengo noble, se preocupaba sólo del brillo de falso diamante que en sociedad tiene lo vano y huero, lo sin fondo y sin médula. Para ella, el summum del placer consiste en llamar la atención y excitar la envidia por sus trenes, sus coches, su distinción, sus vestidos, sus reuniones, sus *tés*... Si le gusta el teatro, es, no por el arte, sinó porque

es lugar adecuado para exhibirse y ser admirada, para que se la vea y se hable de ella. Es religiosa porque es de gran tono el serlo, y pertenece a una porción de asociaciones que llaman, quizá por sarcasmo, de caridad o de beneficencia. La música *dice* que le gusta, pero no la siente, y en los conciertos o en la ópera se entretiene en mirar con los gemelos a las tiples o a los palcos para no aburrirse. No concibe más norma artística que la moda: para ella *lo bello es lo que se lleva*.

Nunca le oirás una salida ingeniosa; su alma no se conmueve jamás ante lo grande, ante lo hermoso; para ella son simpáticos los *distinguidos*, aunque lleven en sus rasgos los estigmas de la idiotez; todo *lo cursi* es antipático y repulsivo.

El amor no lo concibe más que como corrección de formas primero, y después como una idolatría ciega para someterse a su arbitrio siempre y satisfacer todos sus caprichos.

Como comprenderás, aunque juntos, bajo el mismo techo, hemos vivido separados, en dos mundos diferentes y lejanos, en completo divorcio, sin más unión que la que para la sociedad representa habitar la misma morada, decir *la señora de tal*, y cumplir tal cual vez una función natural, sin anhelos, más aún, sin ganas, como cumplimiento de un deber ingrato, resignadamente o por rutina.

Juana tampoco ha sido hermosa. Es una de esas mujeres que deslumbran por su elegancia, su distinción afectada, su lujo; por la factura irreprochable y el positivo valor de sus vestidos y joyas; pero que, analizadas, nos dejan en completa indiferencia su cuerpo sin solidez y gracia de curvas, y su rostro vulgar e inexpresivo, donde se refleja la glacialidad de su alma.

Recuerdo un detalle que me desilusionó profundamente, todavía en el primer mes de nuestro matrimonio. Se había vestido para una reunión en la Embajada de Francia. Yo, que trataba entonces de quererla, entré en su gabinete cuando terminaba su tocado. Cierta ilusión, aún no desvanecida, y el aroma de heliotropo que saturaba la suave piel me excitaron un poco; le dí un fuerte abrazo y un beso en el cuello; mas, por lo visto, destruí toda una arquitectura de gasas, hasta creo que rompiendo alguna, y, así, cuando yo esperaba una mimosa correspondencia a mi raptó amoroso, Juana se volvió brutalmente, me rechazó

con todas sus fuerzas y exclamó fuera de sí, enrojeciendo de cólera:

—¡Eres un necio y un imbécil... ¡Me has descompuesto y roto en un momento toda la obra de una hora!

Siguió una escena violenta, la primera, y Juana cogió tal berriñe que dejó de acudir a la recepción.

Habían pasado cuatro años de nuestro matrimonio. Para que nuestra desunión fuese aún mayor, no tuvimos el hijo que hubiera tendido entre nosotros el lazo reflejo de dos cariños convergentes.

* * *

Aquella noche habíamos tenido una disputa mi mujer y yo, no quiero recordar por qué: sí, porque, aunque la creía incapaz de una falta, toleraba un *flirt*, cosa de buen tono. Había ella procurado ofenderme por todos los medios, hasta los más groseros y brutales, y yo, por cortar la cuestión, tomé el abrigo y el sombrero, y salí. En aquel momento la odiaba.

Anduve sin rumbo no sé cuántas calles, sin fijarme en nada, un poco aturdido todavía, serenándome lentamente.

En el reloj del Banco dieron las doce y media.

Salí de la tercera de Apolo. Iba yo hacia Recoletos a despegar un poco el dolor de cabeza que sentía, indiferente a la concurrencia que seguía en mi dirección la calle Alcalá, cuando de pronto me pareció ver a Juana sola caminar delante de mí; el estado de excitación en que aún me hallaba, contribuyó a acentuar la alucinación. Apreté el paso.....

Sin duda no era ella: lo vi cuando ya estaba cerca; pero se le parecía extraordinariamente en su cuerpo, en su porte, en su modo de andar.

Procuré adelantarme, y cuál no sería mi asombro al observar el extraño parecido de su rostro con el de mi esposa. Hasta un gesto especial, despectivo, que Juana tiene en las comisuras de los labios, se dibujaba en la boca de aquella mujer.

Me miró fijamente con ojos provocadores. La bestia humana surgió; una ola de deseo sacudió mi cuerpo y encendió mis pupilas.

Me acerqué.

.....
No recuerdo una noche de placer como aquélla. A pesar de estar convencido de que era una mujer galante, yo la trataba con

ternura indecible. Ella era mimosa, zalamera, con movimientos de gata en celo, y poseía una enciclopedia en formas de besar.

Yo, en los momentos de suprema pasión, le decía, silabeando las palabras con besos:

—¡Jua-nal.... ¡Jua-ni-tal!.... ¡Jua-ni-ta-mí-a!....

A lo que ella contestaba riendo:

—¡Pero si me llamo Marta!....

Y yo ahogaba en sus labios la réplica desesperante con un beso rudo.

A las dos de la mañana salí de su casa, y a las dos y media entraba en la mía. Volvía más excitado aún que a mi salida, pero mi excitación era de bien diferente naturaleza.

Despedí al criado, que me esperaba somnoliento, y rápidamente, decidido, me dirigí al gabinete de mi mujer... Había cerrado por dentro.

Contrariado, llamé. Sentí que se levantaba y se acercaba a la puerta. Antes de que preguntase, le dije, endulzando mi voz:

—Abre: soy yo.

—¿Qué se te ocurre?—interrogó malhumorada.

—¡Que... que te quiero, Juana!....

No contestó. La sentí volver a deslizarse entre las ropas del lecho. Esperé; la llamé varias veces, y no se dignó contestarme siquiera.

Me fuí a mi cuarto disgustado y lleno de cólera.

Dormí mal. Mi excitación seguía: me parecía estar en el lecho conyugal, donde sentía las carnes tibias de mi mujer irradiar sobre mí, a través de la seda perfumada, emanaciones cálidas de deseo. Soñé con ella.

Al día siguiente, cuando la vi por la mañana, me pareció que nunca la había querido menos, que nunca había estado más lejos de ella; seguía casi odiándola; veía sus senos, su cintura, sus caderas, su boca con indiferencia completa, y, cuando al desayunarse, después de probar su café, me dió a mí un sorbo con su cucharita, como acostumbraba hacerlo, por mera apariencia, ante los criados, casi me dió asco.

Por la noche volví a casa de Juana, de Marta, quiero decir.

Y seguí yendo con frecuencia, hasta que, al fin, la hice mi querida. Llegué a adorarla... Una tisis fulminante me la arrebató a los diez meses.

Para cualquiera, este recuerdo de su historia nada hubiera tenido de particular; pero yo, analizándome íntimamente, me he convencido de que la única causa de mi pasión por aquella mujer era su parecido con mi esposa... ¡Con mi esposa, que no me inspiraba el menor deseo, a quien veía casi con repulsión!.. Porque Marta era aún más despreciable y más vulgar.

Y concluyó mi amigo:

—Tú, que eres algo psicólogo, que has diseccionado muchas almas, ¿podrías decirme a qué obedecen tan raros fenómenos del espíritu?.. ¿Naturalismo, misticismo?.. ¿Quise, tal vez, idealizar una realidad ingrata?..





El recuerdo

—Este retrato, ¿de quién es?

—De mi padre.

—Me parece recordar...

Gualberto se esforzaba en traer a su memoria el recuerdo de aquel hombre arrogante, de mirada dura y espesa barba negra que, con uniforme de diplomático, contemplaba en el magnífico retrato al óleo colocado sobre la chimenea de blanco mármol de la biblioteca. En su interior recordaba vagamente sus rasgos, esforzándose por precisar cuándo y dónde le había visto, sin conseguirlo.

—No puede ser—dijo Jesús. Cuando tú marchaste de aquí, tendrías unos tres años, y desde aquella fecha no has vuelto a España. Entonces, claro que le verías, acaso con frecuencia; pero es imposible que conservases, después de veinticinco años, un recuerdo de aquella edad, en la que sólo las impresiones fuertes pueden perdurar entre tantas y tantas que fácilmente se borran para siempre...

En efecto, era imposible que Gualberto recordara al padre de Jesús, muerto hacía ya años, y a quien no había vuelto a ver desde su partida para las Islas Filipinas, a los tres años, cuando su padre, comandante entonces, fué a servir en el ejército insular, que no dejó hasta que los Estados Unidos, en virtud del tratado de París, se hicieron dueños del hermoso archipiélago español.

Pensó entonces Gualberto que sería una de esas confusiones tan frecuentes entre personas parecidas. Sin embargo, hubiera jurado que cada vez se hacía mayor la certidumbre de ser él mismo y no otro la persona que creía recordar. No se explicaba bien este empeño que ponía en precisar aquel recuerdo, como tampoco el por qué, al mirar aquella figura apuesta y de ruda belleza varonil, sentía no sé qué secreto disgusto, una antipatía invencible, más fuerte que su voluntad, a pesar de su empeño

en mirarlo con benevolencia y aun con el cariño que trataba de poner en el que había sido comprador de la antigua finca de campo de sus padres, hoy de Jesús, y que él visitaba ahora acompañado de éste, mientras el viejo general, su padre, sentado en una butaca de mimbre, en el jardín, departía con el suegro de Jesús sobre el desastre que nos arrebatara en un momento todo el dilatado imperio colonial.

Al marchar a Filipinas la familia de Gualberto—él, su madre, muerta en Manila hacía cuatro años, y su padre—habían vendido aquella hermosa quinta a D. Ramiro Flórez, el padre de Jesús; y entonces, al fijar otra vez su residencia en el suelo patrio, Jesús les había invitado a pasar unos días en la antigua posesión suya. A Gualberto le interesaba poco, porque no tenía memoria de ella; mas para su padre la invitación constituyó un verdadero acontecimiento: quería recordar aquellos lugares que guardaban tantos recuerdos de su juventud, de sus venturas pasadas, de su mujercita, a la que había adorado siempre con una de esas pasiones que resisten todos los estragos de las contrariedades y del tiempo.

—¡Cómo gozaría la pobre Catalina!—había dicho, siempre lloroso, durante el viaje varias veces a Gualberto, quien, al recuerdo de aquella santa que le idolatraba, se enternecía también, como un niño. Porque él, igual que su padre, había sentido verdadera adoración por su madre.

Al llegar a Villa-Ventura, el anciano general había recorrido inmediatamente toda la finca, la casa, el jardín, las cuadras, las huertas.... Todo despertaba en él alguna grata remembranza, y, con esa facilidad que dan los años a la ternura, había llorado en cada habitación, en cada paraje, especialmente en el gabinete de su esposa, cuyos muebles conservaban colocación idéntica a la que tenían cuando ella era su dueña.

—Aquí solía sentarse Catalina para coser.... Aquí tomábamos el chocolate por las tardes.... Allí, en aquella ventana, me esperaba cuando volvía yo del campamento....

Y por las mejillas curtidas del anciano caían lentas, silenciosas, amargas, bienhechoras sin embargo, lágrimas de amor póstumo, aún consagrado en su corazón a la pobre muerta querida.

Gualberto, entre tanto, se había arreglado cuidadosamente en su habitación: con Jesús estaba su hermana Camila, una lin-

da joven de veinte años, y el interés de pura coquetería masculina de presentarse ante ella limpio, afeitado y vestido con la sobria elegancia de su traje de playa, había podido más en él que el de ver la que un tiempo fué casa de sus padres, donde había dado los primeros pasos en la vida, la que había sido escena de sus primeros juegos infantiles, y en la que había sentido las más lejanas añoranzas.

Ahora, en la grata compañía de Jesús y Camila, recorría despacio las habitaciones, para él nuevas enteramente, como cosa que jamás hubiese visto.

—Vamos a la sala de música—dijo Camila.

Era una pieza no muy grande, en la que había un piano de media cola, un violonchelo y dos cajas de violín. El mueblaje era sobrio: un musiquero de laca, un busto de Beethoven y algunos cuadros.

Sobre el piano había una fotografía, sacada en el jardín de la casa, y en la que aparecían las dos familias, la de Gualberto y la de Jesús, cuando se había hecho la venta de la finca. Allí estaban ambos sentados en el suelo, otro hermano de Jesús, mayor que éste, los dos padres de Gualberto y los de Jesús. Gualberto recordaba también vagamente el rostro de su madre en aquella época, joven, bonita, con una ingenua sonrisa flotando en los labios. Estaba sentada entre los dos padres de Jesús, todos en sillones de mimbre, y tras ellos el general, entonces un bizarro comandante, en traje de rayadillo.

Se acentuó el disgusto que Gualberto sentía hacia el señor Flórez, sobre todo por estar al lado de su madre, mirándola con sus ojos audaces e insultantes, y porque, sin duda por capricho del fotógrafo, hacia él tenía vuelta la cabeza su madre, que parecía ofrecerle su sonrisa angelical.

Gualberto puso gran empeño en no continuar visitando la casa entonces, y, demostrando deseos de oír a Camila, la hizo sentarse al piano.

Jesús y su mujer cantaron también algunas romanzas.

Gualberto, en un rincón, parecía absorto en la música; en realidad, meditaba completamente abstraído. Aquel secreto disgusto se agrandaba por momentos. En su interior, viejos recuerdos, confusos, indistintos, sin relieve, como empolvados por el tiempo, se despertaban perezosamente, ofreciendo a sus ojos

imágenes y escenas atropelladas que le hubiera sido imposible precisar. Recordaba haber visto a su madre tal como en el retrato, a su padre también, al de Jesús..... Sí, ahora le recordaba perfectamente, le había visto, acaso una sola vez, sin duda cuando fué a tomar posesión de la casa.

Pero ¿por qué aquella antipatía que le inspiraba? ¿Quizá por ser el comprador de aquel edén veraniego que había sido escena de los amores de sus padres, flor de almas de que él había nacido como fruto de bendición? No, no era aquello, indudablemente... Pero, entonces, ¿qué es lo que, en vano, quería recordar?...

De pronto brotó en sus oídos una arcaica *berceuse*, una canción lánguida con que su madre le dormía por las noches, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cantaba en tanto la esposa de Jesús con éste el dúo de *Lucrecia Borgia*:

«Ama tua madre, e tenero
sempré per lei ti serba.....»

Y contestaba él:

«L' amo, sí, l' amo, e sembrami
vederla in ogni ogetto.....»

Gualberto no resistía ya más: le zumbaban los oídos, sentía enorme opresión en las sienas, y, así que terminaron, pidió a Jesús que le acompañase al gabinete que fué de su madre, donde deseaba entrar solo, con el recogimiento del creyente que va a orar al templo, a rendir sus fervores al Dios de los altares, a pedir por los seres queridos que la muerte arrebató. Para él su madre era algo tan elevado, tan excelso como la madona que se adora en el altar.

Entró y minuciosamente examinó toda la estancia...

Y bruscamente, clara, precisa, palpable, como si por un fenómeno de sugestión se trasladase a aquella época remota, saltó a sus ojos una escena...

.....
Era una tarde de estío. Su padre había marchado por la mañana a caballo hacia la capital para preparar el viaje a Oriente. Su madre y él estaban en aquel gabinete. Ella lloraba silenciosamente, mientras le acariciaba la cabeza con dulzura. El se quedó dormido. Mejor dicho, adormilado, porque recordaba bien.

Vagamente en sus detalles, pero preciso, implacable se presentó lo demás. Llegó D. Ramiro Flórez, se sentó al lado de su madre, y se abrazaron. D. Ramiro se levantó de pronto y se inclinó sobre el diván en que él dormía o fingía dormir. Su madre había dicho algo que no recordaba bien. La escena se diluía luego en una bruma confusa y se concluía sin término, como esos sombreados cada vez más tenues que en un cuadro separan la sombra de la plena luz, sin brusquedad, sin saberse dónde empieza y dónde termina la sombra.

¡Aquello era horrible, espantoso!

Gualberto sintió que le faltaba el suelo bajo los pies, las paredes ondeaban como a impulsos de un oleaje misterioso, se borraba la luz en un crepúsculo frío, le invadía un abandono abrumador, narcotizante...

Al volver en sí se vió tendido en el suelo y puesto en aquel sofá maldito que le había arrojado al alma el recuerdo brutal de aquel episodio infame.

En los primeros momentos, sumergidas aún sus facultades en una niebla deliciosa, no recordaba bien lo sucedido, creía despertar de un sueño. Se levantó y paseó por la habitación su mirada, reconstruyendo otra vez la escena, aquella escena espantosa que había abierto en su alma una brecha sangrienta, incurable, de la que el dolor manaba gota a gota, quemante, corrosivo. Y, al darse cuenta de nuevo de aquella catástrofe íntima, en la que su alma flotaba como miserable arambel, azotada por el vendaval de la desesperación, rompió en un llanto copioso, de niño, y de sus labios salió, entre queja desolada y amargo reproche, esta exclamación pueril:

—¡Madre!.... ¡Madre!....

Para no ser visto, corrió a su habitación, y se encerró por dentro.

No hubiera querido pensar, y no quería, sin embargo, pensar en otra cosa.

¡Su madre adúltera!.... ¡Había engañado a aquel santo hombre cuyo nombre llevaba!.... ¡Y él la amaba, confiado, engañado villanamente!.... ¡Y su madre y el cómplice, aquel hombre odioso—ahora se explicaba aquella repugnancia que sintió al ver su retrato—habían tenido el cinismo de hacer a su inocencia testigo del adulterio!....

Sus puños se crispaban, su boca se llenaba de maldiciones y de blasfemias..... ¡Por qué en aquel momento un rayo de luz no había abierto sus ojos inocentes y había armado su mano con el santo cuchillo de la venganza!.... Y se veía como nuevo Orestes; mas se daba entonces cuenta de que el puñal se le había caído de las manos.

En algunos momentos trataba de dudar de su recuerdo; pero la visión se presentaba con tal relieve, que era imposible toda duda. Recordaba los menores detalles: el abanico que se le cayó a su madre al ser abrazada por su amante, la voz, las palabras, los gestos de ambos en aquel momento.

No se daba cuenta del tiempo que llevaba así, en aquel estado pasivo en que el dolor había matado toda sensibilidad, y quedaba, solo, el pensamiento, glacial, implacable, analizador, con el corte frío de un escalpelo, abriendo una llaga en sus entrañas.....

A voces le estaba llamando Jesús para almorzar. Se refrescó los ojos y salió.

—Pero, hombre, ¿no has oído la campana?.... Te hemos llamado por todas partes y..... nada..... ¿Qué hacías ahí metido?

—Descansaba..... Siento dolor de cabeza..... Pero vamos.

Entró en el comedor y se sentó maquinalmente. Sin darse cuenta de ello, le presentaron a un joven desconocido, que le saludó con aire fatuo y presuntuoso: era el novio de Camila, convidado también a almorzar.

Durante la comida llevó la voz cantante el general. Rememoraba con un entusiasmo de adolescente su vida pasada en Villa-Ventura, y a cada momento tenía en sus labios, pronunciándolo con fervor de enamorado, el nombre de su esposa:

—¡Qué felices fuimos!... ¡Pobre Catalina, si vivieses!....

Y sus ojos se enternecían a su recuerdo.

A Gualberto se le clavaban en el corazón como agujas las palabras de su padre; cada vez era su dolor más intenso, más desgarrante, y parecía a punto de perder el último jirón de su alma destrozada.

Jesús, su mujer y su suegro seguían con interés la conversación del anciano general; Camila, colocada entre Gualberto y su novio, oía distraídamente a éste y miraba con tristeza a Gualberto, recordando sus galanterías de por la mañana, dándose

cuenta, acaso la única, del estado interior de él, que ella, en su vanidad femenina, achacaba a bien diferente causa.

Terminado el almuerzo, Gualberto pretextó haberse aumentado su dolor de cabeza, y se encerró otra vez en su cuarto.

¿Qué hacer?.. Era una de esas crisis violentas en que nada cabe hacer, en efecto. En algunos momentos cruzaba por su mente la idea de hacer partícipe a su padre de su dolor: era inícuo dejarle vivir en aquel engaño... Mas ¿para qué? ¿Tenía acaso derecho a turbar y amargar aquellos últimos años de plácida vejez con un golpe brutal? ¿No son muchas veces preferibles a la verdad la ignorancia y hasta la mentira?

Sólo hubiera podido calmarse bebiendo la sangre de aquel malvado—él le calificaba así—en la misma herida abierta por sus propias manos. En su corazón se alzaba, sobre todo, un odio infinito contra aquel hombre, separado de él por la tumba, contra la que se estrellaba su impotencia. Sentía nacer también un secreto rencor hacia su madre, pero notaba que no se extinguía su amor por ella. Hacia su padre experimentaba una inmensa ternura, pero mezclada de una compasión insultante para sus canas venerables, que le torturaba ferozmente el alma.

¿Qué hacer?.... Imposible vivir de aquel modo..... Aquel recuerdo no se borraría jamás de su mente. Su alma había muerto: ¿por qué vivir aquel cuerpo miserable que se había formado en las entrañas del adulterio?

Un pensamiento, con un dejo de amargo consuelo, cruzó un instante por su mente... Pero fué sólo un instante: D. Ramiro Flórez había servido en la Embajada de Austria hasta un año antes de comprar la finca, cuando volvió a España, y entonces él tenía dos años.

Era preciso terminar de una vez.

Los demás habían salido de paseo; le habían llamado, y él había fingido dormir.

Sigilosamente, sin que los criados lo advirtieran, salió, después de guardarse en el bolsillo un papel en que escribió estas palabras:

«Mi padre querido: ¡Perdóname! Sufro horriblemente, sin fuerzas para soportar mi dolor. Me mato por una mujer... ¡Perdóname, con toda el alma es lo último que te pide tu hijo!

Gualberto.»

Caía el sol.

Se internó por lo más espeso del parque hasta llegar a una fuente bordeada de rosales y acacias en flor. Los rayos rojos del poniente se filtraban entre el follaje y pintaban las sombras de los árboles alargadas, como escuálidos espectros inmóviles. Entre las ramas, un ruiseñor entonaba su tierna balada crepuscular en la calma silenciosa y tibia de la tarde.

Sonaron dos detonaciones...

.....
Nadie se explicó aquella muerte extraña.

En el corazón de Camila quedó un dulce recuerdo que tenía algo de remordimiento inexplicable y algo de vanidosa satisfacción.



La casa Fortin

Lucas Fortín, antiguo camarero de la casa Maxim, había heredado inopinadamente una fortuna de cuarenta mil francos de un tío lejano y casi desconocido, muerto en el Brasil.

Desde luego lo primero que hizo, en cuanto tuvo en su poder el dinero contante y sonante, fué despedirse de la casa, en la que había entrado como sirviente a los veinte años, y en la que llevaba otros veinte de camarero.

Pero pronto echó de ver que la exigua renta que podían darle sus cuarenta mil francos, empleados por ejemplo en títulos de la deuda pública, no bastarían ni con mucho a proporcionarle un ocioso y mediano vivir, y que habría de echar de menos el salario y las propinas que ganaba en el elegante *restaurant* de la *rue Royal*.

Pensando así, se arrepintió de haberse despedido con tanta ligereza de la casa, y casi estuvo resuelto a volver a ella para ocupar su puesto. Pero le detuvieron dos consideraciones: en primer término, las seguras burlas de sus compañeros sabedores de su herencia y ante los cuales él se había dado aires de millonario, y, por otra parte, el temor de que le asediassen con peticiones de dinero, que difícilmente podría negar a algunos y más difícilmente aún recuperar.

Como él no conocía otro negocio que aquel en que había prestado durante tantos años sus modestos servicios, decidió al fin abrir un *restaurant*, un establecimiento elegante, lleno de *confort* y lujo, porque sabía que únicamente en los de esta clase logran enriquecerse los dueños.

Alquiló la planta baja y entresuelo de una casa en el *Boulevard de la Bonne Nouvelle*, y los amuebló con todo lujo, no exento de aquel buen gusto que había adquirido a fuerza de

vivir en trato constante con el medio social más elegante y distinguido de París.

En ello se gastó casi toda su fortuna, y tuvo que tomar sobre el ajuar de su establecimiento un préstamo de veinticinco mil francos más.

Faltaba ya sólo la clientela, y para eso era necesario anunciarse mucho y a ser posible en forma original y desusada. Y Mr. Fortin, a fuerza de pensar en la manera de hacer a su establecimiento un gran *reclamo*, tuvo una idea feliz, que se apresuró a poner en práctica.

* * *

El Vizconde Gontrán de Belleville era un aristócrata de viejo linaje, que había derrochado su fortuna en una vida de placeres y locuras. Arruinado ya, había tenido que retirarse a un modestísimo cuarto de Montmartre, en donde vivía atenido a una pensión de cinco francos diarios que le pasaba un pariente lejano. Y naturalmente tuvo que abandonar, o le habían abandonado a él, mejor dicho, todas sus antiguas relaciones y amistades de ambos sexos, las que antes se disputaban su trato, mientras llamó la atención por sus trenes y orgías, y estuvo reputado como uno de los más elegantes *sportmans* de la alta sociedad parisién.

Así es que causó verdadera estupefacción el saberse que Gontrán, que todavía se hallaba en edad florida, puesto que no había llegado a la cincuentena, volvía a presentarse en los salones y a reanudar su vida alegre y disipada.

Un día dos o tres de sus antiguos amigos más íntimos recibieron una tarjeta del Vizconde invitándoles para cenar juntos aquella noche en uno de los *restaurants* más elegantes y caros del *Boulevard de los Italianos*. En la invitación se advertía que algunas hermosas amigas alegrarían la fiesta con sus encantos.

En efecto, a la hora convenida, cuando mayor era la concurrencia en el *restaurant*, paró a la puerta un soberbio automóvil, del que se apeó Gontrán con dos lindísimas jóvenes, envueltos todos en magníficos abrigos de pieles.

El Vizconde, después de aquel eclipse de unos años, estaba algo envejecido: su cabello negro, brillante, peinado con raya en el medio de la cabeza, ostentaba no pocas hebras de plata.

Iba afeitado completamente, tal vez para ocultar que el bigote padecía el mismo achaque. Pero conservaba cierta frescura y toda su antigua elegancia, que con la madurez adquiría un matiz más solemne; y el frac, de irreprochable corte de última moda, pregonaba la distinción inveterada de su dueño.

Se notaba en él, sin embargo, cierto gesto de cansancio, y algunas veces pudieron observar sus invitados que una sombra de tristeza cruzaba por su alma, asomando a sus pupilas oscuras y a su boca, ligeramente contraída en una mueca de amargura, como si de pronto el recuerdo de un pesar hondo viniese a turbar la ficticia alegría de la francachela.

Cuando todos los invitados estuvieron reunidos, Gontrán pidió la carta y señaló al *maitre d' hotel* una cena suculenta y exquisita.

Pero hasta en eso se notaba que Gontrán era menos alegre y afable que antes: al pedir un vino de rara marca, que no había en el establecimiento, estalló su mal humor, abrumando al *maitre* y al camarero con burlas e improperios contra la casa.

Indudablemente su humor se había avinagrado, y aquella contrariedad le puso nervioso e impaciente. Dos o tres veces más durante la cena protestó de la mala preparación de algunos platos, y, al fin, en los postres, estalló con verdadero furor, al servirseles un helado de frutas, que el Vizconde aseguraba que no se podía tomar. En altas voces recriminó al *maitre d' hotel* por la mala cocina, tiró con estrépito la copa en que se le había servido, pidió la cuenta, y, al pagarla, armó un verdadero escándalo, que en vano sus amigos trataban de apaciguar, haciéndole ver que no había motivo para tanto y que su cólera era excesiva, aunque lo hubiese.

—Esto es inaguantable—exclamaba en alta voz.—Caro y malo, malísimo. Está visto que en París no se puede comer más que en casa de Fortin.

Y añadía, dirigiéndose a sus amigos:

Os debo una cena: mañana, a las ocho, os espero en casa de Fortin.

Uno de los invitados hubo de preguntarle la dirección, y él, riendo, contestó:

—Pero, hombre, ¿no conoces la casa de Fortin? ¡Parece mentiral! Todo el París elegante la sabe, y yo prometo no volver sinó allí... 25, *Boulevard de la Bonne Nouvelle*.

Al fin, se marcharon, y el dueño del *restaurant* respiró. Había estado tentado de echar a la calle a puntapiés al Vizconde, porque éste, reconocido por muchos concurrentes, entre los cuales había corrido de boca en boca su nombre, era un verdadero prestigio en cuestiones de moda, aumentado con aquel misterioso retorno a la vida elegante, y podía hacer mucho daño al crédito de la casa. Pero no se atrevió a tomar una medida violenta, que seguramente le hubiese perjudicado más, y aguantó con mansedumbre las invectivas e insolencias del aristócrata.

Una escena análoga fué repitiéndose casi todos los días sucesivamente en todos los restaurants, tabernas, hoteles y en general en todos los comedores elegantes de París, a los que Gontrán acudía cada noche con diferentes invitados.

Y, como era muy conocido y tenido por uno de los hombres más distinguidos, más elegantes, más *chic*, y de más refinados y exquisitos gustos, había mucha gente que, después de presenciar el escándalo y oír las ponderaciones de la casa Fortin, acudía a ésta al día siguiente; y, aunque en una íntima confesión hubiera tenido que reconocer que no encontraba en ella nada superior y aun que la encontraba inferior a otras, quedaba indiscutiblemente proclamado que, puesto que el Vizconde Gontrán de Belleville lo afirmaba, el *restaurant* de Fortin era el único en que se podía comer en París.

* * *

Y he aquí cómo Mr. Lucas Fortin logró poner de moda en el mundo elegante y alegre su establecimiento, y hacerse rico en poco tiempo.

El reclamo del Vizconde de Belleville—a quien él había conocido cuando servía en casa de Maxim, y Gontrán se hallaba en sus días de esplendor—fué formidable y decisivo, aunque a Fortin le costó unos miles de francos.

Y he aquí cómo el Vizconde Gontrán de Belleville—después que fué descubierto el triste papel que representaba—volvió a su oscuro retiro, a su modesto cuarto de Montmartre y a su exígua pensión de cinco francos diarios; pero teniendo siempre dos cubiertos gratis en el *restaurant* Fortin, al que sigue sonriendo la diosa Fortuna.



El último romántico

I

Carlos no sabía si era todo un sueño, un sueño de pesadilla, en cuyo despertar se sentía abrumado por un peso horrible que gravitaba sobre su alma, por un cansancio de muerte de que era presa todo su cuerpo.

Llevaba dos horas vacías, mirando fijamente al balcón, del que las últimas claridades crepusculares habían ido retirándose poco a poco. Sólo unas nubes tenues conservaban en poniente el último carmín del rubor vespertino, y las sombras, cayendo sobre la tierra, contribuían a esa duda, en parte espantosa, en parte consoladora, a que la última esperanza quiere aferrarse antes que rendirse a la realidad brutal que criminalmente la hierre de muerte. Temía encender la luz eléctrica porque alumbraría la fatídica escritura de aquella carta implacable que vagamente sentía cerca de sí, como se siente el fuego que se teme tocar, porque se sabe que ha de causarnos una quemadura dolorosa.

Y evocó su historia de amor.

Hacia poco más de un año que había conocido a su Carolina en un balneario adonde ella iba con sus padres y él con un tío suyo, que murió allí mismo.

En aquellos meses de relaciones el amor de Carlos había crecido sin cesar hasta convertirse en una pasión avasalladora, que le robaba todo su pensamiento y toda su voluntad. Sólo por ella y para ella vivía: era una de esas pasiones que sólo se asientan en espíritus bien templados, reconcentrados y melancólicos, destinados a no amar más que una sola vez en la vida, con toda la energía poderosa que otras almas, más frívolas y menos elevadas, gastan en pequeñas dosis distribuidas en mil caprichos superficiales y amores efímeros. Tenía a un tiempo para ella fierezas de bestia salvaje y delicadezas de niño.

Carolina le amaba también con un amor tranquilo, sosegado, profundo, sabiendo que su uniforme serenidad tenía que compensar las brusquedades de exaltación de Carlos.

A la primera ilusión había sucedido un cariño hondo, pronto a todo recíproco sacrificio, mas sin perder la frescura que dan las miradas y las palabras primeras, como árbol frondoso que sabe conservar el verde perenne de sus hojas después de florecer, mientras se sazonan sus frutos, y, caídos éstos, siempre verde, espera impávido las nuevas floraciones otoñales.

Sus relaciones no habían tenido obstáculo alguno, que no echaron de menos: almas nacidas para amar, no necesitaban contratiempos novelescos para adorarse; sabían gustar el amor en sí mismo, como el creyente no necesita para amar a Dios pensar en la rebelión del Angel malo.

Tenían concertada su boda para el invierno próximo, y ¡cuántos hermosos proyectos, cuántas venturosas esperanzas revoloteaban en derredor de ese pensamiento como aladas flores del placer y de la felicidad!...

¡Y he aquí que aquella carta amenazaba la divina arquitectura de aquel palacio de la ilusión con golpe brutal, inexorable!...

Alargó el brazo, tocó el interruptor, y la luz de su lámpara de despacho cayó como pálida llama áurea sobre los papeles de oficio extendidos sin orden sobre la mesa.

Encima de un pliego a medio escribir, la carta terrible ostentaba sus renglones firmes, fríos, impertérritos. Y leyó una vez más aquellas líneas escritas por el hermano de Carolina:

«Querido Carlos:

Ante la insistencia de tus cartas preguntando a Carolina la causa de su silencio en estos tres pasados días, no es ya posible ocultarte la verdad, que ahora o más tarde habrías de saber.

Carolina ha tenido el domingo último un fuerte vómito de sangre, que le ha repetido, aunque cada vez más débilmente, anteayer y ayer. Hoy está un poco mejor, si bien, como supondrás, muy quebrantada y abatida.

El médico dice que se repondrá de este acceso; pero que teme una tuberculosis. Palabra terrible cuya enorme gravedad no se te oculta.

Ella ha preguntado por tus cartas, y, la pobre, lloró descon-

soladamente al leer las injustas inculpaciones que le haces en la última, ignorante de la verdad.

Si puedes, ven. Estamos desconsolados.

Te abraza

Rodrigo.»

Carlos tuvo como un desvanecimiento, y, al pasarle, sobrevino una fuerte reacción que crispó sus manos y ahogó en sus labios una blasfemia.

Después, decidido, resuelto, empezó a preparar una maleta, y a la media noche tomaba el tren en la estación.

II

En unos días no pudo verla. Un exceso de pudor en ella, un convencionalismo que refrenaba a la familia y, sobre todo, la terminante prohibición del médico lo habían impedido. Pero siquiera estaba cerca de ella, pasaba el día en su casa, sabía de su salud en cada momento.

Aquel día, cuando llegó, Carolina estaba ya levantada, sentada en la terraza bajo un doble toldo, respirando el sano aliento de los campos, principal esperanza de su salud. Pero ¡qué cambiada! Diríase que, conocedora de la sentencia de muerte que sobre ella cernía sus alas siniestras, iba cerrando poco a poco las puertas de su cuerpo a la vida. Los ojos, lánguidos y brillantes, se velaban bajo los párpados cansados; la nariz, blanca y reluciente como una lámina de nácar, se había afilado, y por sus estrechas fosas apenas se adivinaba la respiración perezosa y fatigada; sus labios habían tomado el color de una corteza de naranja y se dibujaban con una línea débil y fina, plegados en una sonrisa de amarga resignación; su cuerpo se apoyaba pesadamente en la amplia butaca, dejando asomar por las mangas de la bata de lanilla color hueso las manos delgadas, exangües, céreas, apoyadas en los brazos del sillón. Sólo sus cabellos, recogidos al desdén, ostentaban su áurea opulencia, semejante a una regia corona del dolor sobre aquella frente de cándido lirio.

Se estrecharon las manos sin poder decirse nada, y las lágrimas asomaron a los ojos de ambos. Ella rompió a llorar con un hipo tenaz, desesperadamente; él, por no alarmarla, hizo grandes esfuerzos para no llorar, pero no pudo impedir que las

lágrimas brotasen lentas, gruesas, silenciosas. Los padres de Carolina y Rodrigo, apartados de ellos, sollozaban también contemplando a aquellos dos seres, llenos de juventud, destinados a unirse con un lazo de amor, y entre los cuales, ahora, parecía interponerse, separándolos con sus manos descarnadas, un espectro siniestro.

Carlos se sentó al lado de ella.

—Esto no es nada, alma mía.

Carolina clavó en él sus ojos, todavía húmedos, con una mirada de profunda y abrumadora interrogación, que él no pudo afrontar.

* * *

Carlos tuvo que marchar a los pocos días para atender a sus asuntos.

No habían pasado otros tantos, cuando otra carta de Rodrigo le comunicaba un nuevo acceso de la enfermedad de su hermana; y otra vez, desalentado, sin consuelo, volvió al lado de Carolina.

Allí permaneció Carlos a su lado unos cuantos días más. Carolina, lejos de reponerse, perdía visiblemente. El estaba casi todo el tiempo a su lado, animándola, haciendo futuros proyectos de felicidad, cuyas palabras le dejaban en la boca, al pasar, el sabor acre de una mentida esperanza.

Carolina, junto a Carlos, se sentía feliz, aunque la pérdida de sus fuerzas le infundía terrible desaliento, dándole una vaga certeza de la amenaza cruel que se cernía sobre su amor; pero en algunos instantes lo olvidaba todo, y preguntaba a Carlos, buscando, en vano, un convencimiento para sus esperanzas desfallecientes:

—Seremos felices, ¿verdad, Carlos?

Entrado julio, le fué a éste forzoso marchar de nuevo a Madrid.

Pensaba dejar en orden los asuntos de su bufete para volver al lado de ella y no separarse ya hasta que, con su familia, regresara a la Corte.

Carlos llevaba, al partir, una amarga convicción: que Carolina estaba herida de muerte, que no sería suya, que no podría realizar jamás aquel sueño de amor que era toda su ilusión, toda su vida, más que su vida aún. Recordaba su conversación con

el viejo médico de la aldea vecina, cuando fué a preguntarle si podría casarse.....

—¡Oh, en eso no hay que pensar!.... ¡Sería la muerte inmediata!

Y aquella frase de terrible duda, que a Carlos le hizo el efecto de una mordedura glacial en el alma:

—¡El otoño, el otoño... cuando cae la hojal..

Y, ya solo, en el tren, lloró desesperadamente, no menos que si volviera de asistir al funeral de su amada.

El tren corría rápido, y los horizontes lejanos se perdían lentamente tras las colinas próximas.

Allí quedaba la casa de ella, entre los árboles, sobre los cuales se dibujaba vagamente la albura de la terraza. Y, cuando el tren penetró en una trinchera y se perdió de vista la casa y el parque de la finca, Carlos sintió como una punzada dolorosa en el corazón, como si surgiese de él un adiós postrero a tantas cosas queridas; como un lamento del alma que, al brotar, hubiese abierto una herida en su carne.

Una voz, que hacía por no escuchar, parecía decirle dentro que no volvería a ver más aquellos lugares, que todo desaparecía irrevocablemente, para no volver.

Con una mirada que a un tiempo llevaba un dejo de súplica esperanzada y de desolado desengaño, miró aquel frasco que él llevaba para analizar en Madrid, poblado acaso de un universo de aquellos terribles bacilos que minaban la pobre vida de aquella criatura de sus amores.

III

Carlos veía cómo el doctor preparaba el microscopio para hacer su análisis. Una angustia inmensa parecía ahogar su corazón; un interno oleaje desesperado agitaba dentro de él aquella esperanza que en los más duros trances busca refugio en sus últimos rincones, amenazando ahogarla, destruirla.

Preparado el microscopio, el doctor cogió una jeringuilla de inyecciones, la llenó del contenido del frasco llevado por Carlos, e inyectó una pequeña parte en un cobayo. Después guardó éste en una jaula y aplicó su ojo derecho sobre el ocular del microscopio.

Mientras examinaba atentamente la gota colocada entre las

dos láminas de cristal, unidas al objetivo del aparato por una gota de aceite de cedro, Carlos le miraba sin pestañear, con los ojos desmesuradamente abiertos, ansiando leer la primera afirmación del médico en un gesto, en la más leve contracción de sus músculos. Pero el médico permaneció impassible, sin un movimiento en su rostro frío.

Se apartó sin prisa del aparato y dijo a Carlos:

—Nos hallamos en presencia del bacilo de Koch...

Carlos tuvo que apoyarse en la mesa para no caer al suelo; lo tenía casi descontado, y, sin embargo, aquellas palabras, espantosas como sentencia de muerte, le hicieron el mismo efecto que si le hubieran dado la primera noticia acerca de la enfermedad de su amada. El médico, sin fijarse, añadió:

—Debe de ser un proceso muy avanzado, y, desgraciadamente, por el cuadro sintomatológico y datos que me da el compañero que asiste a la enferma, no permiten concebir esperanzas, ni por mucho tiempo... ¿Quiere usted mirar?—concluyó invitándole a aproximarse.

Una curiosidad invencible, esa curiosidad abrumadora que nos lleva a buscar con más empeño las causas de una desgracia que nos afecta, arrastró al pobre Carlos hasta el microscopio.

Vió unas manchas imperceptibles casi, a modo de *comitas* extendidas en el líquido. Pero apenas pudo fijarse en ellas: una lágrima tendió su velo húmedo sobre la lente, y, sin fuerzas ya para reprimirse, Carlos se sentó pesadamente en el sillón del doctor y lloró como un niño.

El médico, acostumbrado a no enternecerse con estas escenas, le dijo algunas frases de ceremonioso consuelo, y luego se dedicó, prescindiendo de él, a preparar un caldo de cultivo para sus estudios bacteriológicos.

Carlos estaba aplastado, como si el mundo entero gravitase sobre su cabeza; no veía nada más que la imagen de Carolina, lejana, borrosa, extendida y yerta sobre un lecho de azucenas; no oía nada sinó el rudo golpear de su sangre en las sienas y en los oídos, con un són que tenía algo del tañer de unas campanas distantes cuyas vibraciones trajese una brisa lenta. Su pensamiento estaba vacío en aquellos instantes, y en su voluntad se había borrado todo anhelo: sólo sentía una gana pasiva, débil, pero infinita, de morir, de morir...

Y ¿por qué no? ¿Qué sería de él sin su Carolina? ¿No eran ella y su amor su ser y su vida mismos, más que su ser y su vida aún?... Y aquel deseo, al principio vago, indeciso, creció como un torrente despeñado, y se hizo un anhelo fijo, preciso, imperativo... ¡Morir, y morir con ella, como ella, *de ella* misma, si era posible!

Sus ojos tropezaron entonces, llevados por aquel deseo vehemente e incontrastable, con la jeringuilla de que se sirviera antes el doctor, y que aún contenía más de un centímetro cúbico de la preparación. Con disimulo la cogió, se la guardó en el bolsillo, y rápidamente, después de despedirse del médico, salió de la clínica y se encaminó a su casa.

IV

Carolina pudo sorprender una de aquellas cartas que tanto la inquietaban desde que dejó de recibir las de Carlos, y supo la verdad, la terrible y a un tiempo dulce verdad de aquel amor segado en flor por la implacable guadaña del destino.

Desde la última partida de Carlos había recibido carta diaria de él durante unos quince días; después cesaron bruscamente. Ya las últimas, más cortas, peor escritas, habían hecho nacer en su corazón un vago presagio de tristezas. Después tuvo algunas más en que le decía haber pasado una fiebre que le tuvo sin dar cuenta varios días. En la última hablaba de ir a verla en fecha próxima. Después, la correspondencia tuvo una nueva interrupción. Y aquélla, aquélla que con mil artes y rodeos había logrado arrebatar a su padre a escondidas, le decía toda la verdad. Era de Adolfo, el primo entrañable de Carlos. Este—decía—continuaba cada vez peor, sin esperanza de vida. Se hablaba allí de una *tuberculosis miliaria*, de rápido desenlace según los médicos.

Carlos, en íntima confianza, le había contado la verdad.

Decidido a no sobrevivir a su adorada, quería morir como ella, de su misma enfermedad. El día que estuvo en la clínica presenciando el fatídico análisis, se apoderó de la jeringuilla que había utilizado el médico para inocular al conejo de Indias, y, en su casa, se inyectó en una vena de un brazo el resto del contenido. ¡Creía el pobre Carlos, sin embargo, que sería más lento el desarrollo de su enfermedad, que podría volver a ver a Carolina, que acaso recogería su último suspiro!

A los diez o doce días una fiebre altísima le postró en cama. Pasó aquel ataque agudo, pero no se repuso de él. Quedó una fiebre lenta, tenaz; en veinte días había adelgazado de tal modo que estaba desconocido; ya no tenía fuerzas para levantarse de la cama; su rostro era como de mármol, con siniestras vetas cárdenas junto a los ojos, en los que parecía reconcentrarse su alma entera, desahuciada ya de todo su ser; sentía agudos dolores, fatigas, accesos de tos.

Sabe que se muere—añadía Adolfo—y muere contento, con el solo pesar de no dar el postrer adiós a su amada, cuyo nombre tiene sin cesar en los labios, como supremo consuelo. Hasta ha querido hacer un viaje, que no se le consintió, porque no hubiese llegado a su término...

Un llanto dulce, silencioso, borraba para Carolina las últimas palabras de aquella carta al sentirse de tal modo querida, ante aquella cruel revelación de un amor infinito.

¡No, no estaría sola al morir! ¡Más allá de la vida la esperaría él, en abrazo supremo!... Pero ¡qué amargura también en medio de aquel consuelo inefable!...

* * *

Aquella tarde estaba sentada en la terraza cuando su padre subió de recibir el correo. En todo su rostro, en el temblor de los labios que ocultaba a medias la nevada barba, en aquellos párpados que se esforzaban por cerrarse a dos lágrimas furtivas, conoció Carolina toda la verdad, la nueva verdad, la verdad desesperada. El padre se acercó en silencio y posó en la pálida frente de la enferma un beso solemne. Ella le abrazó convulsiva, y, sin decirse nada, lloraron los dos mucho tiempo, abrazados, sin fuerzas para separarse.

¿Para qué preguntar?...

El sol había ya hundido su disco rojo tras los montes lejanos, incendiando en púrpura los cúmulos de poniente. Sobre el valle solitario, después de aquel día ardiente de agosto, se extendía como un manto de calma la suave melancolía del ocaso. Allá en el monte resonaban intermitentes los esquilones de un rebaño, a los que mezclaban su plañir los balidos de los corderos rezagados; el pastor cantaba con voz aguda una canción de tristes dejos.

Carolina se acodó en la balaustrada de la terraza, y sus ojos

miraron el cielo a través del turbio velo de su llanto incesante: parecía buscar en él la última estrofa de aquel idilio triste que habían escrito ella y Carlos con su pobre sangre enferma. De allá, del mediodía, venían, como esquifes misteriosos, pesadamente arrastrados por el viento, grandes nubes blancas, que parecían portadoras de secretos mensajes de muerte y de amor. Y también del ignoto país del misterio parecían llegar, como voces fantásticas, aquellos confusos rumores que la brisa musitaba a su oído.

Una bandada de cigüeñas, reunidas ya en el valle para abandonar aquella comarca, de la que el estío huía poco a poco, levantó majestuosamente su vuelo hacia el sur, hacia el también misterioso país del sol. Y Carolina saboreó entonces la infinita amargura de aquellos versos del tierno Murasaki que Carlos había traducido en un libro que también tenía versos suyos:

«Haz que escuchen tu duelo
las cigüeñas mensajeras,
cuyo gallardo vuelo
parece que sobre el cielo
escribe estrofas ligeras»...

De un árbol próximo la brisa arrancó una hoja, ya seca, prematuramente seca, triste heraldo del otoño: cayó sobre la terraza, se arrastró sobre el suelo suavemente con un débil crujido, como de osamenta, que tenía algo de quejumbre dolorosa, y después la misma brisa, jugando, la recogió otra vez y la llevó en caprichosas espirales lejos, ¡quién sabe a dónde!...



El encuentro

No hace muchos días recibí una carta desgarradora de mi amigo Luis de Deza. Conociendo su alma de profundo sentir, un abismo insondable bajo la tranquila superficie de un lago en calma, temo por su salud o por su vida.

Cinco años van que no le veo. Ha estado viajando por Inglaterra, por Francia, por Italia, por Suiza, para instruirse y olvidar, y acaba de volver a Madrid. Durante ese tiempo me ha escrito poco, y parecía ya curado de aquel pobre amor que le costó tantos disgustos, hasta tal punto que en una de sus cartas me hablaba de sus relaciones con Fanny, aquella prima suya, opulenta heredera, con quien su madre se había empeñado en casarle. Fanny ha viajado con su madre y con él durante los tres últimos meses, y parece que había llegado a quererla. Ahora, según me cuenta en su larga carta, las dejó en Niza, adonde él pensaba volver pronto.

Pero he aquí lo que, aparte de otras cosas, me dice:

«¡Todo acabó! He terminado ahora mismo de escribir una carta a Fanny y otra a mi madre, confesándolo noblemente, aunque con franqueza brutal: podría dar a aquélla mi mano, pero no mi corazón, y yo soy incapaz de una traición semejante.

¡Sí, mi entrañable P..., estoy todavía, lo estaré siempre, como antes, sin quebranto ninguno, enamorado de Teresa! Mi amor sigue igual, fiero, implacable, dispuesto a luchar sin tregua contra todos sus enemigos, entre los cuales el más vil, el más inno- ble ha sido mi voluntad.

¡Por qué fui cobarde entonces!... ¡Ah, cobardía maldita, bien castigada con la desgracia de toda mi vida! Yo ya no puedo amar con esperanza; estoy condenado a la tortura de vivir solo, despreciado hasta de mí mismo. Mi madre jamás ha de perdonarme esto que ella llamará *locura*, locura de tirar por la ven-

tana una fortuna colosal conquistada sin esfuerzo... Sin esfuerzo, pero con deshonor, con el deshonor de la venta de un falso cariño, mercancía maldita, contrato el más villano, acción la más baja que puede nacer en humano corazón.

¡Ay, y ella tampoco me ha olvidado!: lo sé, lo vi bien claro, y eso que debe de guardar de mí un recuerdo execrable! ¡La sacrificué vilmente a mi tranquilidad! Vilmente, sí, pero sin conciencia de lo que hacía: ¡aquél sí que fué un momento de locura! ¡No supe lo que es el amor, lo que es la felicidad!... Hoy lo sé porque los he perdido para siempre; y ahora, a destiempo, es cuando conozco que no hay precio bastante en el mundo para pagarlos. Ni la vida misma puede comprarlos a la par.

Ya sabes que por complacer a mi madre dejé a Teresa, que tenía sobre sí el estigma irredimible de ser pobre; ¡a Teresa, que me adoraba con toda su alma!...

Creí entonces que, metiéndome en el torbellino de la vida, la olvidaría, y viajé sin sentido, aturdiéndome en todas partes, entre orgías escandalosas y maravillas admirables. En efecto, cada vez me acordaba menos de ella, y juraría que últimamente se había borrado en mi alma enteramente su recuerdo.

No supe de ella más. Sólo sí que estuvo a punto de perder la vida por el disgusto enorme que le causó mi abandono. Pero lo supe mucho después, y creí que la noticia no me había hecho experimentar más emoción que la de una torpe vanidad satisfecha.

Por eso, equivocando un poco el afecto que tenía a Fanny, aumentado acaso con la intimidad de estos tres últimos meses, decidí casarme con ella. Excuso decirte el gozo de mi madre, cuando un día supo por ella que yo le había declarado mi amor.

Pero todo concluyó. No pensaré en más amores; viviré a solas con mi infortunio y mis penas, saboreando con deleite la amargura de su justo castigo.

A los dos o tres días de llegar a Madrid, la vi, vi a *mi* Teresa... ¡*Mía*, oh sarcasmo, cuando jamás será para mí!... El corazón me dió un vuelco; fué una emoción tan intensa, que estuve a punto de caer.

¡Y ella me ama aún, y ha comprendido también que mi amor vive!... Pero no hay esperanza: un abismo se abre entre los dos. Ella, según he sabido, pobre ser sin voluntad y todavía agobia-

da por el golpe cruel de mi traición, convencida, o, más bien, obligada por su familia, se casó con un hombre que la adora... Ella no puede corresponder a esta pasión más que con un afecto de hermana, de gratitud, de reconocimiento; pero él es el padre de sus tres hijos, a quienes ella quiere con frenesí, con esa pasión que ponen en el amor de un ser aquellos que han sufrido en su vida un golpe rudo del destino.

Aunque me quiera, no puede ser mía: es más, hará ella misma por matar ese amor. Y yo, ¡yo tampoco quiero que sea mía! Mi pasión es tan grande que la querría para mí solo, con feroz exclusivismo; y entre los dos estaría siempre la sombra *del otro*, que, antes que yo, fué de ella dueño, que tuvo las primicias inefables de su amor de virgen.

¡Miserable de mí, cobarde de mí, maldito para siempre!

Pero no te he dicho todavía cómo ocurrió el verla.

A los pocos días de llegar aquí, una mañana temprano me fuí al Retiro. Era una mañana deliciosa del pasado mayo. Un sol tibio bañaba la tierra en calma con placidez de dulce primavera; en los árboles, cubiertos de denso follaje, los ruiseñores trinadores entonaban sus lánguidas endechas de amor; las lilas empapaban el aire con su fresco y delicioso aroma.

Había muy poca gente. Me senté en un banco, perdido en un sendero solitario, y abrí un libro de Musset.

Unos pasos cercanos, unas risas infantiles, alegres y juguetonas, me hicieron levantar la cabeza...

Era ella, ¡ella, Dios mío!

Iba con un ama que llevaba en brazos una niña de pocos meses, y delante una niñera con dos niños, que jugaban y corrían con sus aros.

Teresa ha perdido mucho de su belleza. Está pálida, muy delgada, menos esbelta; en sus ojos no hay aquella vida, aquella vida de ensueño que antes lucía en ellos; su boca perdió su frescura y su sonrisa alegre; las curvas de sus formas se han acentuado sin gracia... Pero, aun así y todo, mi amor, dormido sin duda, despertó poderoso, como antes, como siempre, y llevó a mis ojos dos llamaradas que encendieron en las marchitas mejillas de ella indiscretos y delatadores sonrojos.

Apenas nos miramos un momento. Ella volvió pronto la cabeza y pasó ante mí sin mirarme... Pero, ¡ay, yo vi en sus ojos

dos lágrimas que resbalaron hasta su boca, sin duda para hacerla cáliz de su amargura! Y los míos también se humedecieron, también de ellos brotaron dos lágrimas dolorosas que me quemaron al caer.

Y pasó... La vi perderse entre los álamos, por la soledad del sendero, quizá para siempre... ¡Y era toda mi vida la que se iba con ella!...

Comprendí que aquella mirada fugaz que entre ambos se había cruzado era un adiós supremo, desesperado a toda una historia de amor, a todo un pasado de cosas, de venturas, de goces inefables que se fueron para siempre, ¡para no volver!

Y en mi alma hubo como un cataclismo de algo grande que se derrumbó en silencio, para levantar en sus ruinas un trono al dolor.

Y lloré, lloré desesperadamente sobre el libro abierto, y mis lágrimas caían sobre los melancólicos y amargos versos de Musset—¡lágrimas también de poesía lloradas por un alma sin consuelo!...»



Manflor

Estábamos a 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar en un puerto de los que dan acceso de Asturias a la provincia de León. El puerto, un estrecho valle cubierto de fino césped, rodeado de altas peñas calizas y peladas, pertenecía a un opulento ganadero que nos obsequiaba a varios amigos aquel día, con la clásica *fritura*, un guiso de carne de oveja que sólo los pastores saben hacer bien, y que en aquellas alturas, respirando el aire saturado de oxígeno de las cumbres y bebiendo el agua clara y fresquísima de un manantial cercano, sabe a pura gloria.

Por las laderas de los montes triscaban los rebaños de *merinas* de nuestro amigo, guardados por enormes mastines de cabezas gigantescas y ojos nobles y fieros, terror de los lobos cuando les daba la mala idea de acercarse a las majadas en busca de alguna res.

Los pastores se habían reunido todos en un chozo de tapines y ramaje levantado en el centro del valle para preparar el *frite* y la *caldereta* que constituían los platos obligados del rústico banquete, al que asistíamos más de cincuenta comensales, venidos de todos los pueblos del contorno hasta aquellas alturas, sólo accesibles por un angosto y pendiente camino de herradura, y distante más de diez kilómetros del poblado más cercano.

Únicamente un pastor quedaba con su rebaño, lejos, entre los riscos, desde los cuales traía de vez en cuando la brisa a nuestros oídos las notas de una canción que aquél entonaba a intervalos con voz extremadamente aguda.

Después de comer la *chanfaina*, preparada con los menudos de las reses sacrificadas, y con propósito de hacer ganas para la comida, dimos un paseo a pie varios de los convidados, acompañados del *mayoral*, que nos mostraba con orgullo los ganados

confiados a su custodia, aquellos mansos ejércitos que él regía como general en jefe.

Al acercarnos al rebaño que continuaba guardado por su pastor, éste se alejó a toda prisa, trepando como un corzo por las quebraduras de la roca.

No dejó de extrañarme aquella actitud, como me había extrañado la ausencia de aquel solo pastor en el lugar del convite, y hube de interrogar al mayoral acerca de ello.

—¡Ah!—dijo éste.—Es *Manflor*: no hay que extrañarse. Huye de la gente como un rebeco. Casi ni con los pastores tiene trato. ¡Figúrense ustedes: hace cerca de veinte años que no baja a pobladol...

Todo esto, que a mi interlocutor le parecía tan natural, aumentó mi extrañeza, haciéndome insistir en nuevas preguntas; y las respuestas del mayoral aumentaban cada vez más mi curiosidad. Así es que, como éste conoció mis deseos de ver de cerca al pastor selvático, le llamó con voz imperiosa:

—¡Amaro, ven acá!

El pastor detuvo su marcha, pero sin obedecer al llamamiento, que fué preciso repetir dos veces más; y entonces comenzó a bajar con lentitud y torpeza que contrastaban con la agilidad que antes había mostrado para huir de nosotros, dando a entender cuánto le costaba afrontar nuestra presencia.

Al llegar junto a nuestro grupo, se quitó torpemente el sombrero de anchas alas, y saludó con sequedad.

Era un hombre de mediana edad, como de unos cuarenta años, alto, fuerte y recio, de rostro tostado por el oxígeno de las alturas y por el sol, con ojos negros, grandes y profundos, que nos miraban con esquivo recelo. Sus cabellos, muy canosos, no parecían propios de su edad, y, a juzgar sólo por ellos, hubiérase dicho que Amaro era mucho más viejo de lo que era en realidad y parecía. Todo su porte denotaba al hombre duro y fuerte, y únicamente la voz, demasiado aguda y aflautada, ponía una nota femenina en aquel continente varonil.

Indudablemente era una hermosa figura la de Amaro, y más aún cuando, en ciertos momentos en que parecía olvidar su salvaje desconfianza, sus ojos tomaban una expresión de infantil dulzura.

El mayoral le hizo dos o tres preguntas sin importancia sobre las ovejas, y le despidió.

Al marcharse pareció experimentar un grato alivio, como si hubiese desaparecido el temor de alguna grave contingencia, y huyó ligero saltando por los peñascales.

Continuamos nuestro paseo, y el mayoral nos dijo:

—Este hombre tiene una terrible historia.

Y, como mostrásemos deseos de conocerla, he aquí lo que aquél nos refirió, y que yo transcribo fielmente, aunque con otras palabras.

* * *

Amaro era uno de los mozos más garridos, más arrojados y más fuertes de toda la comarca montañesa. Nadie como él jugaba a los bolos o a la barra; en la carrera era siempre el primero, en las luchas no tenía rival, y, cuando la mocedad organizaba una batida a los rebecos o a los lobos, nadie como él sabía aventurarse por lo más agreste de la sierra, y su disparo era siempre el más difícil y el más certero.

Era noble, franco, propenso a la defensa de toda causa justa, y hablaba con rústica corrección, porque tenía algunos estudios y era aficionado a la lectura de novelas, versos y libros de viajes y de historia.

Con las mozas su partido era enorme. Entre las filigranas del baile del país, sabía decirles cosas tan dulces y pulidas, que ninguna, aun de las más esquivas, en quien puso sus ojos, dejó de rendirse a sus palabras de miel.

Un año, ciertos parientes suyos que vivían en un pueblecito de la ribera del Orbigo, le invitaron a pasar con ellos el día de la fiesta del lugar; y, como en la Montaña habían concluido las faenas agrícolas, Amaro aceptó la invitación con la ilusión de ver tierras y gentes desconocidas, que la novedad hace aparecer mejores que las que nos son familiares y sabidas de nuestro trato cotidiano.

Y he aquí que en aquel día de alegre fiesta ribereña Amaro conoció a María Rosa.

María Rosa era la moza más linda de su pueblo y de muchos pueblos a la redonda. Era menuda, blanca, con ojos pardos de mirada virginal, una boca chiquita y fresca, siempre animada por ingenua sonrisa que dejaba entrever sus pequeños dientes de nieve, y una mata de pelo de claro castaño.

María Rosa era codiciada por todos los mozos de la comarca, porque a sus encantos de mujer unía el atractivo de ser hija única de uno de los ricachos del municipio.

Y aquel día ¡qué hermosa estaba!... Iba a la fiesta ataviada con sus galas mejores. Un pañuelo de seda grana con grandes flores cubría completamente sus cabellos, encuadrando su rostro fino y delicado; el jubón, de terciopelo negro, la falda de gro y el delantal de raso, negros también, estaban adornados con flecos y cabos de azabache, y sus pies menudos y coquetos lucían zapatos escotados de charol con pespuntos blancos, a usanza del país.

Apenas llegó al campo en que había de hacerse el baile, mozos de todos los pueblos cercanos, venidos a la fiesta quizá sólo por ella, rodearon a María Rosa y a las mozas que la acompañaban, y se disputaron sus miradas, sus sonrisas y sus palabras. Ella, sin embargo, no parecía tener interesado su corazón: bromeaba con todos y a todos mantenía a igual distancia; y, aunque algunos se empeñaban en sostener que el preferido era Antonino, el hijo del alcalde, es lo cierto que esa preferencia no pasaba de los padres de María Rosa, que hubieran visto con gusto la alianza con una familia influyente y adinerada; pero la moza resistía las indicaciones y consejos de los suyos.

Al montañés le gustó desde el primer momento la hermosa riberiega, y en su deseo de agradarla, aunque no pensaba hacerlo, se dispuso a tomar parte en los juegos con que la juventud divertía sus ocios antes del baile.

Se corrió la rosca, y Amaro venció sin gran esfuerzo a los mejores corredores del país; y en el juego de barra puso sus tiros a más de una barra del mejor de los tiradores.

Estas victorias del forastero causaron gran molestia a los mozos, entre los cuales comenzó a correr un rumor poco favorable a aquél, pero que vino a proporcionarle un nuevo motivo de triunfo. Al iniciarse el baile, Amaro invitó a bailar a María Rosa; mas Antonino, que estaba presente, se opuso alegando que ésta tenía compromiso con él, cosa que ella negaba. Entonces Amaro insistió y requirió a su contrincante para que les dejase; pero éste agarró a la joven por una muñeca, y le dijo brutalmente:

—Con ése no bailas.

La provocación era demasiado directa para que Amaro la dejase incontestada, y, en efecto, se fué sobre Antonino y, agarrándole con violencia por un brazo, le hizo soltar el de María Rosa. Esto era lo que se buscaba: Antonino sacó del bolsillo una pistola, y un grito lanzado a la vez por veinte mujeres pareció vaticinar un drama sangriento; mas el montañés, ágil y seguro, se lanzó contra aquél, le desarmó, le castigó con unas cuantas bofetadas, que el otro apenas pudo devolver, y tiró la pistola por encima de la pared de una huerta próxima.

Después intervinieron las personas mayores, y la cuestión se calmó, al menos en apariencia, aunque en el fondo quedase declarada la guerra entre los mozos de la tierra y el forastero. No obstante, algunos de aquéllos, que no miraban bien las majezas provocadoras y el insultante predominio que con ellos quería ejercer Antonino, vieron con gusto la humillación de éste, y se acercaron con simpatía a Amaro, sintiendo hacia él esa admiración que en todos y más aún entre las gentes poco cultas despiertan la fuerza y el valor.

Comenzó el baile, y Amaro y María Rosa bailaron a su sabor, y entretuviéronse luego en animado diálogo, en el que, además de sus bocas, empezaban a hablar sus corazones.

María Rosa había sentido desde un principio hacia el gallardo montañés secreta simpatía, que había ido aumentando la contemplación de sus triunfos y, especialmente, su rasgo de valor y generosidad con Antonino, el cual inspiraba a aquélla cierta invencible antipatía. La ilusión de lo desconocido hizo no poco en pro de aquella atracción, y vino a completarla y exaltarla la conversación culta y discreta del mozo, llena de tiernas y sencillas gentilezas, que se posaban como caricias sobre el alma de María Rosa, acostumbrada a las groserías y desplantes de la mocedad zafia de su tierra.

Al celebrarse al día siguiente la tornafiesta, el *santín*, como se dice entre los aldeanos, María Rosa y Amaro eran novios. Y, naturalmente, la noticia corrió pronto de boca en boca, encendiendo la indignación y la rabia en la mayoría de los mozos de aquellos pueblos (entre los cuales aún perdura la idea de que las mujeres son algo así como parte de la propiedad comunal, supervivencia del concepto de propiedad de la tribu) y, sobre todo, en el ánimo del despreciado y humillado Antonino,

acostumbrado a imponer a todos el capricho de su voluntad.

A los pocos días Amaro regresó a su pueblo, llevando en sus oídos y en su corazón el eco de un juramento de amor, y florecida su alma con las rosadas rosas de la ilusión, con los blancos lirios de la felicidad, con los rojos claveles del deseo.

Y todos los días, cuando salía al campo para segar la otoñada o para arrojar en la besana el áureo trigo, al pasar junto al río, claro y risueño como su alma enamorada, el manso riachuelo que mana cerca de su pueblo y, engrosado con otros riachuelos y arroyos, bajando, bajando, pasa también, ya convertido en río caudaloso, por la aldea de su amada, confiaba a las aguas rumorosas dulces mensajes de amor, que, seguramente, allá abajo recogía en las orillas María Rosa cuando, al lavar los lienzos caseros, aquéllas besaban sus manos.

Así pasaron unos meses, sin verse, escribiéndose de vez en cuando, pero acordándose constantemente el uno del otro, de suerte que, aunque se hallaban a distancia, sus almas estaban todo el día juntas en la memoria y en el pensamiento.

Mas, cuando las nieves cubrieron montes y valles en el agreste país de Amaro, sometiendo a sus habitantes a inacción forzosa, éste pidió a sus padres permiso para bajar a la Ribera a ver a su novia.

Al día siguiente de haber llegado al pueblo de ésta, se presentó allí con mozos de otras aldeas vecinas Antonino, en quien la presencia de Amaro despertaba nuevos rencores y mataba definitivamente las esperanzas de casarse con María Rosa, que la ausencia de aquél había hecho renacer, creyendo que, tal vez, sus relaciones habían sido pasajeras y fugaces.

Antonino convocó en la taberna a los mozos convecinos de María Rosa y a muchos de los lugares próximos, y allí se trató de *cobrar el piso* al mozo forastero, y aun se insinuó algo más: la conveniencia de darle una paliza y de ahuyentarlo del país; porque, según afirmaba el envidioso rival de Amaro, las mozas debían ser para los mozos de la tierra, y era depresivo consentir que los extraños viniesen a robárselas.

Hubo algunos mozos de los que no toleraban la hegemonía que el hijo del Alcalde quería ejercer sobre ellos, que se opusie-

ron a las medidas de violencia. Uno, llevando su voz, decía: —Bien está que se le cobre el *piso*, porque es la costumbre; y creo que él no se negará a pagarlo; pero debe pedírsele con buenos modos, mientras no nos conste que él se niega a cumplir con la costumbre. Y en lo demás no tenemos por qué meternos: ¿vamos nosotros a impedir a una moza que quiera a quien mejor le parezca?

Al fin se acordó que aquella noche un grupo de mozos, entre ellos Antonino, esperase al forastero cuando éste volviera de hablar con su novia; le exigiese los derechos del *piso*, y, de negarse a pagarlos, le propinase unos vergajazos con intención de echarle del pueblo.

Por la noche, en efecto, se reunieron los mozos en la taberna a esperar el resultado de la entrevista, y Antonino y otros cinco, elegidos por él entre sus incondicionales, marcharon a esperar la vuelta de Amaro.

Los que abogaban en favor de éste fueron vigilados durante todo el día para que no pudiesen avisarle.

Era una noche de noviembre, sin luna, fría y serena. En el pueblo, sin alumbrado, reinaba completa oscuridad; las puertas de todas las casas se habían cerrado hacía ya varias horas, y sus habitantes se hallaban entregados al pesado sueño propio del labrador. Refulgían las estrellas con brillo intenso, como áureos diamantes engarzados en la cúpula oscura del cielo. En el aire, diáfano y encalmado, se dejaban sentir las agujas penetrantes de la helada.

En una de las casas extremas de la aldea una puerta entornada daba comunicación a los dos amantes, embebidos en la dulcedumbre de su paliqúe encantador: ilusiones de amor, proyectos de ventura, mutuos juramentos de eterno cariño...

Era avanzada la hora cuando Amaro, con un fuerte apretón de manos, se despidió de su novia hasta el día siguiente, en que se reanudaría el dulce idilio. A sus espaldas la puerta se cerró calladamente.

Amaro se encaminó hacia su casa.

Al volver una esquina, se presentaron Antonino y sus acompañantes. Iban todos armados de sendos garrotes, y en la faja un revólver o un cuchillo esperaban, ocultos, una orden criminal.

Se pusieron delante de Amaro, y uno de ellos, con voz retadora, dijo a éste:

—Aquí es costumbre que el mozo forastero que ronda a una moza *pague el piso*, y aquí venimos a que usted lo pague o a cobrarlo nosotros a la fuerza.

La exigencia no podía ir formulada con más insolencia. Así y todo, el montañés, que iba sin arma alguna y se dió cuenta del peligro que podía correr, procuró contener sus impulsos y con la mayor suavidad contestó.

—Yo no me niego a cumplir con las costumbres del país; pero no creo que necesiten pedírmelo en esa forma.

—Bien—dijo uno—si usted no se niega, nada hay que hablar; vamos a la taberna y...

Pero Antonino, a quien no convenía que el asunto tomase aquel sesgo amistoso, interrumpió:

—Es que, si no lo pagase, se lo cobraríamos con creces. Y añadió una exclamación soez.

Amaro dignamente no podía acceder a aquella exigencia, a menos de pasar por cobarde y sufrir una humillación que él mismo no se hubiese tolerado nunca, pero menos cuando, enamorado, el deseo de agradar a la amada, nos hace sobrepasarnos a nosotros mismos. Así, pues, hubo de replicar:

—En esa forma no pagaré nunca el *piso*.

Antonino tenía ya lo que deseaba, y no esperó a más: se lanzó sobre el montañés y le dió un pechugón. Amaro le agarró por el cuello y le arrojó al suelo... Pero entonces, como a una señal convenida, se echaron sobre él los otros cinco, sujetándolo mientras Antonino se levantaba, y luego, a una orden de éste, le taparon la boca con un pañuelo, le ataron fuertemente brazos y piernas, y le llevaron a las afueras del pueblo.

Por el camino, Antonino y sus acompañantes amenazaban a Amaro y le dirigían groseras burlas, que celebraban con grandes carcajadas.

Pero el montañés no era hombre que se rindiese fácilmente: haciendo un supremo esfuerzo, rompió sus ligaduras y con solos sus puños arrojó al suelo a tres de sus enemigos, y emprendió rápida carrera, que éstos no podían seguir.

Antonino y sus amigos, ciegos de ira, blasfemaban ante la fuerza y ligereza de Amaro, que se les escapaba, y corrían tras

él llenandole de injurias. Mas la fatalidad, conjurada también contra el bravo mozo, ayudó a los malvados. Como la noche era oscura y Amaro desconocía el camino, cayó en un cauce que lo cruzaba, y, aunque se levantó pronto e intentó seguir su rápida huída, bastó aquel contratiempo para que sus perseguidores le alcanzaran y nuevamente le sujetasen, ya vencido a la fuerza del número y al cansancio de la lucha y de la carrera.

Los riberiegos, sofocados, enardecidos por el vino, por la pelea y por la rabia de haber temido que se les escapara, se arrojaron con furor sobre Amaro, a quien otra vez ataron y taparon la boca. Uno de ellos sacó y amartilló una pistola...

Pero Antonino le detuvo.

—A éste hay que dejarle inválido para el amor, dijo, festejando su ocurrencia con una carcajada bestial, que corearon sus compañeros...

En la oscuridad de la noche brilló siniestramente una hoja de acero.

.....

Mientras aquellos salvajes marchaban a la taberna, borrachos de alcohol y de sangre, en la soledad del campo y de la noche, tendido sobre la hierba húmeda de la pradera, quedaba el infeliz Amaro, desmayado, sangriento, víctima de la más brutal y horrible mutilación... Las estrellas seguían fulgurando como áureos diamantes prendidos en el manto oscuro del cielo.

* * *

Hubo un largo y ruidoso proceso, que un día se vió ante el Tribunal del Jurado. Los testigos favorecieron a los procesados, y el Jurado, constituido por coterráneos de los reos y ganado por el dinero y las influencias de menguados caciques, los declaró inculpables.

Amaro no compareció siquiera a la vista. ¿Para qué?... Compareció, en cambio, María Rosa, cuya declaración también favoreció a sus paisanos. Había sufrido mucho y sentía una inmensa piedad hacia su antiguo novio, a quien no había vuelto a ver; pero, por otra parte, le inspiraba su recuerdo cierta aversión invencible.

El desgraciado mozo, después de haber curado milagrosamente, se negó a volver a su país y se fué a servir a tierra de

Campos. Pero, cuando allí se supo el crimen de que había sido víctima, comenzó a serlo también de las burlas más groseras y crueles. Un día, en una disputa, otro mozo le dijo:

—Yo no me las entiendo más que con hombres, *Manflor*.

Y desde aquel día no fué ya conocido con otro nombre.

Tuvo que marcharse de allí, y entonces se acogió otra vez a su tierra, en donde solamente compasión y amistad encontró; pero abandonó el pueblo para servir de pastor en los altos puertos, entre los peñascos agrestes de las alturas, vecino de las águilas y de las nubes. La soledad es su única amiga...

Con el corazón oprimido por terrible angustia, volvimos al chozo, en el que hubeamos, despidiendo un grato aroma silvestre, las calderas de la fritada.

Soplaba una brisa suave y fresca que ensanchaba los pulmones y convidaba a saborear el placer de la vida. En sus alas traía a intervalos las notas de una canción que con su voz aguda y dulce entonaba el desventurado pastor en una colina lejana, oculta entre los altos piornales, desterrado del mundo de los hombres, de quien conservaba el más fatídico recuerdo.



El rapto

Hace años pasé una larga temporada veraniega con mi íntimo amigo Teodoro Cifuentes en la preciosa finca de recreo que conserva en su pueblo natal, una pequeña aldea escondida en los pirineos asturianos que confinan con la provincia de León.

Estaba yo encantado de mi existencia campestre, para mí insólita y nueva, porque apenas había salido de Madrid; tenía allí todo para mí un delicioso perfume de bucólica poesía, y miraba las cosas con esa mirada de amable extrañeza que los madrileños ponemos en la vida aldeana, apenas entrevista en la farsa teatral o en la descripción novelesca.

Una mañana, paseando mi amigo y yo por el campo, le ponderaba con sincera exaltación las excelencias de éste, mientras él, que odiaba la vida rural, porque había pasado años enteros sin salir de aquel villorrio, se burlaba de mis apologías.

—Hasta para casarse—decía yo—nada hay tan hermoso como esto: aquí conoces, desde su nacimiento, a la que luego es tu mujer, sabes todos los momentos, todos los recovecos de su vida, todos los detalles de su historia; tienes una perpetua comunión con la verdad de su alma y de su conducta. Así se puede ser feliz sin reservas, sin la menor sombra de duda. Al contrario, en las grandes poblaciones te unes casi siempre con una desconocida, cuyo pasado ignoras, y ¡cuántas dudas torturantes pone una imaginación inquieta en la sombra de sus días ignorados!

Mi amigo sonrió con sonrisa entre amarga, irónica y compasiva.

—No seas inocente—me dijo—. Hay, acaso, más rincones ocultos entre estas peñas y estos bosques que en la red aturridora de las calles innumerables de tu Madrid. Allí y aquí hay que ignorar para ser feliz; allí y aquí hay que seguir aquel juicio del poeta: «No analices, muchacho, no analices»...

¿Recuerdas ese matrimonio que hemos hallado esta tarde al volver de la Fuente del Fierro? Pues, bajo tu palabra de secreto, voy a decirte el misterio que esconde el pasado de esa señora, todavía joven y linda, que tan enamorada se muestra de su marido.

Le dí las mayores seguridades respecto de mi silencio, y, liando unos cigarrillos, nos internamos en la fronda de un bosque de robles, en donde, cobijados por la sombra propicia y sentados a la orilla de un arroyo saltarín y transparente, Teodoro me hizo su confidencia.

—Concha era una muchacha bonita, mimada por todos los suyos, un poco coqueta, un algo frívola y un mucho más noveletera y romántica, con un vulgar romanticismo de folletín.

Un año vino a cazar por aquí un muchacho joven, fino, elegante. Según supimos luego, era un golfo de levita, sin otra carrera ni más medios de vivir que los de su honrosa profesión de taurino. Desde los primeros días hizo el amor a Concha, sabiendo que aquella boda le aseguraba un porvenir que él era incapaz de afrontar con su trabajo; y, como es natural, los padres y la familia toda de ella, así que se informaron de la casta de pájaro del novio, se opusieron tenazmente a sus relaciones.

A Concha, que no sentía por Ramón—así se llamaba aquel taurino elegante—más que un halago nacido de sus maneras sueltas y distinguidas, que aquí adquirirían cierto relieve por contraste con la rústica tosquedad de sus convecinos, le entusiasmó el capítulo de novela que se le presentaba con la oposición de su familia, y siguió sus relaciones con ahinco digno de un amor que ella estaba muy lejos de sentir.

Pasó disgustos muy serios; sufrió riñas, privaciones, castigos; pero nada bastaba a torcer su voluntad, cada vez más exaltada con las dificultades, con esa embriaguez que caballo y jinete sienten en la loca carrera de obstáculos.

Él, de vez en cuando, venía a la aldea vecina, y, a hurtadillas, de noche, conseguía hablar un rato con ella, que le esperaba anhelante de inquietud; y así se iba avivando aquella llama fría, verdadero fuego fatuo de amor, en el corazón de Concha.

Una noche había yo tomado en Pajares el tren que pasaba a las dos de la madrugada. Era un día de septiembre, víspera de las fiestas en la capital, a la que me encaminaba. Al lado de mi

departamento, en otro abonado del mismo coche, vi entrar a Ramón, a quien aquella noche, al ir hacia Pajares para tomar el tren, había hallado por los alrededores de mi pueblo.

Púsose en marcha el convoy, y, no había pasado media hora, cuando vi asomarse, desde el pasillo del coche a mi departamento, en que iba solo, a Concha, que me llamaba con apuro.

Salí, y me condujo al inmediato, en el que Ramón estaba tendido en un asiento. Concha me hizo un gesto de angustiosa duda, y me acerqué a él...

¡Estaba muerto, no había duda ninguna!...

Entonces Concha, que se hallaba apuradísima por su situación, pero en el fondo sin sentir gran cosa la muerte de su novio, me contó apresuradamente lo ocurrido.

Habían convenido el rapto para aquella noche. Ramón la esperó en las afueras del pueblo, y ella, cuando ya todos dormían en su casa, salió sigilosamente y se reunió con él.

Se alejaron por el monte, guareciéndose en un chozo de pastores, entonces abandonado, y allí aguardaron la hora de dirigirse a pie hasta Pajares, en donde tomaron el tren.

Su pensamiento era llegar a Oviedo, y avisar desde allí a la familia de Concha, que, después del escándalo, no tendría más remedio que consentir la boda.

Pero a poco de meterse en el tren, Ramón, que padecía un aneurisma en la aorta, según se supo después, se sintió de repente muy mal, presa de un dolor agudísimo, y a los pocos momentos dejó de existir.

Concha se lamentaba amargamente, entre sollozos, de su suerte: cuando ya creía seguro su matrimonio, veía truncada su fortuna, y, además, sería la víctima de un escándalo enorme, y un escándalo inútil; deshonrada y soltera para siempre...

Yo no sabía qué decir, ni qué partido tomar en aquel trance tan crítico. Pero ella tuvo una idea.

—Mira, Teodoro: en Puente de los Fierros nos apeamos; como todavía es muy de noche, podemos llegar a mi casa antes de que nadie se dé cuenta en ella ni en el pueblo; desde aquella estación hay por el monte poco más de tres kilómetros. Tú me jurarás callar siempre esta aventura de que has sido testigo, siempre, siempre, ¿eh?

Y me hacía mimos para halagarme y convencerme con razonamientos sabrosos y tentadores.

Paró el tren, y una voz adormilada gritó: «Puente de los Fierros, dos minutos». Sin perder momento nos apeamos por el lado opuesto a la estación, y nos encaminamos a buen paso hacia nuestro pueblo.

Llegamos sin que nadie se diese cuenta de nada. Concha que conservaba las llaves con que había salido, pudo entrar fácilmente en su casa sin que nadie lo advirtiera.

Al dejarla yo en ella, comenzaban a colorearse de pálida escarlata los celajes de oriente, y no pasó mucho tiempo cuando los pastores madrugadores salían ya al campo con sus ganados. Pero nadie nos vió, nadie supo nada de aquel rapto, de aquella aventura, fuera de mí, que hasta ahora a nadie la había revelado.

Los periódicos hablaron de un joven que había aparecido, en el tren, muerto repentinamente a consecuencia de la rotura de un aneurisma, en un departamento abonado de un coche de primera, cerca de Oviedo, cuatro o cinco estaciones después de aquella en que Concha y yo nos habíamos apeado.

Yo, para justificar mi vuelta inopinada, que, como todo, en todo el pueblo se sabía, pretexté haber olvidado en casa la cartera con el dinero.

Concha se casó a los dos años con un indiano en buena edad, que volvía de América con mucha plata; y parece que uno y otro son muy felices.

Antes, cuando nos veíamos, me dirigía una leve sonrisa de inteligencia mutua, sin embarazo, sin remordimiento, segura de mi silencio. Ahora, ya ni eso; diríase que ella misma lo ha olvidado, y cree que yo también lo olvidé.

Calló mi amigo, sonrió de nuevo, y luego, chupando con fuerza su cigarro, se dibujó en su boca aquella vaga sonrisa, entre compasiva, irónica y amarga a la vez.



El brazo vengador

Formábamos todos los días una pequeña tertulia en casa de la familia de D. Francisco Losada, magistrado jubilado ya, casi octogenario. En la encantadora intimidad de aquellas horas nocturnas, se tocaba el piano, se cantaba, leíamos alguna poesía o novela original los dos o tres borratajeadores de cuartillas que allí acudíamos y se contaba algún sucedido interesante.

Eramos asiduos seis u ocho hombres y otras tantas señoras, más la bella Carolina, hija del famoso Dr. Sancho, un neurólogo de los que forman en el estado mayor internacional de la ciencia médica, también concurrente a nuestras tertulias, único recreo que se permitía después del duro trabajo del manicomio, de la clínica y del laboratorio.

Es claro que los tres o cuatro jóvenes que allí acudíamos procurábamos conquistar la preferencia de Carolina, sin saber por qué, sin fin ninguno, por esa atracción necesaria de los sexos en la juventud, donde quiera que se hallen, aunque, a la verdad, no creo que ninguno de nosotros pensara traspasar los límites de la amistad y la simpatía.

Una noche, de las que dedicábamos íntegra a la lectura, porque D. Francisco ya no podía leer y sólo oyendo lograba satisfacer sus aficiones literarias, leíamos cuentos de Guy de Maupassant, saboreando las exquisiteces de observación y análisis y el fuerte dramatismo del célebre escritor francés.

Acabé yo de leer aquel extraño cuento que se titula «La mano». Las caras todas estaban contraídas por ese gesto expresivo del terror y del miedo; especialmente hacían ostensible su emoción las señoras, que, al mismo tiempo, saboreaban el goce del espanto con leves estremecimientos de inexplicable voluptuosidad.

Carolina, queriendo infundirse valor, dijo:

—Si no fuera porque esas historias extrañas no pueden ser verdad, no podría dormir esta noche.

El magistrado la miró, y dijo gravemente:

—Pues yo, lo mismo que ese Mr. Bermutier del cuento, podría contar a usted un caso extraordinario que presencié ejerciendo mis funciones judiciales allá en un partido enclavado en lo más agrio de la cordillera galaica.

E interpretando por asentimiento nuestro silencio, con más ganas quizá de contarle que de escucharlo nosotros, refirió lo siguiente:

—Pasaba los veranos en una quinta de recreo el Sr. Bores, un banquero madrileño, casado hacía poco tiempo con una preciosa joven de unos treinta años, edad que casi le doblaba él, y a la que, según parece, había conocido trabajando en una compañía en el circo de París. Se decía que estaba locamente enamorado de ella.

Pero Germana (así se llamaba la antigua acróbata), que, por lo visto, no se había casado con Bores más que por el dinero, no le correspondía con su amor, para cuyas expansiones había buscado un sustituto, uno de esos hombres arrogantes y fuertes, sin oficio ni historia conocidos, que, como las plantas parásitas, viven adheridos a una mujer, de cuya sustancia se nutren, y cuya vida y belleza van chupando poco a poco.

Ella sentía por este hombre una pasión inmensa, y no cesó de aproximarlo a sí, hasta conseguir que su esposo le nombrase su secretario; y así el adulterio era cosa de todos los días, un nunca interrumpido idilio.

El secretario, Renato, llegó a ser para Bores el hombre preciso, el eje de su banca, el poseedor de sus secretos. Por eso no le dejaba separarse de él, y por los veranos le llevaba consigo a descansar de los fatigosos trabajos de las tres estaciones.

Para ahorrar a ustedes prolijos detalles: por una confidencia de un antiguo servidor de la casa, Bores se enteró de cómo pagaban su deuda de gratitud aquellos miserables, a quienes él había sacado de las tinieblas del hambre a la luz del oro, y que, nacidos sin duda para el crimen, no podían sustraerse a su destino: arrancados al robo, al hurto y al homicidio tal vez, eran ladrones del honor y asesinos del alma, criminales al fin y al cabo, que obraban según el medio.

Pretextó el burlado esposo una cacería con [varios amigos de la comarca; y, aunque es éste recurso gastado en las sorpresas de tal índole, no por eso tuvo menos éxito.

La cacería habría de durar ocho días, y Bores dejó pasar dos para que los amantes se confiaran más.

Al tercero, provisto de una segunda llave, abrió sigilosamente la puerta, y penetró en el gabinete de Germana.

Una lamparilla, alumbrando a una virgen de plata, extendía su tenue luz amarilla por la habitación, y sus rayos, quebrados en las columnas de la alcoba y filtrados a través de un blanco estor, dejaban ver vagamente las siluetas de los dos amantes, que, rendidos de la fatiga de sus placeres brutales, dormían el uno en brazos del otro.

Bores avanzaba poco a poco, con todo género de precauciones para no hacer ruido. Su intento era sin duda sorprenderlos dormidos y dejarlos clavados con el puñal que llevaba en su mano derecha, para que, todavía muertos, perdurasen las pruebas de su crimen.

Mas, de pronto, tropezó con una columna que sostenía un tiesto, y éste vino al suelo.

Despertaron los amantes, y al ver al marido avanzar respirando hálito de venganza, Renato asió un revólver que tenía sobre la mesilla, y, ya a bocajarro, lo disparó contra Bores, que se abalanzaba con los brazos levantados sobre él.

El banquero cayó sobre la alfombra de bruces, y allí quedó inmóvil, estirado, con los brazos extendidos a lo largo, a los lados de la cabeza.

Germana se había desmayado, y Renato por el balcón se arrojó al jardín, ganó la salida y huyó sin rumbo por el campo, aun envuelto en las sombras de una noche sin luna.

Todo esto lo supimos después, porque, tras muchas pesquisas, Renato fué habido y confesó de plano.

Al amanecer fuí con el escribano, el médido forense y dos alguaciles a levantar el cadáver. Lo encontramos en la misma posición en que había caído. En la mano derecha conservaba asido fuertemente el puñal, que parecía haber sido soldado en ella. A su lado, pálida, espantada, estaba sentada Germana, que se había empeñado en quedarse a solas con el cadáver.

Se le dió cuidadosamente la vuelta, y, mientras un alguacil le

sostenía por las manos y el otro por las piernas, el médico, desnudando su pecho, comprobaba la muerte, sin duda instantánea, causada por haber penetrado el proyectil en el corazón, y consiguiendo hemorragia fulminante; un pequeño hilo de sangre roja manchaba el pecho y la camisa.

Se le colocó sobre un sofá. Y ahora viene lo extraordinario.

Al soltarle el alguacil que le tenía asidos los brazos, hacia arriba, a lo largo de la cabeza, el brazo derecho, con la mano aún armada del puñal, describió en el aire un arco de círculo hasta quedar colgante, rozando ligeramente el cuerpo de Germana, que, arrodillada, sollozaba convulsivamente a su lado; y, por segunda vez, como tratando de herir a un ser invisible, se levantó hasta el nivel de la cabeza y describió el mismo arco, igual trayectoria, hasta quedar otra vez colgante y rígido, en cuyo momento soltó el puñal, que cayó sobre la alfombra, en la que se apagaron sus vibraciones sonoras.

Quedamos todos helados de espanto. Un terror fantástico se retrataba en todos los semblantes. Germana perdió el conocimiento, que tardó varias horas en recobrar. Un alguacil se desmayó. El médico y yo nos habíamos cogido instintivamente de la mano.

Le hice que reconociera de nuevo el cadáver, y de nuevo afirmó la muerte, y que ésta databa ya de cuatro a cinco horas. Era un hombre encanecido en su profesión, sirviendo siempre aquel partido, y confesó que no sabía dar explicación del hecho.

Calló D. Francisco. Las señoras no podían ocultar en los ojos y en la boca las huellas del miedo. Una dijo:

—¡Oh, yo no dudo de que a veces los espíritus vuelven a descender hasta sus cuerpos para ver algo que les interesal

Otra añadió:

—Pues yo lo que creo es que no estaba muerto.

—De eso no cabe duda—replicó D. Francisco.

—¡Entonces!...

El Dr. Sancho sonreía ligeramente, como mago que conoce el secreto de los milagros que a los otros maravillan o aterrorizan, y tomó la palabra.

—Eso tiene una explicación científica. La voluntad del banquero, enérgica y resuelta, había impreso en los nervios una orden terminante. Como fué sorprendido por un proyectil, y el

brazo, al caer al suelo, quedó detenido, no pudo obedecer, ni después, mientras le sujetaba el alguacil; pero al verse libre de obstáculos, trató de cumplir el mandato ineludible de matar a los amantes, aunque tardíamente, y de ahí esos terroríficos arcos de circunferencia, señales póstumas de una venganza firmemente decidida.

Y citó también el caso de la ejecución de Ravachol. Aquel «¡viva la República!» irónico del famoso anarquista fué sorprendido e interrumpido por la cuchilla de la guillotina, y se dice que pronunciadas las últimas sílabas por la cabeza, ya dentro del cesto.

Carolina, con los ojos húmedos, dijo:

—¡Hablen ustedes por Dios de otra cosa!

Otra señora repuso:

—No me satisfacen las explicaciones del Dr. Sancho.

A lo que éste contestó sonriendo:

—Señora, ya sé que ustedes prefieren la explicación sobrenatural o la falta de explicación a las explicaciones de la ciencia.



Un roastbeef

Al fin iba a poder gozar de aquel placer exótico y extraño, que gustaría con fruición su espíritu inquieto, saturado ya de toda clase de goces y emociones.

Era Lillian una mujercita encantadora, pero caprichosa y descontentadiza, como la que a sus escasos cinco lustros ha satisfecho ya todos los deseos y anhelos imaginables. Hija de un multimillonario neoyorkino, era uno de los pocos casos humanos en que quizá podría decirse que el deseo quedaba por bajo de la satisfacción. Hastiada a los veinte años de todos los deportes y de todos los lujos de la vida social, de montar caballos andaluces e ingleses, de desafiar a la muerte en vertiginosos viajes con su soberbio «Roll» por ambas Américas, había emprendido por Europa una larga excursión que duró varios años. Para ella no tenían secretos ni los esplendores de París, ni las bellezas de Italia, ni las fiestas andaluzas, ni las cumbres alpinas, ni las brumas de los cielos del Norte.

Y así, cuando se concertó su matrimonio con Walter Kenyon, hijo de otro de los reyes de la industria norteamericana, y se pensó en el imprescindible viaje de novios, Lillian quiso gustar algo nuevo, algo que pudiera dejar en su alma un recuerdo imborrable y fuerte. Por eso, después de pensarlo mucho, decidió que habrían de visitar un país salvaje y casi desconocido; y, tras no pocas vacilaciones y estudios, fué elegida la lejana isla de Nueva-Caledonia, allá en el extremo meridional de la Melanesia.

El viaje era largo, lleno de molestias y de peligros; pero estas dificultades constituían un incentivo para Lillian, y despertaban más y más su entusiasmo.

Al fin el novio, sinceramente enamorado de aquella cabecita un poco loca, pero encantadora siempre—¡ay, aquellos cabellos

rubios y rizados, aquellos ojos azules y aquella boca fresca y roja como una flor de granado!—quiso complacerla en todo, y hasta él mismo llegó a interesarse en aquella expedición insólita para viaje de novios y muy a propósito para la ostentación de un millonario yanky.

El mismo día de la boda se trasladaron los jóvenes esposos a un puerto del Pacífico, y su *yacht* zarpó, cargado de provisiones y vituallas, con rumbo al Oeste.

El entusiasmo de la joven no tenía límites; nada de aquello se parecía a lo que había visto hasta entonces. La larga travesía por el Gran Océano desierto, el peligroso arribo a la isla, salvando mil dificultades por entre los arrecifes de coral que la circundan, como enorme cintura, y en cuyos picos se quiebran las olas formando formidables rompientes; el desembarco en Balad, la navegación en piragua por el río Yaté; los bosques frondosos y perfumados en que se mezclaban el árbol del pan y el cocotero, la araucaria y el sándalo; las bandadas de fragatas cruzando bajo la inmensa turquesa del cielo... Todo, todo despertaba en ella la curiosidad, la admiración y la alegría.

De cuanto veía hubiera querido llevar muestras y ejemplares, y el *yacht* estaba ya lleno de plantas exóticas y animales raros, entre los cuales ostentaba el primer lugar una tortuga gigante cazada por los mismos marineros.

Pero faltaba todavía lo mejor, sin duda lo más emocionante, y ya lo tenía a la vista. Habían hallado hasta entonces no pocos naturales del país, pero aquél era el primer poblado verdaderamente salvaje que se ofrecía a sus ojos, un grupo de cincuenta o sesenta chozas de techos cónicos, elevados y pendientes, que aparecía como una bandada de enormes pájaros posados en el fondo de un vallecito, cerrado por abruptas rocas de cuarzo y serpentina, entre las cuales corría un arroyo de claras y limpias aguas.

La expedición, formada por el matrimonio, dos doncellas de Lillian y doce marineros, estaba acampada a la entrada de un bosque de higueras gigantes, y allí esperaba el regreso de los dos intérpretes—dos *canacos* del país—que habían ido a solicitar hospitalidad del jefe de aquella negra e indígena tribu de los llamados *webias*, que son los que menos han sentido el contacto de la civilización.

Era una ardiente mañana de la primavera austral. El sol del trópico caía sobre la isla como una cascada de fuego, y arrancaba a las rocas destellos que semejaban chispas desprendidas de un incendio invisible. Los expedicionarios aplacaban la sed con agua de coco y refrescos preparados por ellos mientras recibían el mensaje de los moradores del poblado.

Los heraldos volvieron, al fin, con la nueva de que el jefe o reyezuelo de la tribu, no solamente admitía a los huéspedes extranjeros, sino que los invitaba a un banquete, ya que casualmente se celebraba aquel día la que podría llamarse fiesta de la pubertad de su primogénito.

Bajaron, pues, al poblado, y, precedidos de una falange de guerreros, armados con largas picas de madera, fueron introducidos en la choza del jefe.

Era ésta bastante mayor que la de sus súbditos, y constaba de varias habitaciones, de las cuales la del fondo, que ocupaba más de la mitad de la superficie total de la vivienda, hacía las veces de salón de fiestas y ceremonias.

Allí se hallaba, sentado sobre un escabel cubierto con una estera de caprichosos tejidos, el jefe. Era un negro, pequeño y enjuto, con el pelo bañado en una lechada de cal, que formaba extraño contraste con el tono de la piel y le daba cierto aspecto de estatua tallada en mármol bicolor; iba vestido de cintura para abajo con una estera fina, tejida en varios colores y que hubiera podido tomarse por una rica tela; el tabique de su nariz aparecía atravesado por larga barra de madera tallada, de la que pendían, a los extremos, dos conchas marinas; llevaba en piernas y brazos brazaletes de madera y metal; su cuerpo todo, piernas, brazos, pecho y espalda, ostentaba abigarrados tatuajes claros de caprichosas figuras geométricas; dos enormes pendientes de cristal colgaban de sus orejas, y, en fin, completaban su atavío un collar de dientes de tiburón y seis grandes plumas blancas sujetas a la cabeza por una cinta y entrelazadas con una especie de finas virutas de varios colores.

De los hombres algunos vestían de modo análogo al jefe, aunque con menos adornos, y otros iban casi desnudos con una especie de taparrabos de hojas, cortezas o filamentos tejidos. Las mujeres, en general, llevaban sólo bandas que les cubrían las caderas y el vientre, pero algunas se ocultaban casi por com-

pleto bajo grandes capas de hojas que les daban, de lejos, apariencia de osos. Y todos, hombres y mujeres, mostraban los cuerpos cubiertos de caprichosos tatuajes y pinturas.

A los lados del soberano estaban sentadas dos mujeres que cubrían sus cabezas con dos pares de alas de un quiróptero gigantesco.

Lillian palmoteaba de contento como una niña a quien se ofrece el atractivo juguete durante muchos días deseado. Todo aquello iba superando su loca sed de cosas nuevas. Pero aún le faltaba una de las más grandes y nuevas emociones.

Después de cambiar con el jefe algunos regalos, comenzó la fiesta. El príncipe—llamémosle así—fué sacado de una tienda donde llevaba varios días encerrado. Su atavío era análogo al de su padre, pero más sencillo, y a la cabeza no llevaba plumas, sinó sólo el pelo teñido de negro y rojo, y cogido en tiesos mechones que le daban el aspecto de un erizo.

En su honor se bailó el *pilu-pilu*, una danza guerrera en que simulaban combatir hombres y mujeres: éstas arrojaban piedras, y aquéllos, divididos en tres armas, según llevaban picas, mazas u hondas, se lanzaban al combate con fiero ardor que hacía pensar en lo que sería la realidad de una lucha entre aquellos salvajes. Carreras desenfundadas, movimientos y contorsiones que semejabán actitudes de herir y de caer, choque de armas, gritos estridentes en su lengua áspera y gutural... Era un vértigo, un frenesí que hubiera asustado a cualquiera que no hubiese tenido el temple de la joven yanky. La lucha terminaba con la victoria de los hombres, y los combatientes, todos, cubiertos de sudor y abrumados por el cansancio del fiero simulacro, corrían a tenderse, jadeantes, a la sombra de los árboles próximos.

Los expedicionarios y, sobre todo, Lillian, desfallecían de apetito, y vieron abiertos los cielos cuando el jefe los hizo pasar de nuevo a la choza para tomar parte en el banquete.

Primero se preparó la *Kava*, una bebida aromática y ligeramente alcohólica de que gustan extraordinariamente los habitantes de las islas oceánicas: el criado, favorito del soberano, sentado a su frente, y obedeciendo a palabras rituales, iba machacando y desliendo en agua, en una olla de barro, la raíz de la planta hasta que el líquido quedó claro y limpio. Entonces se dió una voz, y los invitados fueron aproximando sus vasos,

que el reyezuelo llenó. El primero fué ofrecido por él mismo al criado favorito; el segundo, al que le había ayudado a preparar la bebida; el tercero, a Lillian; el cuarto, a Walter, y después bebió ya el anfitrión y sus demás convidados.

Luego se sirvió la comida, compuesta, en su mayor parte, de mariscos y frutas o plantas diversas, coco, piña, bananas, caña de azúcar, café... La carne no apareció más que en un solo plato, y eso en poca cantidad; pero, en cambio, constituía, a juicio de Lillian, un manjar delicioso, preparado, sin duda, con hierbas aromáticas; era una carne un poco dulce, con todo su jugo, y su preparación, algo parecido al *roastbeef* que se sirve en nuestros *restaurants* y hoteles.

* * *

Poco después del banquete, Lillian tomaba notas en su cuaderno, según costumbre, de todo cuanto había llamado su atención, y apuntaba los nombres de diversas cosas en la lengua de los *canacos*, valiéndose, para ello, de sus guías-intérpretes. Y tuvo curiosidad por saber de qué animal era la carne que había saboreado como plato fuerte del banquete... El guía se hizo el desentendido y contestó que no lo sabía, que no lo había comido nunca. Pero esto picó más la curiosidad de misstress Kenyon, y le prometió una fuerte propina si lo averiguaba y se lo decía más tarde; si no, contaría con el otro intérprete.

Al fin, pudo más en el guía la codicia de unas monedas, que acaso, de otro modo, hubieran ido a manos de su compañero, que cierto absurdo pudor, y he aquí lo que en inglés tradujo a Lillian, después de haber hecho algunas averiguaciones cerca de los cocineros del reyezuelo:

«Es carne que guardaban de un misionero católico que se han estado comiendo estos días»...

.....

El cuaderno de apuntes de Lillian Kenyon no dice si colmó su apetito insaciable de cosas nuevas esta última emoción, acaso un poco fuerte.



El ramo de violetas

Magnífico, espléndido había sido el banquete con que acababa de obsequiarnos a sus íntimos el Marqués de Arienza con motivo de inaugurar la nueva casa en que se había instalado definitivamente en Madrid, para vivir el resto de sus días al lado de su única hermana, Alicia, a quien adoraba, y de los hijos de ésta, un año o dos después de quedarse viuda.

En esta nueva y, seguramente, última etapa de su existencia, se proponía conseguir también la tranquilidad y el reposo que exigían ya sus 55 años, bien llevados, después de una agitada vida de viajes y placeres. El Marqués, retirado ya de su carrera diplomática, había sido un formidable conquistador, según la fama, y en su haber amoroso figuraban mujeres de varios continentes y de varias razas, desde la delicada *musmé* morena de rasgados y negros ojos de ensueño hasta la fuerte y rubia deportista *yanki* de ojos azules y un poco apaches.

Habíamos pasado del comedor a un lindo gabinete en que tomábamos el más delicioso café y fumábamos exquisitos habanos de fabricación especial, que llevaban en la fajilla el escudo de armas de los Arienzas. Una fontana de cristal y plata con múltiples caños llenaba las copas a voluntad de *kummel*, de *curaçao*, de *wisky* o de *chartresse* verde.

La instalación de la casa era de gran lujo y de gusto supremo; pero especialmente aquel gabinete era un verdadero museo, un rincón de arte. Por todas partes cuadros de excelentes firmas, esculturas, tapices antiguos, muebles de mérito, porcelanas... Pero entre tantas cosas preciosas y valiosísimas nos llamó la atención, precisamente por el contraste, un cuadrito de *pelouche* color crema con remates de oro, en el cual había un ramo de violetas, cuyos pétalos, oscuros y resecos, denunciaban una muerte de muchos años atrás. Estaba colocado sobre la chime-

nea de mármol gris, bajo un soberbio retrato al óleo del Marqués, con toga de roja muceta, que ostentaba al pie el nombre de Casado del Alisal.

—Sr. Marqués, alguna aventura galante con una duquesita joven, ¿eh?—le dije.

—Apuesto—observó el barón de Llera—a que es un recuerdo de Silvia.

Ni de Silvia, ni de ninguna dama aristocrática. Es de la mujer que más me amó en este mundo, y ahí está su mérito, y por eso lo tengo en sitio preferente, bajo mi retrato de la época en que me doctoré en Derecho, a la que se refiere ese documento de mi historia.

Nos sentamos a su alrededor dispuestos a escucharle, y él, comprendiéndolo, no necesitó nuestro ruego. Bebió un largo sorbo de café, ordenando sus recuerdos, y tomó la palabra.

—Tenía yo entonces veintidós años, y estudiaba, como he dicho, el doctorado de Derecho. Como mi vida de sociedad me robaba al estudio todo el curso, en abril y mayo tenía que consagrarme a él por completo. Me levantaba muy temprano y me iba al Retiro. Siempre me ha gustado estudiar en el campo, al aire libre: parece que el soplo de la brisa barre las nubes que en forma de preocupaciones oscurecen la inteligencia, dejándola despejada como el cielo, refrescándola con la sutil humedad del rocío de la mañana, endulzando la aridez de los conceptos científicos con los aromas de la flora, que parecen prestar alas a las ideas para que lleguen mejor a posarse en el cerebro, e incrustándolas en él con el martilleo sonoro de mil gargantas que, escondidas en el misterio del follaje, saturan de tierna música las ráfagas del ambiente.

Llegaba hasta lo más apartado del Parque, y allí me sentaba en un banco a estudiar.

De vez en cuando pasaba alguna otra persona: ya otro estudiante, ya un guarda, ya unos niños que seguían a una institutriz hablando en inglés con ella.

Solía sentarse no lejos una gitanilla de unos 15 ó 16 años, pequeñita, de rostro oscuro y ojos brillantísimos, que hubiera parecido hermosa si el agua hubiera llegado con más asiduidad y frecuencia hasta su epidermis. Llevaba una amplia falda encarnada con abigarrados dibujos de extrañas flores verdes, ra-

mos azules y frutos morados y amarillos; un pañolón azul y negro con fleco ceñido al talle, y un pañuelo blanco que sujetaba los insurreccionados y relucientes cabellos negros que formaban espeso bosque sobre su cabeza.

La conocí un día que estaba sentada a la puerta del Retiro, y, al verme entrar, se levantó diciendo con voz melosa:

—Buen mozo, ¿quiere que te eche la buenaventura? Anda, que te voy a *desir* una cosa *mu dulce* de tu *rubiya*.

Yo no contesté. Ella me siguió por los senderos, hasta que me volví malhumorado diciendo:

—Déjame en paz.

Entonces se alejó; pero un suceso imprevisto vino a ponernos de nuevo en comunicación.

Una partida de mozalbetes, de ese tipo achulado y repugnante que, por desgracia, no escasea en Madrid, al pasar junto a la muchacha comenzó a tomarse con ella bromas de mal gusto al principio, soeces después y, por fin, brutales.

No pude contenerme, y me dirigí airadamente contra ellos, increpándolos duramente. De los cuatro que eran, tres callaron, comprendiendo, quizá, que su conducta no había sido muy de hombres; pero otro, tamando un aire de majeza y zahiriéndome con insultos, pretendió hacerme frente, obligándome a cogerle por las solapas y a zarandearle con tal violencia, que hubo de caer al suelo.

A la vez la gitanilla se había provisto de gruesas piedras, que, a no impedirlo yo, tal vez hubieran ido a demostrar en la cabeza de los atrevidos el poder de sus caricias.

Todo ello puso en rápida fuga a los provocadores, y me dejó dueño del campo.

La gitanilla entonces se acercó a mí, y mirándome con sus ojos húmedos y acariciadores, me dijo:

—Gracias, gavilán, *Ere* un valiente. Si no es por tí, *probe* de mí con esos *esaborios*.

Y cogiéndome la mano, puso en ella un recio beso de sus labios carnosos, y huyó ligera por los senderos hasta perderse a mi vista.

Al día siguiente, al entrar, la hallé en el mismo sitio, y, a poco, cuando estaba ya sentado estudiando en el lugar de costumbre, al levantar la cabeza mientras pasaba una hoja del libro,

la vi enfrente de mí, no lejos, tejiendo mimbres para hacer una jardinera. Después, los días sucesivos, cuando llegaba a mi banco, la encontraba siempre sentada enfrente, con un montón de mimbres al lado, haciendo jardineras, musiqueros y cestas de tejidos caprichosos y extraños.

Un día que concluí pronto de estudiar y quería hacer tiempo hasta la hora de clase, la llamé. Se levantó rápidamente y se llegó hasta mí.

Por entretenerme le hice contarme su historia. No había conocido padres y se había criado con una gitana, que no hacía mucho tiempo la había cedido mediante cierta cantidad a un gitano rico, ya viejo. Ella, sin saber por qué, le había cogido miedo, y, antes de que fuese a reclamarla, se había escapado de casa de su protectora, porque sabía que ésta la hubiera entregado, si no, por fuerza. Desde entonces vivía de lo que le daban por aquellas chucherías que fabricaba en sus esmeradas labores con las mimbres, o vendiendo flores a la salida de los teatros.

Confieso que era una muchacha bellísima, de hermosura de odalisca oriental; sus carnes morenas eran robustas, sólidas, de palpitante voluptuosidad; la nariz, ancha, dejaba paso a una respiración vigorosa, que levantaba su seno y su garganta, rodeada de collares de coral, en ondas incitantes de pasión; la boca, de gruesos y rojos labios, entreabierta siempre por una sonrisa triste, permitiendo ver los dientes cuya blancura hacía resaltar más su tez cobriza, le daba un aspecto de dulzura que contrastaba con la fiereza salvaje de sus ojos, negros y profundos como la boca de un cráter, dejando, como éste, adivinar las tempestades que en el fondo de su alma levantaban en olas de pasión las violencias de su ardiente temperamento. Sus cabellos mal sujetos por el pañuelo, caían en espesos y rizados bucles de un negro de azabache sobre su frente y sus hombros.

Mientras hablaba, velaba con los párpados el fulgor de sus miradas, fijas en el suelo; pero alguna vez los levantaba hasta mí para despedir, como rápida erupción, un relámpago que parecía extinguirse al cruzar por sus pestañas largas y espesas.

—¿Cómo te llamas?—le pregunté.

—Soledad—me contestó con un suspiro que elevó en rebosante curva su pecho y agitó los corales y vidrios que servían de dijes a su collar.

Una ráfaga de deseo saturó todo mi ser y me hizo coger su mano, que reflejó un estremecimiento de todo su cuerpo. Pero vi los ramalazos de sudor ya seco que estaban adheridos, como líquenes parásitos, a su piel, y la abandoné, exclamando con egoísmo brutal:

—Oye... ¿Por qué no te lavas?

Bajó los ojos avergonzada, y yo, queriendo dulcificar mi desplante, le dije:

—Anda, échame la buenaventura.

—En el nombre del Padre y del Hijo—dijo mientras hacía la señal de la cruz sobre la palma de mi mano—y de la Divina Paloma que trae en el pico *má verdá* que el Evangelio. Y *etas rayas cruzás* te *disen* que *ha* de *tropesá* en tu camino con *do mujeres* que te han de *queré* como tú *quiere* con locura: una, morena, y *rubiya*, la otra. La morena será capaz de matar o de morir por tí; pero tú *querrá má* a la rubia, y cuando ya no tenga quien le dispute su *queré*, la *dejará por otra...* Será *mu afortunao* con *toítas* porque irán a caer como *palomicas atraías* por tus *ojillos* de gavilán goloso...

—Bueno, chiquilla; es muy gracioso todo eso que me dices. Toma...—Y saqué del bolsillo una moneda de plata, que quise darle.

—¡Oh! No, no; eso no—dijo irguiendo con orgullo su cuerpillo menudo y fuerte.— Si *quiere* darme *argo* tuyo, dame *ezo*. Y señaló el lápiz de plata con que yo tomaba mis apuntes.

Se lo di, y me levanté, emprendiendo el camino de la Universidad.

Al día siguiente estaba, cuando yo fuí, en el sitio de costumbre, pero noté que su cara, sus orejas, sus manos y su garganta estaban limpios cuidadosamente, así como los enormes pendientes y los collares con que se adornaba, y al acercarme noté que hasta olía a un fuerte perfume que sin duda habría comprado con las pequeñas ganancias de su pobre industria. En su cabello y en su pecho llevaba prendidas unas rosas. Al verme, se levantó y me puso en el ojal un ramo de violetas.

La cogí por el talle y la besé en la garganta y en la boca. Su cuerpo se estremeció como el de una avecilla sorprendida por el frío de la noche fuera del nido, y sus ojos me envolvían con ardientes miradas en un ambiente de inmensa pasión. No sé

adónde habría ido a parar... Mas de pronto vi aproximarse a la que entonces era mi novia, aquella rubita que se casó con Regino Cárdenas, que me había citado allí aquella mañana, desde la cual pensaba ir todos los días de paseo con una tía suya, que protegía nuestros amores. Y me separé apresuradamente de la gitana.

Pero Julia vió a la gitana, y se empeñó en que la llamara para que le predijese su suerte. Yo, temiendo cualquier cosa, quería hacerla desistir; pero no hubo remedio. La llamé con una seña, y la gitanilla acudió sumisa.

—Dile a esta señorita la buenaventura.

—En el nombre de Dios y de la Virgen—comenzó la gitana—, que donde ellos están no entra el mal; por tu pensamiento y por tu idea, por lo que piensas y por lo que deseas... Buenaventura *tiene*, criatura de Dios, cachito e *sielo*, que *er Zeñó* te puso en *er corasón* un *queré* que te hará *feli*; porque *ere* la *prefería* de un hombre *má* hermoso que *er Arcange San Grabié*, que *tié chala* a *má* de una *mosita* por su simpatía y por su *aqué*; y, aunque tú no *ere* la que le *quiere má*, él te ha dado su *corasón*, y tú *ha* de *venser* a una *moreniya* que querría robártelo a *puñalá*... Pero no tengas miedo que *er* mismo *queré* de la morena te dará la suerte que has de *gosar* por *toítos los años* de tu *vía* con tu *marío* y cuatro *churumbeles* más hermosos que las *estreyítas* del *sielo*...

Julia se reía y se ruborizaba a un tiempo. Yo experimentaba una vaga angustia, porque empezaba a adivinar la amargura que envolvían aquellas frases. La tía de mi novia escuchaba gravemente, poseída de supersticiosa credulidad.

—Toma—dije a Soledad, y le ofrecí una peseta, que cogió con mano vacilante... Y huyó rápidamente para ocultar dos lágrimas que pugnaban por escaparse de sus ojos.

.....

A la mañana siguiente, cuando, como de costumbre, fuí a mi sitio, al pasar junto al estanque, vi un grupo de guardas, policías y curiosos que miraban un cuerpo atrozmente hinchado, tendido en el suelo. Me acerqué y reconocí a Soledad, que, según el médico forense, se había arrojado al estanque hacía unas diez horas. No se le encontró más que un lápiz de plata y una peseta en su mugrienta faltriquera...

Me alejé emocionado, y hasta enjuagué dos lágrimas, no sé si de amor, de compasión, de agradecimiento o de vanidosa coquetería...

Y ahí tienen ustedes—concluyó el Marqués, conmovido—por qué tiene ese ramo de violetas el lugar de preferencia en mi gabinete. Colocado entre tantas otras cosas más ricas o más bellas, expresa un triste simbolismo con sus hojas secas. ¡Cuántas lindas y humildes violetas, como la hermosa gitanilla, morirán de ansias de amor entre los hierbajos del suelo, al contemplar, allá tras la espesa fronda del bosque gigantesco, los rayos de sol que se quiebran y extinguen en el ramaje, sin llegar nunca a vivificar con su calor y su luz las pobres y frías corolas ignoradas!



El tío Mendo

Aunque era yo muy niño cuando le vi por última vez, recuerdo perfectamente sus rasgos, y sobre todo aquel amable perfil de moneda gótica que le daba tan elegante distinción, que le eximía de toda vulgaridad. Era alto, flaco, un poco prieta la color; la nariz, larga y afilada, colgaba ligeramente sobre la boca grande, de finos y pálidos labios, entre los que asomaban largos y descarnados dientes, muy blancos, un poco salientes y oblicuos; el pelo, fino y lustroso, se mantenía negro a pesar de sus cincuenta y tantos años, y el rostro entera y cuidadosamente afeitado, le daba una nota de juventud, a pesar de las arrugas, variadas y profundas, que lo cubrían en todas direcciones, nota que acentuaban su perenne sonrisa y sus dulces ojillos grises. Todo su porte hubiera sido el de un fiero conquistador, que reclamase al costado la espada dominadora, en las piernas las altas botas de cuero, en la cabeza el ladeado chambergo y sobre el labio el retador mostacho a la borgoñona, de haber nacido dos siglos antes, y si su dulce sonrisa y aquellos ojos infantiles, más dulces aún, no hubieran bastado por sí solos para echar por tierra todo aquel formidable continente.

Con esto y, sobre todo, con haber nacido en los primeros años del siglo XIX, aquella vocación de conquistador se había visto obligada a ejercitarse sobre más dulces objetos: no había puesto *ninguna pica en Flandes*, pero era fama que otros países bajos podían pregonar su envidiable fortuna en lides de amor.

Fuera de esto no se le conocían más aficiones que la caza y la de sempiterno coleccionador de objetos antiguos, sin distinción de clases, pueblos ni civilizaciones. En un viejo aparador de rinconera guardaba, junto a las hachas celtas de sílex, los sellos en plomo de una ejecutoria con el nombre y las armas del

rey D. Enrique III; sobre un trozo de damasco rojo que perteneció a una casulla del siglo XVIII, se ostentaban monedas de cobre y plata de Tiberio, de Leovigildo, de los Reyes Católicos y de los Austrias; al lado de un códice en pergamino, casi ilegible, que contenía una carta-puebla de una pequeña comarca en la provincia de León, relucía la corva hoja de un alfanje damasquinado con empuñadura de cedro taraceada de plata, y una caja de rapé, de oro, con preciosos esmaltes, que decía haber pertenecido al propio Carlos III, y que era la pieza de más mérito y casi la única de valor, en aquel abigarrado museo.

Pero entre todas las antigüedades que había logrado reunir, la que daba más alimento a su orgullo era la ejecutoria de la familia, con las armas de los García de Quiñones: escudo partido; a la derecha, en campo de gules, una mano armada de cuchillo montés, y a la izquierda, sobre campo de argén, dos lobos pasantes. Aparecía extendida por S. A. el Rey D. Felipe IV, y su significado era que el primer García de Quiñones, en una carcería por los Pirineos astures, dió muerte con su cuchillo a dos lobos que habían acometido al rey en un momento de descuido, poniendo en peligro su preciosa vida.

El tío Mendo apenas tenía otros bienes que el prestigio de su nombre, el escudo de armas de la familia y la colección de objetos antiguos. Hijo cuarto de un rico mayorazgo, cuyos bienes, vinculados, habían pasado íntegros al hijo mayor, mi abuelo, intentó seguir, como el segundo, la carrera de las armas; pero la vida desarreglada que llevó durante dos años, obligó a mi bisabuelo a recluirlo en la casa solariega de la Montaña, en donde la pereza y el hábito completaron la obra de convertirle en un hidalguito de barbecho, enemigo del trabajo y aficionado a la vida regalada.

Ya muy maduro, cuando frisaba en los cincuenta, casó con la heredera de un menguado mayorazgo del Bierzo, cuyas rentas apenas bastarían para sostener al matrimonio la mitad del año.

Con esto y con la imposibilidad de borrar sus antiguas aficiones errantes, el tío Mendo no podía sujetarse a vivir los doce meses del año con su esposa, a la que no profesaba sinó un fraternal afecto, y continuó su vida de siempre. Pasaba el verano con nosotros, en la Montaña; por la feria de los Santos visitaba

a su hermano el canónigo de León; después, mientras duraban las morcillas frescas y el tierno lomo de la matanza, era huésped de la hija única de su difunto hermano, el que fué coronel de Coraceros, en su casa de campo de la Ribera de Orbigo; y por Navidad y Año Nuevo se cobijaba al calor del hogar conyugal, en donde su mujer le había reservado también las primicias del pequeño mondongo casero. Allí permanecía un par de meses, y luego volvía por la Ribera, León, la Montaña y alguna vez por la finca de una vieja prima solterona que habitaba cerca de Benavente.

Era fama que el matrimonio vivía con economía inconcebible, que se acentuaba hasta rayar en la miseria cuando doña Irene quedaba sola. Se decía que ésta, entonces, para evitar gastos de lumbre y grasa, hacía el sábado para los sendos días de la semana siete tortillas, que ella y su vieja sirviente comían sin otro complemento que el de la hogaza de centeno. Esta metódica administración permitía al tío Mendo, en cambio, mantener un caballo—aquel viejo caballo bayo que todavía recuerdo—y una perrita de caza, que llevaba a todas partes. Y hasta algunas veces se permitía el lujo de jugar al tresillo a ochavo el tanto.

* * *

Era el mes de marzo. El tío Mendo había iniciado su recorrido anual comenzando por nuestra casa, y para ello había aprovechado unos días despejados y luminosos de esos que en la Montaña y en esa época suelen presagiar las grandes nevadas. Soplaban un cierzo agudo y fino, y extensas nubes blancas pasaban como enormes gaviotas sobre las cumbres cubiertas de nieve.

Acabábamos de desayunarnos, y el tío Mendo mandó preparar su caballo.

—¿Se va usted, al fin?—dijo mi padre.

—Sí; va a caer una gran nevada seguramente, y me expongo a no poder ir a León en un mes.

—¿Y qué más le da estar aquí o allí?—objetó mi padre.

—Tengo que hacer, y además ya escribí a Antonio que iría.

—Pero cuidado no fuerza usted el camino, tío Mendo—recuerdo haber oído a mi madre.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. ¿Va por Molinavente?

Me acuerdo que a esa pregunta, que mi madre le hizo sonriendo, el tío Mendo enrojeció ligeramente. Hasta mucho después no comprendí yo ni aquella interrogación ni aquel rubor, debido al respeto que al tío Mendo inspiró siempre mi padre, aunque él era su tío y de bastante más edad.

Cuando el caballo estuvo listo, el tío, después de darme un beso muy fuerte y una monedita de dos reales, y de abrazar a mis padres, montó en su vieja jaca y partió. Le vimos alejarse por el camino al paso lento del caballo, volviendo muchas veces la cabeza para saludarnos, y precedido de *Lis*, la linda perrita de caza, regalo para él inestimable que nunca pudo saberse quién le había hecho.

Quedamos solos y un poco tristes con la marcha del tío Mendo, con esa tristeza que causa siempre el alejamiento de una persona querida a cuya compañía nos hemos acostumbrado; y más cuando se vive en el aislamiento de una aldea de pocos vecinos.

Aquella noche cayó una gran nevada, que hizo amanecer el valle todo blanco y *nidío*, de modo que sólo los techos de las casas y los árboles desnudos asomaban sobre la uniforme superficie blanca.

Y la nieve siguió cayendo, arrastrada en recias tolvas por el huracán, que bramaba furiosamente como un toro en celo. Y así, dos días y dos noches más, durante las cuales oí varias veces a mi padre, mientras contemplaba desde detrás de los cristales el torbellino de los copos:

—¡Bien hizo el tío Mendo en marcharse!

Al tercer día, como había ya cesado de nevar, bajé yo con mi padre al prado frontero de la casa, y, estando en él, vimos venir a la carrera hacia nosotros a la inteligente *Lis*, cuya piel color canela se destacaba fuertemente sobre la inmaculada blancura de la nieve. Llegó hasta nosotros ladrando de un modo extraño, y haciendo a cada momento intención de volver sobre el camino que había traído.

Alarmado mi padre, montó a caballo en unión de un criado y otros tres vecinos jóvenes del pueblo, y marcharon guiados por la perrita.

Recuerdo que, al marchar, mi madre dijo a mi padre:

—¡Dios quiera que nada haya sucedido!... Pero temo que la dichosa ventera...

Sólo años después pude yo descifrar aquel enigma y reconstituir lo que sucedió, que fué una verdadera tragedia.

En un caserío no lejano había una espléndida ventera, mujer un poco madura, pero todavía fresca y garrida, que fué la última conquista del tío Mendo. Cuando salió de casa, dando un rodeo para despistarnos, se fué a pasar un par de días con ella, aprovechando la ausencia del marido. Mas, como éste iba a llegar, el tío Mendo no tuvo otro remedio que salir una tarde, a pesar de la tremenda borrasca.

Y le ocurrió lo que es frecuente cuando se desata la tolva, esa ventisca ruda y fría que hiere el rostro como un azote, que da a los copos el impulso de una tromba, y los convierte en un polvo duro y helado que ciega los ojos y desorienta a caballos y jinetes.

Perdidos en las asperezás del monte, ateridos, yertos el pobre tío Mendo y sus dos acompañantes, los sorprendió la noche. Cayeron al suelo, y allí la muerte clavó en sus carnes insensibles el agudo puñal del hielo. Sólo *Lis* no sé cómo logró salvarse.

Cuando llegó mi padre con sus compañeros al lugar en que la perrita se detuvo con lastimeros aullidos, la nieve, endurecida, cubría los cadáveres del caballo y el caballero, que una manada de lobos había mutilado. El caballo tenía destrozadas las nalgas; del pobre caballero faltaba la mano derecha.

Unas manchas de sangre querían trazar una pequeña banda de rojo esmalte sobre la bruñida plata de la nieve.

Diríase que los lobos habían llevado a cabo una venganza secular del hecho que motivó la empresa heráldica de los García de Quiñones, en uno de los últimos descendientes...

¡Pobre tío Mendol... Si hubiera podido sobrevivirse, habría sentido el orgullo de noble hidalgo que no pudo trazar en vida una página de gloria, con aquella trágica balada que la muerte escribió y que hubiera podido dar al familiar escudo de armas este mote caballeresco: «Por su dama»...



La verdad

Tradiciones y escritos de antiguos historiadores griegos cuentan que no lejos de Sicilia existió, en época remota, una pequeña isla, vieja colonia jónica, que, poco después de los sucesos que voy a narrar, un espantoso terremoto hizo desaparecer.

Entre los nombres de sus reyes ha conservado la Historia el de Polícrates, que se distinguió por su paternal gobierno y murió al cumplir los cien años.

He aquí ahora el relato de una curiosa historia ocurrida en su reinado y milagrosamente conservada hasta nuestros días en un palimpsesto que, tras no escasos desvelos, he logrado descifrar.

«El viejo Polícrates quiso consultar al oráculo de Delfos quién de sus cinco hijos era el más digno de sucederle en su trono. Y un día, en anhelante peregrinación, se dirigió con ellos al sagrado templo en donde el divino Apolo hablaba por boca de la Pitonisa iluminada.

Caminaban entre el lucido séquito de su padre los cinco príncipes, y cada uno, con diferentes impresiones en su corazón.

El que más ansiaba una respuesta favorable a él era Arécra-tes, el mayor, que soñaba con futuras conquistas, a las que habría de seguir la paz de su reinado en un imperio sin límites, por toda la haz de la tierra.

El segundo, Jeirón, era quien, después de su hermano, tenía más deseos de reinar, creyéndose capaz de hacer felices a sus súbditos, a quienes habría de consagrar su existencia.

Seguía a éstos Atenodoro, que envidiaba los reales tesoros para emprender aventuras y viajes, visitar todos los pueblos, aprender todas las lenguas, conocer todas las costumbres, saberlo todo, dar a su siglo el nombre de su sabiduría.

Al cuarto, Dionisio, le era del todo indiferente ser o no el

elegido para un reinado futuro por la profecía del dios de los vaticinios. Sólo anhelaba gozar, y, si no renunciaba a sus derechos problemáticos al trono de su padre, era únicamente porque creía que siendo rey podría mejor que de otro modo saborear cuantos placeres puede ofrecer la vida.

El más pequeño de los príncipes, Afrodión, iba lleno de disgusto ante el temor de que él pudiera ser el elegido para sucesor de su padre. Había dicho a éste que, por su parte, renunciaba a aquel sagrado torneo que el dios de Delfos habría de decidir; pero Polícrates le había obligado a seguirle porque, como la elección era, no sólo en bien del rey y de los príncipes, sinó, sobre todo, en beneficio de los súbditos, podría ocurrir que fuese Afrodión el más digno de reinar, y se debía a su pueblo, cuya desgracia, en tal caso, no podría labrar negándose a gobernarle.

.....

Con voz pausada y acento de acendrado fervor, el rey hizo su consulta.

—¡Dime, oh sagrado hijo de Zeus y de Latona, quién de mis hijos es el más digno de ocupar mi trono!

Y la voz breve, apagada, llena de inspiración y de misterio de la Pitonisa había dicho con desconcertante concisión.

—Vayan por el mundo, tráiganme la verdad y elijan su muerte.

El rey volvió a su isla con secreto disgusto por no haber logrado una respuesta categórica; pero era forzoso esperar y cumplir los deseos sagrados.

El anciano Polícrates a los pocos días se despedía de sus hijos, que se separaban de él con el propósito de recorrer el mundo en busca de la verdad y aprender a morir, emplazándose para dentro de cinco años, al cabo de los cuales retornarían al reino de su padre a fin de acompañar a éste otra vez a Delfos en busca de la profecía definitiva.

Cada uno de los cinco hermanos, siguiendo sus aficiones, emprendió distinto camino.

Arécrates recorrió el Egipto, Cartago y la Magna Grecia, y combatió en los ejércitos de los Faraones, de Cartago y de Pirro.

Jeirón anduvo por el Asia, buscó los sitios en que la desgracia se cernía sobre los hombres para llevarles cuantos consue-

los supo; intervino varias veces en las contiendas entre pueblos y reyes para convenir treguas y hacer paces.

Atenodoro viajó por la India y por China, por la Fenicia y por Egipto; recorrió las más florecientes colonias griegas del Mediterráneo, y llegó hasta la Hesperia y aun hasta la última Thulé. En su vida incansable y aventurera logró llegar a poseer los conocimientos de su época en todos los países, con cuyos sabios trató; escribió en un enorme libro cuanto había visto y aprendido, y aun parece que, fruto de las especulaciones de su genio privilegiado, se le debieron importantes innovaciones mecánicas, adelantos en la navegación, en la fabricación de un sin número de productos comerciales, en las Matemáticas, en la Historia, en la Geografía.

Dionisio no salió de Grecia. En Atenas, en Corinto, en Samos, en Mitilene, buscó y cultivó la amistad de los más célebres poetas; asistió a los banquetes de las hetairas y tomó parte en los juegos olímpicos y en los píticos, en algunos de los cuales obtuvo el codiciado laurel como premio a las estrofas sublimes de un poema inmortal.

Afrodión huyó de las ciudades y erró mucho tiempo por los parajes de ensueño de la Hélada; pero nadie supo de la choza escondida en que vivía, perdida, allá, lejos del mundo, en las fragosidades de una sierra intransitada.

.....

A los cinco años, el mismo día del aniversario de la partida de los cinco príncipes, Polícrates estaba otra vez rodeado de sus hijos en su lecho de muerte. No podía ya levantarse de él ni emprender el ansiado viaje al templo de Apolo; pero obligó a sus hijos a ir, acompañados de un sabio preceptor a quien debía todos los buenos consejos de su patriarcal gobierno.

Ya en Delfos, se presentaron en el templo los cinco príncipes para exponer ante la sacerdotisa del dios adivino el relato de sus viajes, cuál era la verdad que cada uno había encontrado y cómo quería morir.

Se adelantó el primero Arécrales. Era alto, fornido; sus ojos como carbuncos y su cabellera y barba espesas e hirsutas le daban aspecto de inquebrantable fiereza. Contó sus campañas, y terminó así:

—La verdad es la gloria. Quiero morir en el fragor del com-

bate, y que el estruendo de las armas, los gritos de júbilo del triunfo y los ayes de dolor de los moribundos compongan el himno fúnebre de mis exequias, cuyo esplendor deje perdurable recuerdo en las generaciones.

Se acercó luego al trípode de la sacerdotisa Jeirón. Era blanco, de un blanco lechoso; sus ojos, grises como las aguas de un lago tranquilo, brillaban con una mirada de confianza alegre y risueña, y sus cabellos eran como espigas de mies de junio. También refirió sus viajes, y concluyó de esta manera:

—La verdad es la justicia. Quiero morir tranquilo en el lecho de mi vejez, entre el respeto de los hombres a quienes haya hecho cumplir leyes justas y suaves, con el perdón en los labios y el presente de la caridad en la mano, y que las bendiciones de los justos y de los desgraciados a quienes haya llevado mis consuelos sean la oblación funeraria que el mundo deposite sobre mi tumba, jamás olvidada por los hombres futuros.

Llegó el turno a Atenodoro. Era pequeño de cuerpo y de endeble complexión. En su entrecejo había la sombría nota de una arruga profunda, y en sus ojos, pardos y penetrantes, un brillo inusitado que parecía salir de muy hondo, como una erupción de lava por la boca de un cráter. En vez de hacer historia de sus viajes, presentó un enorme rollo de pergaminos en que había condensado el fruto de ellos; y, después de mostrarlo con vago ademán, se limitó a decir:

—La única verdad es la ciencia. Yo quiero morir víctima de un descubrimiento que legue a la posteridad un tesoro de progreso al que vaya unido para siempre mi nombre inmortal, perpetuado en un monumento indestructible.

A Atenodoro sustituyó Dionisio, con aire indiferente que mostraba en sus ojos azules como un cielo de estío, en su sonrisa despectiva flotando entre sus labios rojos como flor de granado; movió suavemente la cabeza, haciendo ondular el opulento oro de su cabellera rizada, y dijo:

—La verdad es la belleza. Quiero morir en brazos del placer, en un palacio de coral desde cuyas ventanas vean el cielo, las praderas, los bosques, las montañas y el mar; embriagado por los perfumes de mil flores que agonicen a mi lado; escuchando inefables armonías que diluyan mi alma antes de huir del mundo; sintiendo las caricias de cien mujeres hermosas en cuyos

labios haya besos de esencias deliciosas; pronunciando con mi boca la última estrofa de un poema que dure tanto como el mundo.

Perezosamente se acercó Afrodión. Era pálido, triste en todo su porte, pero de una tristeza dulce y apacible, que brillaba en sus ojos verdes, en su sonrisa atrayente como un alba, en las suaves arrugas horizontales de su frente que velaban, flotantes, sus cabellos castaños.

—Yo—dijo—nada he viajado; no conozco el mundo, pero creo haber encontrado la verdad... La verdad, única y hermosa, es el amor. Quiero morir envenenado por un beso inefable de los labios queridos. Sobre mi tumba no quiero más elegía que el dolor de la amada, ni más ofrenda que las lágrimas de sus ojos.

A los pocos minutos se hizo oír la voz opaca y vaticinadora que traía del misterio sus inspiraciones.

Y dijo estas palabras:

—Afrodión tiene ya su imperio.

Y calló.

.....
Polícrates bendijo a Afrodión, le hizo recibir el cariñoso homenaje de respeto de sus hermanos, y murió en paz.

Pero, muerto el padre, los hijos no se mostraron conformes con que el hermano menor reinase sobre ellos, y encendieron una guerra fratricida.

Pretextaban no ser claro el oráculo de Delfos, al que daban otras interpretaciones.

Afrodión un día, en sueños, vió un hada que le llamaba y le explicó también las misteriosas palabras de la Pitonisa.

Al día siguiente, llamó a sus hermanos, renunció el trono solemnemente, y huyó para siempre de la ciudad.

Los cuatro hermanos, tras sangrientas luchas, convinieron en repartirse en cuatro pedazos el antiguo reino de su padre.

Entre tanto, Afrodión vivía otra vez en la dulce paz de su choza oculta, y reinaba, sin compartir con nadie su imperio soberano, en los hermosos dominios del corazón de su amada.»



Cadenita de Oro

I

Insólita fiesta, fiesta única la de aquella noche memorable. El castillo había resplandecido como nunca, en una inundación de luz y de alegría; y, aun terminada ya, diríase que resonaban en sus ámbitos las dulces notas de aquellas canciones de amor y de muerte que el apuesto trovador decía con emoción intensa, bien pronto transmitida en unísono entusiasmo a los corazones de aquellos rudos guerreros y de aquellas nobles damas, envenenadas por el tedio de sus vidas recogidas y oscuras.

En el alma de la gentil esposa del poderoso señor del castillo la fiesta había despertado una aurora de amor. En su lecho suntuoso, entre la finísima holanda de sus sábanas, que cubría rica colcha de damasco carmesí, sentía encenderse su carne joven con un ardor febril antes nunca sentido. Evocaba la delicada figura del poeta y cantor, y sobre todo aquella su mirada de fuego, que había sabido penetrar hasta rincones vírgenes de su alma, removiendo dormidas sensaciones que ahora se agitaban en confuso tumulto.

La bella princesita—llamémosla así, porque lo era—venida de un lejano país del Norte para unir su suerte a la del noble castellano—que, como ella, era de estirpe real—, delicada, dulce, sensitiva, soñadora, no había encontrado la realidad de sus ilusiones de amor. Y, confinada en la soledad del castillo, aislado en la desolación del terruño castellano, veía pasar los días como las cuentas de un interminable rosario de hastío y de tristeza.

El señor ponía sólo sus fieros entusiasmos en la guerra y en la caza; quizá alguna vez entretenía sus ocios en otras empresas que habían herido la dignidad—ya que no el amor—de su joven

y hermosa señora; y así se había ahondado entre ellos aquel inmenso abismo que siempre había separado sus almas, tan diferentes y tan lejanas.

Lloró, lloró como una niña la noble dama, sin saber por qué; pero sus lágrimas no eran amargas del todo, como las que nos arranca la desgracia, sino dulces y gratas, como las que hace brotar también la felicidad cuando excede de la corriente medida, y le hacían pensar con ternura en sus años infantiles, cuando en el regazo de su madre consolaba sus fugaces penas de niña, y se dormía, al fin, acariciada a la vez por las manos cariñosas y buenas y por la promesa rotunda de una ilusión inocente y pueril.

Y así, en la evocación de las dichas lejanas, se durmió también, cuando los primeros rayos lívidos de la mañana empezaban a irrumpir a través de los cristales de su balcón. Y tuvo un sueño vago, del que, al despertar, sólo recordaba una bandada de aves blancas que había cruzado bajo el azul del cielo, y, entre nubes doradas, la gallarda figura del trovador, de cuyo pecho manaba un hilillo de sangre, como una sarta de líquidos rubíes.

II

Aquel amor era toda su vida. ¿Qué quedaría de ella en lo sucesivo si algún día le fuese arrancado del corazón? Cuando los labios graciosos del juglar, después de haberle dicho cosas dulces y buenas, cosas deliciosas que nunca habían llegado hasta entonces a los oídos de la princesita, murmuraron a ésta su amor, una pasión ardiente y avasalladora, que ya antes le habían anunciado sus ojos, vió abrirse horizontes desconocidos; pensó que había ido a habitar en un mundo nuevo, donde una eterna primavera florecía en vergeles de ensueño, a la orilla de un arroyo cristalino y puro, y se abandonó a la blanda corriente, que la llevaba no sabía adónde.

¡Qué dulzura la de aquellas peligrosas entrevistas con su amante en los apartados rincones del parque señorial, o apoyada en el alféizar de su ventana, bajo la cual hablaba él quedamente con palabras que oía, mejor que sus oídos, su corazón! ¡Cuántas noches la tibia luna de Junio veló el apasionado diálogo de los amantes! ¡Cuántas veces también el alba los sorprendió al despertar, e hirió con sus primeras luces sus ojos insomnes

para ahuyentarlos y ponerlos a cubierto de todo peligro! ¡Oh, y aquella noche en que los labios trémulos de ella habían bebido en los de él la dulzura del veneno de amor!...

¡Ah, pero aquella vida no podía continuar! Llegaría un día—tal vez no estaba lejano—en que el trovador se vería obligado a abandonar la mansión en que había hallado, buena o mala, favorable o adversa, la suerte de su destino... ¿Y entonces?... ¿Qué sería de ellos?

El, errante peregrino de la vida, que sólo penas y miserias le había brindado hasta entonces, lo tenía decidido: se mataría al pie de los muros del castillo, contento de que sus despojos hubiesen de dormir el eterno sueño tan cerca de su adorada.

Pero ¿y ella? Su fe y su invencible horror a la muerte le impedían pensar en tal extrema resolución, y se veía condenada al tormento infinito de arrastrar otra vez su vida en aquella cárcel aborrecida, que lo sería aún más que antes, cuando no conocía la felicidad, ahora que había probado el cáliz de sus embriagueces.

¿Por qué no huir juntos?... ¿Pudo ocurrírseles tal idea? Quizá sí, pero ¿quién osaba formularla? No ella, siempre pudorosa y casta, aun presa en aquel amor prohibido. Y él, ¿cómo atreverse a brindar su pobreza a la amada que vivía en el regalo de cuantos goces y satisfacciones podía desear? ¿Tenía él, pobre juglar, sin más tesoro que el de sus inspiraciones, el derecho a llevarse aquella flor de estufa para exponerla a todos los rigores de la vida, haciendo peligrar acaso su felicidad y quién sabe si hasta su mismo amor?

Pero y sobre todo ¿aquella hija a quien amaba con la ternura y el furor de madre, y de madre-mujer que hasta entonces había concentrado en ella todos los tesoros de cariño de su corazón?... ¿Llevarla consigo? No se creía con derecho a robársela al padre, ni a privarla de todos los beneficios que en un mañana forzoso habrían de brindarle la riqueza y el nacimiento, no siempre mentidas sonrisas de la fortuna. ¿Abandonarla?... Menos aún: ella, que no podía creer delito su amor adúltero, se sentía criminal con sólo pensar en la posibilidad de separarse de aquella tierna y linda criatura de sus entrañas.

El problema era seguramente insoluble, y por eso la desgra-

cia comenzó a destilar su amarga gota en las dulzuras de aquel puro amor, y los rayos del alba refractaron muchas veces sus iris en las lágrimas que vibraban entre las pestañas de los enamorados.

III

Por fortuna, eran aquéllos todavía tiempos en que el reino del misterio gozaba de más dilatadas fronteras que en estos menguados de hogafío, y aún moraban en apartados rincones de paradisíaca belleza y soledad hadas propicias y bienhechoras. Y la princesita había tenido a una de éstas por madrina, aunque, a la verdad, la tenía casi olvidada. Pero aquellas penas de amor se la trajeron a la quebradiza memoria, y decidió ir a pedirle una merced que en sus largos insomnios nocturnos había madurado como extrema resolución.

Y un día, muy de madrugada, la joven castellana desapareció del castillo.

Después de no pocos obstáculos y contrariedades, llegó a la gruta en que moraba el hada madrina, que casi no la conocía ya: tantos años habían pasado sin verla. Mas la buena anciana lloró de júbilo en cuanto la hubo reconocido.

Pasadas las efusiones del mutuo afecto, la doliente ahijada expuso sus penas y congojas: cómo no podría vivir sin el que había conquistado su corazón, y cómo tampoco podía abandonar aquella mansión en que florecía lozanamente el único fruto de su unión conyugal, aquella hija a cuyo lado quería permanecer siempre, porque era también una necesidad de su corazón, su amor y su deber.

Eran, pues, necesarias dos cosas: que el vate permaneciese allí siempre como escudero o vasallo del señor, y que ella fuese transformada en algo que, sin despertar recelos, pudiera estar siempre sin separarse del amado. Y nada mejor que una cadena. Le había sugerido esta idea una frase de su amante, cuando, en éxtasis de amor, le había dicho un día: —Me tienes en la más dulce esclavitud. Tus encantos son una cadena que me ata a tí para siempre; pero cadena de oro. Eres, sí, una cadenita de oro que me tiene preso.

Y desde aquel día venía llamándola así: «Cadenita de Oro»...

La mágica varita del hada sirvió al fin los deseos de la amante, que, convertida en delicada cadenita de oro, fué a parar al bosque secular de pinos emplazado no lejos del castillo señorial.

IV

La desaparición de la hermosa castellana había puesto en conmoción y movimiento a toda la población del castillo y sus alrededores. Servidores y vasallos salieron por todas partes a buscar las huellas de su señora, a practicar toda clase de pesquisas. Y todos, con el interés de la curiosidad por aquella desaparición misteriosa, por el deseo de servir al señor y más aún por la simpatía y el respeto que inspiraban sin excepción las bondades y virtudes de la desaparecida, rivalizaron en celo y diligencia al cumplir la misión que se les confiaba.

El pobre trovador, que había encontrado en la dulce princesita un amor antes sólo soñado como un ideal poético, desolado y sin esperanza, se había distinguido entre todos por la actividad y el entusiasmo que había puesto en sus pesquisas. Mas una tarde, cuando registraba los más ocultos rincones del pinar, por si en ellos aparecían trazas del paso de su amada, he aquí que se le figuró oírse llamar por su nombre. Dirigióse al sitio de donde creía haber oído salir la débil voz que le nombraba, pero nada halló en él... Es decir, sí: entre las matas de brezo y retama relucía una fina cadenita de oro, que tomó en sus manos sin codicia...

—¿Y para qué te quiero?—dijo después de contemplarla un momento—. ¡Si al menos estuviera ella para poder ceñirla a su divina garganta!...

Entonces la cadenita habló. Y habló con aquella voz tenue y dulce que antes había pronunciado su nombre.

—¿No me conoces, amor mío? Soy yo, soy yo, tu amada, que me he transformado en esta cadenita de oro para que me tengas siempre contigo y puedas llevarme pendiente de tu cuello, sin separarte jamás de mí. Estoy segura de que tendrás mucho cariño y muchos mimos para tu *Cadenita de Oro*. Ya procuraré yo estar muy calladita (porque ya ves cómo las cadenitas hablan cuando tienen un hada por madrina) para no molestarte en tu trabajo ni en tu sueño. Yo seré muy feliz sólo con estar a tu

lado, sin separarme nunca de tí, ni aun en ese viaje del que no se vuelve más...

—¡Oh, mi adorada!—replicó el poeta, cubriéndola de besos y lágrimas de ternura—. ¡Bendita seas!... ¡Sí, es tu voz de hechizo la que me habla! ¡Oh, divino milagro!... Siempre, siempre estarás conmigo; jamás nos separaremos; serás al fin mía, ¡sólo mía y para siempre! Y, cuando acabe esta vida en que es posible el absurdo de que no puedan unirse los que se aman, volverán nuestras almas a la mansión sublime donde reina el amor...

Y, colgando a su cuello la encantada cadena, echó a correr en dirección opuesta al castillo, con ánimo de huir para siempre de aquellos parajes. Pero la voz querida le detuvo y le hizo saber que quería continuar allí. Entonces, aunque un poco desconsolado, buscó el camino y retornó al castillo, donde el señor le invitó a quedar a su servicio, porque deseaba premiar su interés y, a la vez, porque en la contrariedad, más que dolor, que le había causado la pérdida de la esposa, anhelaba distraerse con los relatos de heroicas gestas y las canciones de amor que el poeta recitaba o cantaba en las veladas nocturnas bajo la grata tibieza de los troncos que ardían en la gran chimenea de mármol.

Y así fué pasando el tiempo.

V

El señor se resignó pronto, y poco después olvidó a su mujer buscando el fácil consuelo en un nuevo amor y en un segundo matrimonio.

Las gentes olvidaron también a la bella princesita venida de lejos y desaparecida sin saber cómo. Diríase que por su aparición y su desaparición era en verdad una princesita de cuento de hadas. Extrañas historias se forjaron respecto de ella, y no faltó quien refiriera y hasta hubiera visto cierta noche la horrible catadura de una bruja llevarse por los aires una forma blanca de mujer, que se quejaba dolorosamente al pasar sobre el castillo; ni tampoco quien asegurase que en las noches de plenilunio el mismo blanco fantasma vagaba por el vecino pinar suspirando tristemente hasta que lo ahuyentaban las primeras luces del amanecer.

Sólo el travador conocía el secreto, y con él era feliz, aunque no del todo. Pasábase el día besando su cadenita de oro, y ésta le hablaba muchas veces, y su voz era el bálsamo bienhechor de sus penas. Pero ¿podía bastarle esto? Al fin ¿qué había allí de su amada sinó su voz y su espíritu? Mas ¿y sus ojos, llenos de una luz inexpresable, y aquellos labios frescos y rojos en que había bebido el más dulce licor, y aquellos cabellos oscuros como hebras de seda, que sus manos acariciaban, y aquella piel de tibio nácar perfumado, y aquel cuerpo dechado de encantos que había encendido en su corazón la ardorosa fiebre del amor?...

Por fin *Cadenita de Oro*—que así la llamaba ya siempre—conmovida por las fervientes súplicas del amante, le prometió pedir a su hada que le permitiese alguna vez recobrar su verdadero ser y forma.

Mas si aquellos secretos diálogos con su *Cadenita* no bastaban para calmar sus anhelos, fueron suficientes para perderle.

Algún servidor del castillo oyó un día en la habitación del poeta que éste hablaba y que le respondía otra voz; y aun creyó reconocer la voz de su antigua señora; y lo contó a otros, y bien pronto cundió la noticia entre la servidumbre. Fué espiado cuidadosamente, y al fin delatado al señor, en cuya desgracia ya hacía tiempo había caído, porque aquel empeño en dedicar canciones y decires a la desaparecida, si al principio pudo serle grato, cuando la olvidó, se le hizo enojoso y hasta insoportable.

El cantor fué acusado de hechicero; se le imputó la desaparición de la olvidada señora; se tuvieron por patentes sus tratos con el diablo, y no faltaron testigos que le habían visto montado en un macho cabrío salir por los aires en la noche del sábado. Y, como no podía menos de suceder, fué condenado a ser ahorcado con general complacencia, pues, en el fondo, sus excepcionales cualidades suscitaban más envidia que admiración.

VI

Era la noche que precedía a la mañana señalada para la ejecución del reo. Este, a solas en el calabozo con su *Cadenita de Oro*, hablaba con ella en un estado indefinible, que no sabía si era el júbilo de una suprema liberación o la amargura de la despedida de aquel amor que había inundado de luz su vida.

Iba a morir y no se habían cumplido sus deseos de obtener del hada madrina la transformación de la amada en su forma de mujer, ni ya era posible salir de la prisión para buscarla y pedirle aquella gracia.

Lloraba el joven, y la voz de *Cadenita de Oro*, invocando sin esperanza a su bienhechora, se hacía también trémula y sollozante... De pronto una mariposa blanca penetró por el estrecho ventanuco del calabozo, y, cuando estuvo dentro, se transformó en el hada buena, que acudía en socorro de sus apadrinados.

—Oh, queridos míos!—dijo. Yo no tengo poder para evitar que se cumpla la horrible sentencia; mis sortilegios sólo alcanzan a mi ahijada, a la que mi varita puede hacer recobrar su primitivo ser.

—¡Sí, sí!—clamaron a un tiempo los amantes. Aunque no sean más que las fugaces horas de esta horrible noche. ¡Será nuestra noche de amor!...

—Y, cuando todo haya concluido—añadió *Cadenita*—quiero volver a ser lo que ahora soy, para no separarme nunca de los restos de mi amado.

—Seréis complacidos—concluyó la buena anciana.

.....

A la mañana siguiente, cuando los servidores del castillo penetraron en el calabozo para sacar al trovador, vieron que la sentencia se había cumplido sin necesidad del verdugo: el poeta yacía tendido sin vida, y la cadenita de oro que ceñía su cuello lívido se hallaba tan fuertemente apretada, que se le clavaba en las carnes. Indudablemente le había estrangulado con ella el mismísimo diablo, con quien tenía pacto, presuroso de llevarse su alma.

Lo que nadie pudo suponer es que realmente el poeta había muerto dulcemente, ahogado en suprema caricia por los brazos de su amada, antes de su última transformación en cadenita de oro, que nadie se atrevió a arrancarle y con él fué al sepulcro.

Y hasta hubo algún supersticioso que dijo haber visto a la noche siguiente cómo de su tumba salieron juntas dos lucecitas azules que subieron por los aires hasta perderse en la serena majestad del cielo.



Amor

La casualidad volvió a ponerlos aquel día frente a frente. No habían vuelto a encontrarse desde entonces, iban a cumplirse dos años.

Se habían querido como acaso ellos mismos no sabían.

Enrique era un alma elegida para el amor, y en ella había entrado el de Carmen llenándola toda en su inmensidad ideal, colmando todos los anhelos de aquel corazón hasta entonces enfermo de amor, habitado sólo por un bello fantasma que parecía irrealizable en la vida.

Era aquel alma de Enrique alma de poeta, grande como el cielo, como el cielo azul, profunda como el océano, llena de todas las delicadezas y exquisiteces de un sueño de amor; pero permanecía vacía y yerta, como un cielo cuyo sol hubiese apagado el aliento de la muerte. Y así se consumía en su propio calor, deshaciéndose, despedazándose a sí misma para nutrir aquel corazón siempre hambriento, imposible de satisfacer, por donde, como manjares inútiles, habían pasado mil ansias de amor hacia tantas mujeres incapaces de amarle y comprenderle, sin dejar la menor huella, el más leve rastro de tibia luz.

Como mendigo que pordioseaba el pan, el corazón de Enrique llamó a muchas puertas pidiendo el pan del alma; y las puertas se habían cerrado ante él, o, si le abrieron paso, no pudo nunca encontrar más que un miserable mendrugo, harto acre para su paladar exquisito, o demasiado pobre para calmar sus hambres espirituales.

Y, solo, desengañado, triste, escéptico, sin ilusiones, alma dormida y fría en aquel cuerpo esclavo, vivía lánguidamente, trabajosamente, nutriéndose de sus propias idealidades, bebiendo sus mismos sentimientos en el amargo cáliz de la desesperan-

za, muriendo de amor, como pelícano que abre su pecho para alimentar con su propia sangre a sus hijos hambrientos.

Conoció a Carmen, y halló en ella el sol de su cielo, que le dió la luz, el calor, la vida de su amor; y el yermo campo de su alma anhelante se cubrió de flores.

Almas gemelas, se amaron con una de esas pasiones que debieran perpetuar los nombres de los amantes mejor que los de los santos, los genios y los héroes; pasión digna de ser celebrada por el creador inmortal de Romeo y Julieta.

Y fueron felices con su amor... ¡Con su amor que no contaba con el destino!

Habían reñido... Habían reñido por una bagatela. Una de esas nubes de estío que se resuelven muchas veces en benéfica lluvia, tras de la cual el sol parece alumbrar más, con mayor alegría, en una apoteosis de luz; pero nubes de las que alguna vez brota el rayo que devasta y asola, fúlgida mariposa en que cabalga invisible e implacable el espíritu de la muerte.

Acaso en los primeros momentos, cuando una palabra hubiera podido unirlos para siempre, el furor, la ceguera de su amor propio herido, les hizo evitarla. Después se conjuraron contra ellos todos los azares, todos los estúpidos convencionalismos de la vida y de la sociedad.

Carmen pasó una larga fiebre que amenazó su vida; triunfó de ella, y su familia le hizo emprender un largo viaje de salud y de olvido.

Cuando volvió a su casa, Enrique, enamorado de ella como antes, como siempre, hizo cuanto pudo por verla, por hablarla, sin conseguirlo. La escribió, y sus cartas le fueron devueltas cerradas; acaso no habían pasado siquiera ante los ojos queridos.

Se arrastró, fué a su casa, y no se le recibió. A ella, entre tanto, una mal entendida dignidad le impedía procurar acercarse a él.

Y así había pasado más de un año.

Oían hablar alguna vez el uno del otro. Enrique al principio creyó en el amor de ella; pero después, al ver su pasividad y, sobre todo, cuando supo que tenía un novio, medio impuesto por su familia, medio querido por ella, pensó en el completo olvido de su adorada.

El sabía que no podría dejar de quererla; pero, aunque hubiese sido posible, no lo habría querido tampoco; y, así, cultivaba él mismo su amor; le erigió en su corazón el altar reservado a los sagrados manes de los muertos queridos, y en él le hacía ferviente oblación de sus dolores y de sus tormentos.

Ella, menos analizadora, creyó que su amor podría morir, que podría olvidar a Enrique, que quizá otro hombre sabría arrebatarle el imperio que tenía en su corazón; y, por eso, sin quererle, pero pensando que llegaría a amarle, había aceptado el amor que otro le ofreciera. Sin embargo, Carmen había cambiado mucho: una tristeza inmensa, una pena honda y tenaz habían penetrado en su alma; la alegría había huido de sus ojos, lánguidamente velados siempre por una bruma como vapor de lágrimas; sus labios eran como flor que ha sentido el primer beso del cierzo frío; su sonrisa estaba impregnada de una leve sombra; sus mejillas habían palidecido como rosas que empiezan a mustiarse.

Había oído decir que una enfermedad lenta, con labor de carcoma, minaba la vida de Enrique. Alguna vez pensaba en ello, y en sus ojos se condensaba en perlas amargas aquella bruma sutil de tristeza. Sentía, ella no creía que amor, pero sí un vacío mortal, angustioso, que en vano procuraba llenar esforzándose en querer a Guillermo.

Notaba que, en vez de querer a éste, había nacido en ella, y crecía sin cesar, una repugnancia invencible, y comparaba, siempre en mengua suya, cuantos recuerdos vivían en su memoria de su amor pasado. Pero aun tenía esperanza de olvidarlo todo, de poder entregar su alma sin reservas al nuevo novio, de ser feliz con él.

* * *

Hasta aquel día sólo se habían visto muy pocas veces y siempre de lejos.

Era una tarde de otoño, serena, despejada, llena de paz, de dulce melancolía.

Carmen, seguida de sus padres, iba de paseo, acompañada de Guillermo, por un sitio extraviado en medio del bosque de pinos y álamos que bordeaba la costa en las afueras de la ciudad. De los árboles caían ya como bandadas de aves heridas

por un cazador invisible, las hojas secas que, después de escribir en el aire una estrofa doliente y silenciosa, levemente se posaban sobre el suelo, arrastrándose un momento a impulso de la brisa con el blando rumor de una plegaria. A través del follaje penetraban los rayos rojos del ocaso como hilos de sangre luminosa, y, allá, lejos, el mar cantaba sordamente su eterna salmodia de misterio...

Una silueta se acercaba lentamente por aquel sendero solitario... El corazón de Carmen, avisándola antes que los ojos, se sobrecogió un instante, como comprimido por dedos invisibles, y su semblante se puso pálido, con la nacarada albura de la azucena.

¡Era Enrique!

¡Pobre Enrique! Le vio apenas, un solo instante se cruzaron sus ojos, y en el corazón de Carmen quedó grabada con cruel relieve aquella imagen. Estaba delgado, macilento, con blancura marfileña, que adquiriría más fuerza del contraste con el traje de oscuro azul que llevaba, a pesar de todo, con sobria elegancia, más interesante por aquel dejo de cansancio que vibraba en todo su ser; sus pasos eran sueltos, pero perezosos; su porte, gallardo, aunque doblaba ligeramente el pecho; sus labios finos escondían su débil nota rosada en la sombra del bigote oscuro; en sus ojos había una llama febril, en cuyas ondulaciones parecía verse danzar un fantasma siniestro.

¡Oh, qué impulsos tuvo su corazón de gritarle su amor, que resurgía poderoso de aquella lumbre mal apagada entre las cenizas de una aparente indiferencia! Comprendió entonces que no había dejado de quererle, que no podría tampoco, ni menos querer a otro hombre, como engañosamente creía.

En aquellos breves momentos que pasaron desde que divisó a Enrique hasta cruzarse con él por el sendero, desfilaron por su mente en atropellada carrera de espectros los recuerdos de tantas cosas pasadas entre ellos... Sus palabras dulces, llenas de un secreto encanto; todas sus delicadezas, sus regalos, sus cartas, que ya no existían...

Y súbita también se presentó la comparación entre su antiguo novio y Guillermo, aquel buen muchacho que la quería, eso sí, pero que no la quería como el otro.

Y sintió en aquel momento un odio profundo contra Guiller-

mo, un amargo rencor contra sí misma por haber profanado con aquella tentativa sacrilega un amor que debía tener altar en su alma, aun sin esperanza, como lo conservaba Enrique, y a ella le constaba, puro, sin mancha, sin la menor sombra de olvido ni deslealtad.

Y comprendió que un abismo eterno se abría entre ella y Guillermo, y que no podría pertenecer en el mundo a nadie sino a su Enrique.

¡Pobre Enrique!... Al verle tan triste, tan pálido, acaso le pareció más hermoso y gentil que antes, enervado ya bajo la invisible y lejana caricia de la muerte, y sintió un nuevo sentimiento mezclado con su amor: compasión, ternura; una compasión y una ternura infinitas para aquel desdichado que moría por ella, que por ella se dejaba morir en un suicidio mil veces más terrible, más valeroso, más decidido que quitarse la vida en un instante de furor de un pistoletazo. Y nacía en ella un impulso que la llevaba hacia él, con deseos de prodigarle fraternales cuidados, de acariciar aquella pobre cabeza tan inteligente que buscaba la tierra, agobiada por el plomo de ideas torturadoras; de estrechar aquellas manos de las que otras veces, perseguidas en inocente juego, huyeran las suyas venciendo secreta atracción; de dar el calor de sus labios a aquellos labios descoloridos, donde un heraldo fatídico del destino había posado un beso glacial.

Y por las mejillas marfileñas de Carmen rodaron silenciosas dos lágrimas ardientes y amargas que fueron a perderse en un grupo de rosas prendidas en su pecho.

Enrique avanzaba lentamente; en la mano llevaba un libro. Todas las tardes apacibles salía de paseo por sitios solitarios, huyendo de la gente, y pasaba un rato leyendo o apuntando notas en unas cuartillas, que le servían después para hacer poesías sueltas, o de materiales para una obra intensa y desolada en que escribía, como con su propia sangre, la desventurada novela de su amor.

Había dejado a todos sus amigos, y, siempre solo, caminaba en la vida seguro de acercarse rápidamente a su ansiado término. Sabía bien cuál era su enfermedad y cuál era su fin. Pensaba constantemente en Carmen, en su amor, y pensaba sin odio, sin que de su alma saliera el menor reproche para ella. Cuántas

veces, hablando con alguien de sus desdichas o pensando a solas en ellas, había dicho contestando a una exclamación desfavorable para su amada o a una queja que vagamente se formulaba en su pensamiento por un instante:

—¡No, pobre Carmen, no es mala, es un ángel!... Pero ¡qué ha de hacer si dejó de quererme!... Al corazón no puede mandársele... Ni yo querría eso: quiero su corazón... ¡Maldito sea yo que no supe conservar el fuego sagrado de amor que encendí en su alma!... ¡Oh, que ella sea feliz ante todo!...

Y había tal amargura, tan triste resignación en sus palabras, que, sin quererlo, lloraba, herido de una inmensa compasión hacia sí mismo.

Al verla aquella tarde, de lejos, pasó una nube por sus ojos, y sintió en su cabeza un aplanamiento mortal: tuvo que apoyarse un momento contra un árbol para no caer al suelo; dudó si darse la vuelta para no verla, y verla con el otro; pero una energía súbita e insólita se irguió en todo su ser, dándole valor para afrontar el encuentro.

Un instante despertaron en su alma dormidos furros de macho herido y burlado, y una cólera sorda agitó sus labios en breve convulsión. También por su mente cruzaron en el vértigo de una carrera loca los recuerdos de su amor, las palabras de la amada, sus miradas intensas y profundas, de esas que, sin ver, sin detenerse en los ojos que miran, llegan hasta los últimos rincones del alma, que se abre para ellas como una flor ofreciendo su néctar, ahuyentando sus sombras; miradas en las que se penetran sitios que para otras permanecen cerrados eternamente. Pensaba con cierta indignación, más por la humana miseria que por ella misma, cómo aquella mujer que tantas veces le jurara su amor único y para siempre, que le dijera cosas tan dulces y tan tiernas, podría ir ahora con aquel otro hombre, a quien acaso decía lo mismo, a quien quizá quería, más que a él tal vez. Recordó una dulce tarde de primavera pasada en el campo al lado de Carmen, y en la que, en esas expansiones que inspira la naturaleza, saturadas de intimidad y de poesía, él, en un arrebató de amor, había puesto un beso delicioso y suave en la mejilla de la amada, sin que Carmen, desfalleciente de pasión, hubiese tenido fuerzas para protestar más que con una llamada de adorable rubor. Y se pasmaba de cómo aquel beso, que

era entonces un nudo de fuego entre dos almas, no había dejado huella alguna en la mejilla virginal, blanca ahora como un pétalo de azucena.

Pero en aquel momento, como si los ojos de él arrojasen lumbre sobre el rostro querido, las mejillas de Carmen se incendiaron como granadas abiertas, mientras por ellas resbalaban, lentas y mudas, las dos lágrimas que recogieron las rosas de su pecho...

Se cruzaron, sin saludarse, encontrándose sólo un momento sus ojos en una mirada breve, fugaz como un relámpago; pero bastó para que en ella se hablasen sus almas, tan acostumbradas a leer mutuamente en sus ojos las estrofas de luz del infinito poema. Se dijeron todos sus recuerdos, sus penas, sus sufrimientos, su amor imperecedero, eterno, siempre igual, con recíproca interrogación y respuesta recíproca. En los ojos de Carmen hubo una promesa estéril, llena de inmensa tristeza; en los de Enrique, una desesperada resignación, llena de amorosa dulzura.

—¡Soy tuya!—dijeron los de ella, y los de él replicaron: —¡Ya es tarde!

Y pasaron.

Ella, al doblar la curva del sendero, soslayó una mirada con el dolor de un postrer adiós. El estaba parado, viéndola alejarse, y en sus ojos vibró también la despedida suprema. La vió perderse entre los árboles...

¡Y qué hermosa estabal... El dolor daba una nota de más dulce poesía a su belleza.

El sendero quedaba otra vez solitario, en silencio, escenario impasible de aquel drama incruento de dos corazones. Enrique se tiró sobre la hierba, entre los árboles, y lloró desesperadamente, como un niño. Había en su llanto una aleación extraña de júbilo intenso por aquel amor que se le ofrecía otra vez, y de infinito dolor ante lo que huye para siempre, para no volver.

Y después retornó perezosamente hacia la ciudad, envuelta ya en las tenues sombras del crepúsculo.

No volvieron a verse más.

.....
 Alguna vez, cuando no la ve nadie, en la dulce soledad de su retiro, vagando por el callado jardín conventual, Sor Angus-

tías coge una rosa, la besa, la deshoja y, al par de un suspiro, da sus pétalos al viento... Y acaso el viento, fiel mensajero de las almas, pulsando una nota doliente en las ramas de un ciprés, deposita el sagrado mensaje sobre el negro mármol de una tumba.

El dominió azul

— ¡Qué bonito es el azul! — decía el niño, mirando el cielo azul, que se extendía sobre el mar azul, y que parecía un gran tapete azul que cubría todo el mundo.

— ¡Qué bonito es el azul! — decía el niño, mirando el cielo azul, que se extendía sobre el mar azul, y que parecía un gran tapete azul que cubría todo el mundo.

— ¡Qué bonito es el azul! — decía el niño, mirando el cielo azul, que se extendía sobre el mar azul, y que parecía un gran tapete azul que cubría todo el mundo.

— ¡Qué bonito es el azul! — decía el niño, mirando el cielo azul, que se extendía sobre el mar azul, y que parecía un gran tapete azul que cubría todo el mundo.

— ¡Qué bonito es el azul! — decía el niño, mirando el cielo azul, que se extendía sobre el mar azul, y que parecía un gran tapete azul que cubría todo el mundo.

— ¡Qué bonito es el azul! — decía el niño, mirando el cielo azul, que se extendía sobre el mar azul, y que parecía un gran tapete azul que cubría todo el mundo.

— ¡Qué bonito es el azul! — decía el niño, mirando el cielo azul, que se extendía sobre el mar azul, y que parecía un gran tapete azul que cubría todo el mundo.

— ¡Qué bonito es el azul! — decía el niño, mirando el cielo azul, que se extendía sobre el mar azul, y que parecía un gran tapete azul que cubría todo el mundo.



El dominó azul

Dió las seis con grave y apagado són el soberbio reloj dorado a fuego que adornaba la chimenea de mármol blanco del gabinete.

Sobre la preciosa mesita de laca, cubierta con lindo mantelillo de encaje inglés, humeaba el té en finas tazas de Sajonia, entre las cuales se erguía un centro de cristal y plata, en el que formaban una torre las galletas más exquisitas y refinadas.

La señora de mi buen amigo Carlos de Lama, que nos había servido el té y había colocado todo: mantelillo, tazas, galletas, azúcar y leche, con sus manos ducales y suaves, que parecían no tocar las cosas, se despidió de nosotros para no sé qué urgentes obligaciones y quehaceres de principio de estación con la sombrerera y la modista.

Desapareció, ondulante, tras los pesados tapices de la puerta, y se perdió el crujir de sus sedas.

Y quedamos solos.

—Fué mi última aventura—dijo Carlos, mientras sumergía con fruición una galleta color de rosa en la tibieza del té con leche—. Y fué mi último baile de «Bellas Artes».

Tú ya sabes que yo era el eterno fugitivo de la realidad, que siempre aborrecí como cosa repugnante y mezquina, algo así como el lodo en que siempre vienen a enfangarse nuestros sueños, rotas las alas del ideal.

Y sabes que era filósofo, y, como tal, hurafío; y con un poco de filósofo, otro poco de poeta y un mucho de loco tenía lo suficiente para vivir muy a gusto en mi mundo interno, y lo bastante para no saber vivir en el otro, en el exterior, en el que sin embargo nos es forzoso vivir a todos.

Aquella noche, noche de Carnaval, se celebraba el tradicio-

nal baile de «Bellas Artes» en la amplia sala del Regio Coliseo.

Entré en el teatro de muy mal humor; había salido de casa después de haber tenido con mi madre la última trepetera sobre el inevitable y eterno tema de mi matrimonio.

—Carlos, tú debes casarte. Así, con esa vida estúpida y sin objeto que haces, no se va a ninguna parte... Y la culpa la tienen las compañías... Siempre soñando, siempre aburrido, siempre triste...

Y después de estas consideraciones y otras sobre el matrimonio en abstracto, venía la cuestión concreta: que debía casarme con la hija de su marido. Porque tú ya sabes que mi madre, viuda de mi padre, se había enlazado por segunda vez con el general Valdés, viudo también y con una hija de su primer matrimonio.

—Pero, mamá—contestaba yo—, si el matrimonio es una cosa tan pobre, tan prosaica... ¡Y con mi hermanastral... Vamos, tú no me conoces todavía... Pero si Laura es para mí como una mujer con la que llevara ya muchos años de matrimonio, los dieciséis que llevamos viviendo juntos... Mira, para enamorarse, tiene que haber ilusión, y la ilusión es algo engañoso, eso sí, pero que vive de cosas futuras, inciertas, inconseguidas, ignoradas; es lo que la realidad futura promete y la realidad presente no da; es el amor corriendo delante de nosotros y transformándose en árbol antes de que le echemos la mano; es algo fugitivo que debe arrastrarnos en un torbellino de peligros y obstáculos, sin esperarnos, al contrario, huyendo de nosotros, y que no debemos alcanzar sin lucha y sin combate...

Mi madre me atajaba llamándome loco—tonto otras veces—, pintándome el himeneo en su desnudo realismo y terminando con la apología de las virtudes de Laura.

—Entonces—repliqué—si lo único que debe ser la esposa es un dechado de virtudes, ¿por qué no me propones a tu amiga D.^a Eduvigis, qué está pasando poco menos que en olor de santidad los escasos años que le quedan de su larga vida de... virgen y no sé si mártir?

La cuestión, a partir de esta cuchufleta, fué tomando, no sé cómo, tonos agrios, y para ponerla término me vestí rápidamente el traje de frac, y me fuí al baile de «Bellas Artes».

Al principio, cuando entré, no llevaba más objeto que huir

de mi casa y sumergirme en la borrachera de aquel torbellino de ruido, de color, de luz, de placeres, de tedios tal vez.

Dí unas cuantas vueltas por el *foyer*, en el que un amigo, ya emparejado, me hizo beber unas copas de *champagne*, y entre las conversaciones indiferentes, alegres, de grata frivolidad, el bullicio, los perfumes que las enmascaradas dejaban en invisible estela y, sobre todo, el áureo y espumoso vino, el mejor disolvente de preocupaciones y pesares, mi mal humor fué disipándose, y cuando entré en la gran sala, iba poseído de un suave contento algo infantil, que me hizo mirar la fiesta como cosa nueva, prometedora de juveniles encantos e ignorados hechizos.

El *filósofo*, el hombre frío y escéptico había quedado en el *foyer*, en la copa de *champagne*, que acaso aprisionaba, ahogados aún, el cansancio de unos ojos y el gesto de mal humor y desdén que un momento se reflejaron en su límpido espejo de topacio; en el salón entraba sólo el poeta soñador y loco que aun buscaba con ingenua credulidad el beso de la ideal Colombina tras un duelo cruento en que no sé si me tocaba hacer de Pierrot o de Arlequín...

Y, en efecto, no había pasado mucho tiempo cuando Colombina surgió a mis ojos.

Estaba yo parado mirando el ir y venir de las máscaras, y no sé cómo me fije en una escena que se desarrollaba no lejos de mí. Una mascarita, vestida con dominó de raso azul y encajes negros, como negra era también la careta de seda que cubría su rostro, huía de las osadas acometidas de un joven de roja barba, quizá algo ebrio, que la perseguía sin tregua, poniéndose a su lado, delante, cerrándole el paso, tratando de hacer llegar a su oído palabras que ella se negaba a escuchar volviendo la cabeza y huyendo sin cesar de él.

Hubo un momento en que, al pasar cerca de mí, el perseguidor echó mano a uno de los brazos de la máscara, que entonces corrió hacia mí y con voz fingida y aguda pidió mi defensa de caballero.

Había aparecido Arlequín, y Pierrot se disponía a matar o a morir.

—A esta joven la deja usted en paz ahora mismo—le dije, poniéndome delante de él en actitud retadora.

—¿Es mejor su duro que el mío acaso?

A la insolencia contesté con un fuerte pechugón que hizo caer a mi contrario sobre un diván próximo, y aún me fuí sobre él; pero tres o cuatro jóvenes que habían advertido la escena me cogieron por los brazos inmovilizándome.

En esto, el de la roja barba se levantó y, saludando cortésmente, me dijo:

—¡Buen provecho, amigo!

Y se fué. Quise seguirle, mas los que me habían sujetado me persuadieron de lo inútil de más castigo ante una fuga tan vergonzosa, y desistí.

Arlequín huía con la marca invisible de un golpe no devuelto; el duelo quedaba reducido a un brevísimo momento de boxeo unilateral, y Pierrôt, ni matador ni cadáver, conservaba, sin mancharla de sangre, la impecable nitidez de sus guantes, de su pechera y de su corbata de seda.

Pero allí estaba, en cambio, Colombina envolviéndole en la mirada celeste de sus ojos, húmedos de gratitud y de emoción.

Me tendió la mano en actitud de despedida y con voz trémula y siempre fingida:

—¡Gracias!... ¡Adiós!...—dijo.

Pero yo la retuve en la mía con fuerte presión, y puse, antes que en mis labios, en mis ojos una súplica.

—¡No se vaya usted!... ¡No te vayas!

—¡Oh, qué remedio!... Sálvamos otras amigas y yo de ver el baile, y con el barullo y por causa de ese... insolente, me he extrañado, las he perdido... ¡Adiós!... ¡Gracias!... Me voy a buscarlas...

—No sola, máscara; yo te acompañaré hasta que las encuentres.

No sé qué vago presentimiento tenía yo de que se trataba de una joven honrada y honesta; pero, de pronto, me asaltó el temor de que aquella candidez pudiera ser el disfraz de una mercadería, y sentí aparecer inocente.

—Oye—dije entonces bajando la voz y acercándome más—y, si no, quédate conmigo.

La tapada dió un paso hacia atrás.

—¡Dios mío, no me ofenda usted después de haberme salvado!

Y quiso huir. Pero yo, arrepentido de mi estupidez y plenamente confiado ya, la seguí y cogí por las mangas del dominó.

—Perdóname, bella y gentil incógnita, y toma mi brazo hasta que encuentres a tus compañeras: te lo ofrece el más rendido

caballero. Ellas te buscarán también, y concluiremos por encontrarnos.

—No vivo ya hasta que así sea—dijo apoyando en el mío su brazo, que temblaba un poco.

—¡Qué contrastel... Tú, mascarita, no vives hasta que te reúnas a tus acompañantes para marcharte del baile, y yo, en cambio, desde ese momento ¡dejaré de vivir!

—¡Corta vida!—advirtió graciosamente y acentuando la ficción de su voz.

—De tí depende su duración—repliqué, y me asombraba yo mismo de notar no sé qué de sincero en esta frase.

De pronto, bruscamente, mi máscara se soltó y corrió hacia un grupo que entraba en tal momento en la sala.

Antes de llegar yo, y en medio de una alegre algarabía, ya se habían contado en dos palabras, la una su peligrosa aventura y las otras sus apuros cuando, ya en la puerta, la echaron de menos.

Me acerqué y callaron.

Una máscara gruesa, con trazas de señora mayor, cubierta de negro capuchón, me dió las gracias sin desfigurar la voz; voz que tenía parecido con alguna que no me era desconocida, pero que no conseguí recordar.

Mi máscara entonces conocí que sollozaba: el exceso de valor y serenidad femeninos que había derrochado en el pasado trance, le faltaron al sentirse otra vez acompañada.

Las invité al palco, aún desocupado, de un amigo, haciendo que les sirviesen una botella de *champagne*, y por delicadeza me fuí y esperé en el pasillo su salida.

Salieron, en efecto, a poco, y me dijo una de las acompañantes de mi máscara que las señoras, si no estorbaban en el palco, querían descansar un rato en él y ver de paso el aspecto del salón, por el cual ellas, las jóvenes, con una también joven amiga casada que las representaba, iban a dar una vuelta.

Ofrecí el brazo a la del dominó azul, ya abajo, y la invité a bailar un vals—un vals lento y melancólico, de francesas elegancias, que la orquesta empezaba a tocar.

Nos separamos del grupo, pero yo no quise danzar, y comenzamos a pasear, lentos, como los ritmos del vals, a lo largo de la sala.

Iniciamos una conversación frívola. Pero, no sé por qué, cuanto decía aquella máscara desconocida, aunque fuesen las cosas más triviales y vulgares, tenía un secreto encanto, como si las palabras, al pasar por sus labios, se impregnasen de un perfume sutil que después me adormecía en una especie de embriaguez deliciosa. Y mi alma se abría como una flor en aquel amanecer espiritual.

Poco a poco el diálogo fué haciéndose más íntimo, más interesante. Al hablar de nuestras ideas sobre muchas cosas, de nuestros sentimientos, de nuestros anhelos, de nuestros gustos, iban descubriéndose y conociéndose como en un grato viaje de exploración nuestras almas; y al notar múltiples coincidencias en todas esas cosas, parecía que la de cada uno era como un país de que el otro iba tomando posesión.

Yo nunca había creído en esos amores que se encienden súbitamente; me parecían cosa de novela, y, si alguien trataba de convencerme de que existían en la vida, tenía una sonrisa de irónica incredulidad. Pero aquella noche, por propia experiencia, me persuadí de lo contrario; puedo asegurarte que a la media hora de estar con mi desconocida pareja, me había enamorado de ella.

Y así se lo dije en un arranque de imprudente sinceridad, que ella atajó juiciosamente:

—¿Qué sabes tú de mí? ¿Cómo puedes haberte enamorado de mí, si no me conoces?

—Quizá, mejor dicho, precisamente por eso, porque no te conozco, porque nada sé de tí ni de tu vida, has encendido en mi alma el fuego de una ilusión, que vuela hacia tí como hacia un ideal imposible.

Entonces mi interlocutora lanzó una carcajada rotunda.

—La broma va demasiado allá—dijo—. Es preciso que concluya, y para ello voy a quitarme la careta.

Y, acompañando la acción a la palabra, se quitó el antifaz, y me mostró su rostro sofocado y risueño...

Debí de quedarme lívido; la máscara era Laura, mi hermanstra.

Comprenderás que después de esta escena, por mucha que fuera mi confianza con ella, era violenta mi situación para haberme retirado. Además, te confieso que, en lugar de causarme

disgusto la sorpresa, me fué siendo poco a poco más grata. Así es que a los tres meses de aquellos Carnavales, el tiempo preciso para los preparativos de nuestra boda, nos casamos Laura y yo en una preciosa mañana de Mayo.

Aquí tienes mi historia amorosa, que no deja de ser interesante.

Muchas veces ahora mi mujer, bromeando, dice que para gustarme tuvo que taparse la cara.

Y es que, como habrás notado, la historia tiene sus moralejas. ¿No te parece poder significar que el ideal, para hacerse amar, debe ocultarse a nuestra vista, o, como dijo el poeta, que «hay que cerrar los ojos para entregar el corazón»?

—O también—añadí yo—que en la vida humana la verdad debe presentarse con antifaz para hacerse grata y bella.

Mi amigo sonrió satisfecho, mientras lanzaba al aire la perfumada bocanada de humo de su magnífico habano.



¡Curadol...

Era una tarde gris de Octubre. Tomaba yo el té de las cinco, contemplando desde mi balcón el paisaje a dos tintas del poniente de Madrid: el cielo, inundado de una nube plomiza, inmensa, uniforme, que derramaba sobre el horizonte todo una lluvia fina, menuda, incesante, silenciosa, empapando de humedad la tierra, y la atmósfera de un tul gris y tupido; sobre el color de sepia del suelo apenas destacaban la faja de plata del Manzanares y algunos tonos verdes, indistintos, de los árboles de la Casa de Campo; allá, en la lejanía, los picos de la sierra recortaban inciertamente sus limbos sobre una bruma densa; y de todo el paisaje, triste, tedioso, desesperante, parecía levantarse, envuelto en sudario gris, el espectro de una melancolía desconsoladora.

Llamó el cartero, y mi criado me entregó un sobre abultado, franqueado con tres sellos. Conocí la letra inmediatamente: era de mi amigo entrañable Héctor de Llanes.

Y, súbito, trocóse en alegría inmensa mi fastidio.

Tres años, los mejores de su juventud, desde los veintiocho a los treinta y uno, había pasado en un manicomio, durante los cuales sólo una vez, en el primero, le había visto yo; porque el sabio Dr. Sancho, Director del establecimiento, había prohibido la entrada a las personas más queridas del enfermo, en cuya salud influía desfavorablemente, retrasando su curación, la presencia de aquéllas.

Por su madre y su hermana, a quienes yo no dejaba de visitar con alguna frecuencia, tenía noticias de que mejoraba lentamente, de que su normalidad se acentuaba de día en día, y de que en plazo tal vez no lejano la ciencia esperaba llegar a un triunfo completo, devolviéndonos sano a nuestro Héctor, aquel joven de gran talento y sentimientos exquisitos, a quien todos amábamos y tanto echábamos de menos.

La vez que le vi pareció no reconocirme. Estaba lleno de carnes y de buen color, y salvo la mirada, de extraviada fijeza y brillo profundo, nada parecía denotar en él la terrible enfermedad que le había separado del mundo de los hombres sanos y normales.

Su padecimiento era tranquilo, sin accesos furiosos; una *psicosis melancólica* con manifestaciones de *megalomanía*, había dicho el Dr. Sancho, con tendencias a la soledad, al mutismo, éxtasis de sugestión e ideas delirantes, alucinaciones eróticas, desprecio y horror hacia los seres y cosas del mundo real.

Rasgué el sobre, mientras en tumulto acudían a mi pensamiento estos y otros detalles y hechos de su vida, y saqué cinco pliegos de letra menuda y apretada, enteramente llenos.

¡Mucho, sin duda, tenía que decirmel...

Y leí.

.....
«Queridísimo César:

Dirás que soy un egoísta al escribirte ahora suplicándote que vengas a verme a este rincón del Guadarrama (donde hemos llegado ayer mismo), cuando lo correcto hubiera sido haberte escrito en Mayo al salir del manicomio y volver a mi casa. Pero ¡qué quieres!, veo que el egoísmo es la única ley que rige el mundo, y nada hago por sustraerme a su fatalidad.

Desde mi *curación* no he hecho otra cosa que viajar con mi madre y mi hermana; pasamos los meses de Mayo y Junio, entre Italia, Suiza y Francia; Julio y Agosto, en la dulce soledad agreste de los Pirineos leoneses. Septiembre, en Mondariz y La Toja, y ahora estamos aquí, donde pasaremos este mes, cerca ya de esa Corte que me hace temblar de espanto, odiosa ciudad en la cual gusté todos los dolores y todas las amarguras de la desgracia.

De seguro (no lo dudo, porque sé cuánto es tu cariño hacia mí) habrás experimentado súbita, inmensa alegría al ver mi letra... ¡Poco va a durar, según vayas leyendo! Y, a pesar de mi egoísmo, cree que me duele causarte pena.

¡Sí, querido, sí; soy muy desgraciado, desdichadísimo, como antes, como siempre, más que nunca quizá! ¿Por qué no permítirme un desahogo contigo que me conoces bien y sabrás comprenderme?...

No; no es que me ocurran cosas terribles, catástrofes estrependosas que provoquen arrebatos de furor, anhelos de aniquilamiento, desesperaciones rabiosas: es que llevo dentro de mí ser el germen de mi propio infortunio, y eso no es posible arrancarlo, y de él vienen el hastío mortificante, el abatimiento desolador, la callada desesperación de todos los momentos, que se hacen insoportables a fuerza de soportarlos siempre, como esos dolores lentos y apagados que matan por un envenenamiento continuo, ininterrumpido, eterno, de nuestra sensibilidad.

¡Déjame, déjame que evoque contigo mis recuerdos, mientras acudes con el consuelo de tu amistad!

¡Quién no tuvo ilusiones en su juventud! Creo que sea ésa una de las desgracias de todos los hombres; pero la mayoría de ellos llegan adonde pueden, y después los ves resignarse tranquilamente a una adaptación depresiva, cuya culpa imputan los más a la suerte, los menos a su falta de aptitudes y fuerzas para alcanzar la meta en que pusieran sus miradas juveniles. Y, al fin, se acoplan a su medio, y en él viven, y gozan, y son dichosos.

No me sucedió así. Yo columbré en mi alma anhelos vagos, impulsos inciertos hacia algo grande; estudié este mi ideal, y vi que el astro radiante en cuyo derredor gravitaban mis sentimientos y mis ideas era la Belleza, y traduje aquellas ilusiones mías en dos palabras: Arte, Amor... Y quise consagrarles toda mi existencia con religioso celo, con mística devoción.

Y empecé simultáneamente mi doble carrera, amorosa y artística, calvario más bien, amargo y doloroso, donde a cada paso veía flores hermosas, pero tan altas, tan altas y tan inasequibles, que, cuantas veces pretendía coger alguna, otras tantas caía entre el lodo y las espinas del camino, revolcándome allí en mi impotencia y levantándome al fin cubierto de manchas de barro y de sangre, mientras ellas, las flores luminosas y bellas de mi ideal, parecían mirarme con mofa y despedirme con una mueca de burla y de desdén.

Fantasmas de grandeza vagos e inciertos flotaban en mi mente como masas de caos que, al ser por mí conformadas, habrían de constituir la obra inmensa de una admirable creación; mas cuando en la calma reflexiva, en la fría serenidad del momento solemne me disponía a realizar la obra artística, a tradu-

cir lo subjetivo en hechos, ideas y palabras, he aquí que huían para siempre, al igual de esos nombres rebeldes que muchas veces parecen vibrar en nuestros labios, y que, al ir a pronunciarlos, bruscamente se olvidan; como esas sombras indistintas que en silencioso tropel huyen delante de nosotros cuando caminamos con una linterna en la mano por el campo dormido en una noche sin luna.

Y cuanto conseguí hacer no me satisfizo; no era, no, aquello que entre brumas columbraba yo en el fondo oscuro de mi alma. Dos dramas escribí, y fueron dos fracasos rotundos. Aun intenté *traducirme* a mí mismo, presentar mi vida en un cuadro intenso, pero incoloro y desvanecido, como era en realidad, y el fracaso fué de más relieve todavía: ¡a nadie interesaban mis propias desgracias; quizá no acerté tampoco a decir lo que era yo mismo!

Sentía esa extraña impotencia que consiste en no poder precisar bien las ideas, en no verlas claras y distintas, de relieve, recortados sus limbos, con todo su colorido sobre el fondo del pensamiento, y en no poder, por eso, moldearlas en la materia artística, encarnarlas en la forma simbólica del lenguaje. He comparado este acto, este verdadero *misterio de encarnación* a algo así como tomar de su capullo a la crisálida en letargo y ponerle las alas de la perfección para que vuele en libertad, a pleno aire y a plena luz, por entre las abiertas flores. Pero esas alas han de ser lo bastante grandes y resistentes para que el insecto, al batirlas, pueda sostenerse en la atmósfera; y han de ser suaves y bellas para que sea digno de vibrarlas a los rayos del sol, que las esmalta de tonos policromos, y de plegarlas sobre las dulces corolas al libar sus néctares perfumados. Mas ¡ay! las alas que yo daba a mis ideas eran ruines e incoloras, y apenas osaban ascender sobre las cumbres para perderse en el azul de la gloria, caían miserablemente sobre el sucio polvo del suelo, enterrando en él su impotencia loca y su mezquina vulgaridad.

Entre tanto, por la otra senda de mi calvario caminaba con el mismo inseguro paso, con iguales caídas, con idénticos desgarros en el alma. Ponía todo el fuego de ella en una mujer, y no bastaba a derretir el hielo de la suya, pobre y mezquina; creía de pronto haber encontrado la concreción de mi ideal, y

bruscamente el engaño, la burla o la frivolidad se alzaban como antorchas fatídicas para alumbrar mi error.

Un día, sin embargo, creí haber hallado la mujer ideal. ¿Te acuerdas de ella?... ¡Qué alma tan hermosa, pensaba yo! Y en ella puse todas las perfecciones, todas las dulzuras, todos los apasionamientos, todas las violencias que colmaban mi corazón.

No era, no, un pasajero capricho engendrado y alimentado por la sugestión de la belleza, porque ella no era una hermosura extraordinaria: aparte su cuerpo esbelto, de lánguidos ritmos, sus ojos grandes de melancólico azul, y su cabellera oscura, rizada y abundante, encantos acaso bastantes para enamorarse de su carne, nada en ella admiraba o seducía. Pero había en su ser no sé qué misteriosos atractivos, tal cúmulo de sentimientos afines a los míos, que yo llegué a pensar que no éramos dos seres distintos, sinó dos mitades de un mismo ser, separadas por el azar y reunidas por la gravitación de las almas, por esa fuerza universal de amor, de afinidad, de simpatía que juega con los átomos y con los astros, después de habernos buscado mucho tiempo y esperado siempre...

La hice mi esposa; y, como en el ciego se reconcentra en el oído y en el tacto la energía del sentido perdido, así yo concentré en ella todos los anhelos y fuerzas de mi vida, que andaban antes bifurcados, en una pasión ingente, frenética.

¡Y cómo pagó mi amor!...

Sabes de sobra mis pensamientos, y no supondrás que mi indignación naciese de ese cúmulo de convencionalismos sociales que suelen preocupar a los hombres: el honor, el ridículo, la fe jurada... Pero para mí significaba, en cambio, el desengaño de su infidelidad algo más, la bancarrota de mis últimas ilusiones, la muerte perdurable de mi postrera única esperanza, y el alma enamorada no es el alma del justo de Horacio.

Así, ¿para qué vivir ya? Pensé, créelo, seriamente en el suicidio, y, a no ser por la consideración del sufrimiento que habría causado a mi madre y a mi hermana, todavía una niña entonces, que habían compartido ¡pobrecillas! con demasiado exceso mis penas, me hubiera ahorrado esta vida inaguantable.

Y seguí viviendo, sin rumbo, sin norte, como boya flotando a capricho de las olas, como un astro muerto que, sin gérmenes de vida en su superficie, ni fuego en su interior, sin sonidos, ni

colores, ni aromas, se arrastra frío, silencioso, inerte, infecundo por el éter a impulso de las fuerzas fatales.

Yo pensaba constantemente en esto, triste revelación de mi porvenir arcano, y pensaba también en los días rosados y sonrientes de la adolescencia, de la primera juventud, cuando todo es ventura y alegría, porque aún no se han presentado en el alma los espectros sombríos de la duda, del tedio, del desengaño, del dolor, de la desesperanza y toda esa siniestra cohorte que ya no nos abandona jamás, como si diera guardia odiosa a la tumba en donde guardamos las cenizas—tristes recuerdos—de las dichas muertas, de las ilusiones extintas en el agrio combate de la vida.

¿Has contemplado alguna vez un paisaje remoto, inundado de sol, a través de una lluvia menuda de estío en una zona intermedia, próxima a tí? ¿Has observado el extraño efecto de la luz mirada a través de la sombra, del paisaje soleado a través de una bruma de vapores y gotas de lluvia? Así miraba yo las remembranzas de las dulces realidades lejanas de mis años juveniles a través de los recuerdos de las tristes realidades próximas; y, como la luz y la sombra se confunden en una línea incierta de penumbra, a fuerza de tal contemplación, acabé por no ver más que una rara mezcla en que cada vez me era más difícil distinguir lo bueno de lo malo, las alegrías de los pesares, lo dulce de lo amargo, el placer del dolor.

Me esforzaba en mortificarme evocando mis ilusiones, para experimentar el *goce doloroso* de ver cómo habían ido muriendo poco a poco. Pero, así como al mirar al sol éste se agarra a nuestra retina, y cuando de él apartamos la vista no vemos sino pálidas imágenes suyas por todas partes, así concluí por no ver más que espectros difuminados de mis viejos ensueños de imposibles realidades, seres ignotos de inexistentes mundos de felicidad ideal. Habíase borrado el paisaje sombrío, y, disueltas las neblinas, no quedaba más que la zona clara y lejana bañándose en la luz.

Esta fué la génesis de mi locura, el principio de mi enfermedad. ¡Ah, enfermedad bienhechora que me transportó a horizontes ficticios, pero mejores y más bellos que los de la vida sana y normal! ¡Locura bendita, gracias a cuya mano misericordiosa he vivido tres años, para mí una era, de paz inmaculada, de en-

cantos inimaginables, de inefables placeres, de felicidad infinita!...

¿Quiéres saber cómo he vivido y cómo he gozado en la soledad de mi destierro?

Sabe, pues, que viví en los primeros siglos de la Grecia clásica, en el reino de diminuta isla jónica. Bellos príncipes se ven apacentando sus rebaños en los campos de eterna poesía, poblados de ninfas, de hadas, de diosas, donde el misterio reina. Los gentiles pastores entonan en los crepúsculos canciones eróticas a sus amadas sobrehumanas al son del dulce sistro; o ya, al áspero de la trompa, bélicos himnos, mientras persiguen a las bestias salvajes de los bosques. De noche, en jónicos palacios de mármol, se reúnen en torno al sagrado fuego del hogar para decir, acompañados de la cítara, trozos de leyendas divinas o hazañas de los héroes, sus antepasados.

En las auroras, en los ocasos, pasan hacia los templos monumentales las hermosas princesas de rostro mate, de ojos de esmeralda, de curvas suaves y voluptuosas, de bocas de madrigal, de oscuras cabelleras coronadas de mirtos y rosas, envueltas en desceñidas túnicas; o bien se las ve en la tarde hilar el lino en nevados copos con ruelas de plata; o ya marchar con majestuosas cadencias con el ánfora a la cabeza, para llenarla en los puros y frescos manantiales, mientras se cuentan sus sencillas historias de amor bucólico, y dejan copiar sus gracias soberanas a las claras linfas, o bañan en ellas el mármol de Paros de sus cuerpos, sin duda cincelados por el divino Praxiteles; o yerran por sus jardines perfumados, en el plenilunio, persiguiendo con sus ojos de ensueño una visión de amor.

Así la vi una noche, en la calma augusta del campo, bañando su cuerpo en el cristal ondulante del arroyo, y su cabeza, coronada de violetas, en la luz serena y halagadora de la luna. ¿Diana acaso?... Menos fiera, más benigna que Diana con Acteón cuando osó sorprender el casto misterio de su virgen desnudez, suavemente sonriendo, huyó a esconderse en el vecino bosquecillo de sauces, no sin arrojarme antes una rosa y salpicarme el rostro, sacudiendo los dedos, con unas gotas frescas de agua.

Y ¡oh dioses, era ella!

La alcancé fugitiva en el bosque; el follaje filtraba en hilos de plata el pálido esplendor de la luna; sólo se escuchaba rumor de besos: la brisa inquieta besaba las hojas, la mansa corriente besaba las piedras del lecho, mis labios besaban su carne de nieve y rosa. En nuestro derredor, con vago murmurar, batían los genios del bosque sus alas imperceptibles...

¡Qué idilio, qué idilio!...

Y bajo sus caricias sentí súbita la voz interior y dulce de la inspiración, y de mi boca brotaron poemas maravillosos, cantando al amor, a la belleza, a la vida en oleadas de pasión poderosa; y de mis dedos, hiriendo la heptacorda, surgieron armonías celestes, como si Orfeo y Terpandro me hubieran legado, al morir, su genio y su lira.

Y canté en triunfo por toda la Acaya; fui aclamado como el primer poeta y coronó mis sienes el laurel de Dafne. Vencía en la gloria y en el amor: los príncipes se disputaban mi amistad; las hermanas de Helena, mi amor. Viví la vida sobrenatural y divina que, en vagos vislumbres, evoca nuestra fantasía para los viejos tiempos de la Hélada y del Peloponeso.

Pero, sobre todos los placeres, estaban mis diarias entrevistas con ella, con *mi musa*, entre las aguas bulliciosas, sobre la hierba húmeda y perfumada de aquellos prados de perenne primavera, donde siempre había flores y cuyo matiz de esmeralda perduraba, gozando los místicos secretos del amor.

¡Qué dichoso eral... ¡Oh, sí, cuán feliz!...

Mas he aquí que el cariño de los míos y los deberes de la ciencia van arrebatándome poco a poco, gradualmente, mi felicidad; que la sacrifican en aras de no sé qué pretendida obligación, y caridad, y amor al prójimo. Paulatinamente fueron borrándose a mis ojos aquellas imágenes de ventura, hasta que, al fin, me arrancaron de cuajo del teatro de mis ensueños, del mundo fingido de mi ideal, hecho realidad viviente.

¡Qué triunfo para la ciencia! ¡Oh, qué reconquista! ¡Es horrible, es horrible!

Y aquí me tienes ya curado—¡curado!—y devuelto a la vida de la verdad insoportable, condenado a recordar mis penas pasadas, al hastío implacable, al sufrimiento eterno. ¡Y a esto llaman salud! ¡Y esto es estar sano y normal!

Creo que, si no fuera la esperanza de retornar a mi vida de

delirios, me mataría o me habría matado ya. ¡Qué tristeza, qué amargura!

Me pregunto constantemente hasta qué punto pueden llegar los derechos de la sociedad, de la ciencia, del amor para arrancar a un hombre sus dichas y sus placeres. ¡Oh, egoísmo! Mientras yo rabio y me desespero, los demás se envanecen de la victoria lograda, tienen la satisfacción del deber cumplido con haberme arrebatado del mundo de la poesía para arrojarme brutalmente en el prosaísmo de la vida, y estrellarme en él, y tenerme sujeto con el dolor de Prometeo encadenado.

Todo me cansa y me aburre, todo me entristece. Salgo al campo, para disfrutar su sano ambiente, su paz sedante, y siempre hallo cosas que me sugieren pensamientos sombríos, que me hacen padecer: el sol que se pone, la hoja que cae, la flor que se marchita, el ave que sucumbe al plomo del cazador... ¡Por todas partes el dolor, la destrucción, la muerte!

Y, si son detalles de alegre objetividad los que miro, no por eso mis pensamientos son menos negros y amargos: el amanecer; las campánulas blancas, rojas, azules, rosadas o de oscuro violeta, y los dondiegos, y las siemprevivas abriendo sus pétalos a los besos del sol; los trinos amorosos de emparejados ruiseñores, que cantan, escondidos en el espeso follaje del parque, el eterno poema; el tierno idilio de dos preciosos gatazos que se lamen al sol... Todo, todo me entristece, porque pienso que todo concluye: las flores viven pocas horas, que apenas el sol declina en su diurna carrera, pliegan para siempre sus corolas, sagrado tálamo donde se celebró en unos instantes el santo sacrificio de su amor efímero; la inocente pasión de las avecillas está a merced de la piedra de un chiquillo perverso y brutal; la vejez ya próxima y la muerte romperán pronto el lazo de amor que, durante unos cuantos años, ha unido a mis cariñosos felinos.

Y así también la vida humana: momentos de placer y años de angustia, ilusiones de un día y desengaños perdurables... Esperanzas fallidas, goces breves y débiles, recuerdos tristes y largos: tal es nuestra existencia.

¡Feliz quien muera en los años deliciosos de la infancia o en los risueños de la primera juventud, cuando en los ojos lucen esplendores y audacias de aurora, sin esperar a la edad triste

de los desencantos! El císido, la flor de espino, el eléboro también son bellas, mas no esperemos a que nazcan sus frutos, porque ¡cuán amargos son!

Morir antes de darse cuenta de que cuanto se ama en la vida, todo pasa, huye, se desvanece, para siempre, para no volver más, irrevocablemente... La juventud, el placer, las esperanzas de gloria, las ilusiones de amor, los seres queridos, las cosas a que nos ha unido un vínculo de afecto... ¡Todo, todo! ¡Y todo tenemos que despedirlo con un adiós último, definitivo, desesperado!...

No; no quiero ver la desgracia, ni el dolor, ni la muerte en ningún ser; ni aun en los insectos—¡pobres mariposillas que revolotean con sus alas espléndidas e inocentes en el aire tranquilo!—, ni aun en las plantas—¡cuitadas florecillas silvestres que hollamos indiferentes con nuestros pies brutales!—No quiero ver sufrir, ni olvidar, ni morir... ¡Es tan desoladora la muerte cuando se ama!...

Ven pronto a verme: quizá sepas consolar a tu pobre amigo que ansía verte y abrazarte

Héctor.»

.....

Y, ante toda esta lógica de un loco, no se ocurrieron a mi cordura más que dos razones: ¡dos lágrimas!...





In artículo mortis

El médico había dicho a Valentina que su tío, D. Ramón del Moral (con quien vivía desde muy pequeña), estaba muy grave, en inminente peligro de muerte, y que tal vez no duraría siquiera veinticuatro horas.

La pobre muchacha, que no había conocido más cariño que el de su tío, a quien quería como a su padre, quedó anonadada, sin saber qué partido tomar, sin que se le ocurriese otra cosa que llorar desesperadamente. Al fin, tuvo una idea: mandó llamar al rector, que vivía muy cerca, para pedirle consejo.

El anciano cura, un señor menudo, santo varón lleno de virtudes, transigente y afable, acudió en seguida al llamamiento. Había oído ya el día antes que D. Ramón estaba muy grave a consecuencia de un ataque al corazón, que se temía le repitiese de un momento a otro; pero, enemigo de meterse en donde no le llamasen, se había abstenido de ir a casa del enfermo, un empedernido librepensador, incrédulo y burlón, de quien el buen sacerdote era, sin embargo, amigo y asiduo compañero de tresillo, y a quien profesaba sincero afecto.

Porque D. Ramón del Moral era un hombre recto, noble, íntegro y bondadoso como pocos. Había sido militar y había luchado en Africa contra los moros y en España contra los carlistas, dando siempre pruebas de tan extraordinario valor, que había merecido, entre otras distinciones y recompensas, la cruz laureada de San Fernando, el ansiado galardón de todo soldado. Después sirvió fielmente a la República, cuyas doctrinas profesaba. Pero, al triunfar la Restauración borbónica, pidió la licencia absoluta, y se fué a vivir a su pueblo natal, una pequeña villa, cabeza de partido judicial, en una provincia del norte.

Allí vivía hacía treinta años de una modesta renta, herencia de un tío y padrino suyo, con la cual tuvo que ayudar a una

hermana, viuda sin fortuna, dar carrera a tres sobrinos, que murieron poco después de haberla terminado, víctimas de ese azote de la humanidad que se llama la tuberculosis, y educar a su sobrina Valentina.

La hermana de D. Ramón, agobiada por el dolor de tantas desgracias, había muerto también hacía ya algunos años, y desde entonces vivían solos aquél y su sobrina.

D. Ramón del Moral era uno de esos hombres singulares que parecen ir desapareciendo poco a poco, y de los que solamente queda algún raro ejemplar, como recuerdo de una raza fuerte y romántica que ya no existe, como patrón por el que debieran moldearse los hombres futuros. Era alto, enjuto pero fornido, tieso todavía a pesar de haber cumplido los sesenta años hacía ya no pocos. En su juventud había sido una figura arrogante, de la que aun quedaban, como elocuentes testimonios, además de su estatura, un rostro fresco, sonrosado y nacarino, y unos ojos grandes, de osado y profundo mirar, y cuya negrura parecía más fuerte entre el armiño de sus cabellos y de su hirsuto bigote, que conservaba cierto tono marcial.

Pero el verdadero relieve del viejo caballero consistía en su carácter, entero, rectilíneo, inflexible. Profesaba con ardor sus teorías religiosas, políticas, morales, y a sus principios ajustaba invariablemente su conducta. Amaba sobre todas las cosas la verdad y la justicia, y, así, la injusticia y la mentira en todos los órdenes de la vida le sacaban de quicio, como cosas que repugnaban a su naturaleza. Era hombre de clara inteligencia, de férrea voluntad, ferviente patriota, enamorado de sus ideales, en cuya defensa, por lo mismo que los profesaba con verdadera devoción, se mostraba intransigente y casi fanático; los logreros de la política, los *vividores*, los *cucos* y los caciques constituían su obsesión, y al hablar de estos y otros temas se indignaba en arrebatos de cólera que contrastaban con su ordinaria manera de ser, apacible y tranquila. Pero generalmente él no suscitaba conversaciones que pudieran llevarle a la exaltación, y era respetuoso con el ajeno modo de pensar, si lo creía sincero.

Por eso D. Fermín, el párroco, entraba verdaderamente apenado en casa de D. Ramón.

Valentina le dió cuenta de los temores del médico, y le supli-

có que tomase una resolución, que a ella no se le ocurría en aquella situación extrema y apurada.

—Bien, bien—dijo D. Fermín—; entraré en su cuarto y hablaré con él. Es mi deber.

A decir verdad, no le seducía el encargo. Sería preciso hablarle de Sacramentos, y el buen cura temía como primera respuesta un chaparrón de burlas y denuestos. Pero había que ayudar a Valentina, y no quedaba otro remedio; además era su obligación, como había dicho. Y entró.

D. Ramón, sentado en una butaba, apoyado en varios almohadones, no bien le vió entrar, le hizo seña de que se acercase. Casi no podía hablar: una fatiga intensa y estertorosa agitaba su pecho y le hacía incorporarse con frecuencia; su rostro, extremadamente pálido, expresaba un gran cansancio, y en aquella albura de la piel y el cabello sólo los ojos, a los que la fiebre daba un brillo lustroso, parecían retener la vida.

—Le esperaba—dijo con esfuerzo—. No necesita usted decirme nada: sé que esto se va.

D. Fermín quiso infundirle ánimo y esperanza, pero él, con un gesto firme, le indicó que no buscaba alientos ni creía en optimismos. Y antes de que el cura aprovechase la ocasión para cumplir su triste encargo, se adelantó él.

—Quiero dejar en orden mis cosas antes de morir; pero, antes de nada, he de pedir a usted un gran favor, D. Fermín: quiero que vaya usted a casa de Antoñita, que le suplique de mi parte que venga, y que usted la acompañe.

Aunque D. Fermín no desconocía las relaciones entre el viejo militar y Antoñita Manjón, como se la llamaba generalmente, no dejó de extrañarle la pretensión de aquél; pero, sin decir nada, se dirigió sin perder tiempo a casa de ella.

Antoñita Manjón era una solterona que había ya cumplido los sesenta, dueña de una regular fortuna, con cuyas rentas vivía holgadamente y hasta con lujo.

Las familias de Antonia Manjón y D. Ramón del Moral se profesaron siempre mutuamente gran amistad y afecto. Así, don Ramón, cuando era joven, entraba con asiduidad, casi a diario, en casa de los Sres. de Manjón. Cuando salió de la Academia militar y se presentó en su pueblo hecho todo un señor alférez, arrogante y apuesto, Antoñita, que acababa de dejar de ser niña

para convertirse en mujer, y había dado el paso decisivo y trascendental en la vida femenina de *ponerse de largo*, notó que se operaba en sus sentimientos respecto de Ramón un cambio esencial y completo. Poco antes, cuando venía a pasar las vacaciones estudiantiles a casa de sus padres, Antoñita jugaba con él a juegos infantiles, y con una confianza pueril le pellizcaba, y corría locamente al ser perseguida. Pero entonces, aun cuando su confianza con el amigo no disminuyera, se había transformado, y un sentimiento nuevo, de invencible atracción, de extraña complacencia cuando estaba a su lado, había nacido en el corazón de la joven.

El profesaba a ésta gran afecto desde muy niños. Mas también en aquella ocasión experimentó un cambio en su alma. Fué Antoñita para él algo conocido, querido y, sin embargo, nuevo, que por primera vez hizo vibrar en su corazón un latido de ignorado placer. Aquellas mejillas en que él había puesto tantos besos inocentes y fraternales, al ver a Antoñita por primera vez en aquel viaje, se incendiaron ante una mirada que era ya más que la mirada indiferente del amigo; y aquel rubor, primer fuego que los ojos del mozo habían encendido, prendió con sus chispas inmatrimoniales en el alma misma del joven.

Antoñita y Ramón fueron novios. Pasaron dulcemente aquellos pocos días en que el alférez estuvo en su pueblo. Después tuvo que incorporarse al regimiento a que fué destinado, y vino a la fuerza la separación.

El noviazgo había tenido la mala suerte de disgustar a la familia de Antoñita, porque aquellas relaciones amenazaban echar por tierra un plan matrimonial de positivas ventajas financieras madurado hacía tiempo. Ramón era un buen muchacho, pero con una fortuna muy escasa, y a juicio de los padres de Antoñita no era partido para su hija, más rica que él y llamada a serlo más cuando contase con la herencia segura de la tía Piedad.

Al principio su ruda oposición no surtió más efecto que el de enfriar notablemente el trato entre las dos familias, pero nada consiguió de la joven, enamorada de su novio, al que se negó terminantemente a dejar. Mas, pasado un año, la ausencia de Ramón y las noticias que llegaron al pueblo sobre la vida un tanto disipada que éste hacía, colaboraron eficazmente con los

deseos de la familia de Antonia, a la que se obligó, al fin, a romper sus relaciones con Ramón. Poco después murieron en cuarenta y ocho horas los padres de éste, el cual con tan triste motivo pasó en el pueblo algunos días; pero la ocasión no era a propósito para reanudar las relaciones con Antonia, a la que no pudo ver; y, aunque la escribió antes de marchar, su carta fué interceptada, y el pobre joven hubo de marchar con el doble dolor en el alma de la pérdida de sus padres y del olvido de su amada.

Esta, sin embargo, seguía siendo fiel a su recuerdo. Si es verdad que consintió por obediencia a sus padres en romper sus relaciones con Ramón, se negó en cambio con pasmosa firmeza a aceptar el novio que le querían imponer. Dolorida su alma, no encontró otro refugio que el de la religión, y la Iglesia vino a sustituir a los recreos y placeres propios de los años juveniles. Hija de padres excesivamente devotos, fanáticos más bien—su padre había sido general de D. Carlos en la primera guerra civil dinástica—, esta nueva pasión de Antonia no halló oposición, sinó al contrario fomento, en los suyos, y así fué beata en la edad en que otras mujeres son coquetas.

La enemiga de la familia contra Ramón creció al saberse que éste, comprometido con el general Prim en las revueltas revolucionarias de 1866, había tenido que emigrar, y llegó al último límite cuando triunfó en 1868 la Revolución de Septiembre, en la que Ramón tomó parte muy activa a las órdenes de aquel gran caudillo, siendo premiados sus servicios con el empleo de comandante, a pesar de ser todavía muy joven. Antoñita oía a cada momento hablar de su antiguo novio como de uno de aquellos impíos, poseídos de Satanás, que venían a acabar con la religión de Cristo y con sus ministros.

Ella creía cuanto se le decía; y, como en su corazón conservaba vivo el recuerdo de Ramón y su antiguo amor, sufría indeciblemente con las hazañas satánicas, que ella veía agigantadas, de su antiguo novio, a quien, sin embargo, no podía dejar de querer. Se multiplicaban sus oraciones para salvar aquel alma querida y sin duda condenada, y en el tormento que este amor le causaba, encontraba un placer, una voluptuosidad que saboreaba con el gusto con que se saborean algunas frutas agrias; era algo del placer morboso que debieron de experimentar los mártires en el suplicio.

Pasaron algunos años. Durante ellos Ramón se había distinguido notablemente y llegó a coronel. En este grado le sorprendió la Restauración borbónica, y él, que había servido fielmente a la República, creyó indigno poner su espada a los pies de la dinastía que antes había contribuído a destronar, y, asqueado por las vergonzosas abdicaciones que siguieron a la proclamación de Alfonso XII, pidió su licencia absoluta, y se fué a vivir a su pueblo.

Tampoco había olvidado a su antigua novia, a cuya memoria permaneciera siempre fiel, sin profanarla con ningún otro amor.

Al verse de nuevo, después de más de diez años de ausencia, comprendieron uno y otro que sus almas seguían atadas por el dulce lazo que había anudado la juventud. Y pronto volvieron a entenderse.

Ramón, a título de amigo, visitaba con frecuencia la casa de los señores de Manjón, y, aunque éstos le recibieron friamente, él hizo como que no se enteraba: todo le importaba poco con tal de ver a su amada, a quien, por el género de vida que hacía, le era muy difícil ver en otro lado.

Pero ni uno ni otro osaban hablar de matrimonio. Bien sabían los dos—y la única vez que un tercero había hablado de ello con el Sr. Manjón, éste lo había dicho con cruel franqueza—que los padres de Antonia, mientras viviesen, no consentirían que su hija se uniese con aquel hombre, contra el cual, además de los antiguos motivos de oposición, existía ahora el muy poderoso de sus ideas y opiniones religiosas y políticas. ¿Cómo iban ellos a entregar su hija, una santa, un ángel de gracia, a aquel herejote que no se confesaba ni oía misa? Y en verdad que era éste de las ideas religiosas motivo de monta: muchas veces uno y otro pensaban en ello, convenciéndose recíprocamente de que ese inconveniente habría de existir siempre, separándolos con una barrera infranqueable.

Porque Ramón, hombre de una rectitud y una sinceridad singulares, que ajustaba siempre su proceder a los principios que profesaba, ¿podía consentir en representar una farsa para contraer el sagrado vínculo como manda la Iglesia? De ninguna manera: eso le repugnaba, y hubiera considerado la menor abdicación como indigna de él.

¿Pero ¿y Antoñita? Ella, tan devota, educada en las creencias austeras e inflexibles de una moral conventual, ¿podría por su parte consentir en unirse a un hombre sólo civilmente, sin que el prestigio sacramental santificase la unión? En modo alguno: a ella se le había enseñado que el matrimonio civil era un concubinato escandaloso, y sin discutir aceptaba de lleno esa opinión.

Cada uno de ellos, cuando pensaban en esto, experimentaba una gran amargura, creyendo que la intransigencia del otro suponía una falta de amor, sin fijarse en que eran igualmente culpables; pero a sí mismos trataban de consolarse entonces pensando que esa dificultad podría siempre vencerse, y que era la ruda oposición de los padres de Antonia el único obstáculo serio e invencible.

En esta situación, en que al anhelo constante seguía la perenne angustia, pero viéndose y queriéndose siempre, fueron pasando los años sin que apenas lo advirtiesen. Ramón visitaba diariamente a la familia de Antonia, pero sin traspasar los límites de una buena amistad, a la que al fin se acostumbraron los mismos padres de ella, transigiendo de buen grado con aquellas visitas.

Un día murió el Sr. Manjón—su mujer había muerto pocos meses antes—, y con aquella desgracia, que Antonia y Ramón lloraron juntos, pareció desaparecer el único obstáculo que los separaba. Pero entonces Antonia contaba ya más de cincuenta años y él algunos más, y les pareció imposible un matrimonio ya forzosamente estéril y ridículo. Por parte, quedaba el otro inconveniente en pie, el de las ideas religiosas, cada vez más agigantado y más difícil de solucionar.

Además, a Ramón, que entonces era ya por los legítimos títulos de la edad D. Ramón, le había herido siempre en su orgullo el temor de que pudiera pensarse que entraba en sus cálculos hacerse dueño de la fortuna de Antoñita. Más joven, hubiera trabajado para equiparar su trabajo con el capital de ella; pero ahora hubiera sido más denigrante, cuando ya no podía trabajar. El, que había renunciado a cobrar retiro del Estado, hubiera tenido que aceptar forzosamente el retiro de la renta conyugal.

Por otra parte se habían acostumbrado al monorritmo de

aquella existencia siempre igual, que les ofrecía el cariño sin sobresaltos ni molestias, sin sorpresas ni zozobras: diríase que el amor mismo se había transformado en una deliciosa costumbre, y alterarla, aun para dar más plaza a aquél, hubiese sido exponerlo a contratiempos y profanaciones.

Todos los días se veían a las mismas horas y las mismas veces. A las once de la mañana D. Ramón iba a dar un paseo al Espolón, si lo permitía el tiempo, ó a la rebotica de Ruiz en los días malos, y a las dos de la tarde pasaba para el Casino, a jugar su partida de ajedrez y su chapó; y Antoñita estaba en su mirador, haciendo primorosamente una inacabable labor de encaje: se saludaban sonrientes y satisfechos. A las seis D. Ramón iba invariablemente de tertulia a casa de su novia, de donde no salía hasta las nueve, la hora de cenar.

Sólamente una vez, por un galante escrúpulo, había él insinuado, poco después de la muerte del Sr. Manjón, la conveniencia de poner término a aquellas largas relaciones; pero ella le había hecho comprender las dificultades que aun existían y lo extemporáneo de aquel matrimonio, que no necesitaban por otra parte para amarse con aquel cariño tranquilo y profundo que los años habían afirmado, aunque fuese a costa de ilusiones juveniles ya imposibles. Era su amor como un árbol que ya no da flores, pero de robusto tronco y opulenta fronda, en el que, si no va a buscarse la belleza efímera y el perfume fugaz de aquéllas, encuentra en cambio el caminante sombra apacible para descansar del fatigoso viaje de la vida.

Y, satisfechos en el fondo los dos con la negativa de Antonia, no volvieron a hablar de matrimonio, y siguieron saboreando el deleite de aquella pasión grave y sólida que les ataba con lazo irrompible.

Aquella existencia sosegada y dulce se había visto truncada hacia cinco días con la enfermedad inesperada de D. Ramón. Un día éste pasó a las tres de la tarde por delante de casa de Antoñita hacia el Casino, y, apenas había transcurrido media hora, cuando Antonia vió cómo dos mozos del círculo, rodeados de un grupo de gente, entre la que iba el doctor Prieto, llevaban en una butaca al pobre D. Ramón, pálido y desvanecido. La impresión fué terrible, y Antoñita se desmayó, creyéndole muerto. Después supo que vivía, aunque su enfermedad era muy grave.

Antoñita mandaba tres o cuatro recados diariamente para enterarse de la salud del enfermo, y en su casa pasaba el día llorando en silencio, cuando no haciendo novenas y devociones a vírgenes y santos para implorar la salud del paciente.

Cuando aquella tarde llegó D. Fermín, halló a Antonia arrodillada ante una imagen de la Virgen rezando el rosario con su vieja doncella. El cura le expuso el estado de D. Ramón y el encargo que éste le había confiado.

Antonia, sin darse ella misma cuenta de que la edad hace desaparecer ciertos obstáculos y de que el pudor es rosa que sólo florece en mejillas juveniles, tuvo un sobresalto.

—¿Pero usted cree, D. Fermín—decía al anciano sacerdote—, que en nuestra situación, que usted sabe, puedo yo ir a casa de Ramón? ¿No estará mal que vaya? La gente, ya comprende usted...

—Pero, Antoñita, a cierta edad...—interrumpió el buen recator, más cruel que cortés con la inevitable coquetería femenina.

Al fin, quedó convenido que al oscurecer D. Fermín volvería a buscarla para hacer juntos aquella ansiada y a la vez temida y dolorosa visita.

.....

La entrevista fué breve: el estado del enfermo era apurado y apremiante, y además no podía seguir una larga conversación, que habría agotado sus escasas fuerzas. Antoñita, desolada, había accedido a casarse con su novio de hacía cuarenta y cinco años.

Para el pobre D. Ramón la lucha había sido tremenda: ¿podía coronar su vida de austera sinceridad transigiendo con las ceremonias religiosas?... Pero sus deseos de poder llamar siquiera una vez esposa a la que amaba hacía tantos años, de que aquellas manos consolasen cariciosamente sus últimas horas, de no verse privado en el momento supremo de aquella mirada amiga que había alumbrado siempre su vida, le sugirieron una disculpa de esas que nuestro egoísmo está siempre propicio a aceptar: la disculpa de que no había otro remedio y de que su conciencia, que en el fondo se mantenía incólume, sin abdicaciones, debía despreciar la opinión ajena, si es que ésta se mostrara desfavorable en sus juicios. Además, había una razón de que el buen caballero no podía darse cuenta: ¡quién podrá sostener

que en los últimos momentos de la existencia nuestra mente conserve toda su luz, nuestra conciencia toda su inflexibilidad y nuestra voluntad todo su vigor!...

Una hora después, ante D. Fermín, dos testigos y el juez municipal, se celebraba la triste y solemne ceremonia de unir a aquellos dos viejos amantes de casi medio siglo con el lazo fugaz de unos instantes.

A seguida D. Ramón otorgó su testamento dejando su modesta hacienda de por vida a su esposa, para pasar, a la muerte de ésta, a su sobrina.

Al pobre enfermo le abandonaban las fuerzas por momentos: el esfuerzo hecho en esos dos supremos actos de su vida le había fatigado enormemente.

El médico ordenó a todos que saliesen, para dejarle descansar; solamente Antoñita quedaría ya a su lado, cuidándole.

Se apagaron las luces antes encendidas, y todos, excepto Antonia, salieron de la alcoba.

Era el término de un crepúsculo de octubre. Toda la melancólica dulzura otoñal parecía haberse condensado en aquella tarde tibia y sosegada. En poniente unas nubes tenues conservaban la última huella de la luz en un tinte de oscuro heliotropo, que al lado opuesto, en oriente, era ya casi negro totalmente. Por el balcón entreabierto se columbraba el amplio paisaje, sumiéndose en la sombra y en la calma nocturna, y una brisa sutil traía, como incienso nupcial, el aroma de las higueras que en el jardín de la casa ostentaban la opulencia de sus frutos sabrosos y maduros. Al otro lado del jardín, en la calle, un grupo de vendimiadoras, que regresaban de las viñas, llevando en la cabeza sendos cestos repletos de uva, rasgó la solemnidad del silencio entonando a plena voz una doliente canción de amor...

El enfermo llamó con gesto cansado a su esposa. Al acercarse ésta, se miraron un instante los dos profundamente, en los ojos.

—¡Antoñita!...

—¡Ramón!...

Se abrazaron fuertemente y se besaron en la boca.

Y, como si aquel corazón herido hubiese puesto con un esfuerzo supremo todo su inmenso y viejo amor en aquel beso infecundo, D. Ramón del Moral exhaló su último aliento.

Anegada en llanto, aún siguió la pobre viuda un largo rato sin desprenderse del abrazo nupcial.

La luna, en plenilunio, puso un nimbo solemne en las cabezas juntas de los viejos amantes.



El editor

(Gabinete elegante y coquetón de muchacha soltera. Muebles de estilo inglés; tapicería de terciopelo claro. Un piano abierto, y, sobre el atril, el *último fox-trott*. Bibelots y retratos de muchachas bonitas sobre los muebles; entre ellos, otro de un joven con toga y birrete de doctor. La escena en Madrid.)

PERSONAJES

ELVIRA (20 AÑOS)

ANUNCITA (IGUAL EDAD)

NATI (MADRE DE LA PRIMERA)

RAMONA (MADRE DE LA SEGUNDA)

(Anuncita está sola, leyendo una novela de Willy.)

ELVIRA.—(Entrando como un torbellino.) Hola, Anunci.

ANUNCITA.—(Levantándose sorprendida.) ¡Cómol... ¿De vuelta ya? (Se besan con efusión.)

ELVIRA.—(Sentándose, a la vez que su amiga, en un sofá en que apenas caben las dos, todavía abrazadas.) *Mais oui, ma chère...* Aquello iba quedándose ya muy cursi. Y además muy aburrido. Nosotros, en cuanto vuelve la corte, no resistimos cuatro días.

ANUNCITA.—Cuéntame, cuéntame... ¡Te habrás divertido un horror!...

ELVIRA.—Ha sido un verano estupendo.

ANUNCITA.—¡Cómo te envidio!... ¡Nosotras con este afán de papá por su casa de campol... Porque a mí me gusta el campo, pero con baile, con *tennis*, vamos, con juerga; pero eso de querer divertirse sólo con las peñas y con los árboles y con los pájaros... Cuéntame, cuéntame...

ELVIRA.—Como te digo, ha sido una temporada loca. La Condesa de Aralla es de mucho humor; estábamos en dos hotelitos inmediatos, y nosotras, siempre juntas. Ella lo organizaba todo: viajes, excursiones, partidas de *tennis*, bailes...

ANUNCITA.—¿Es joven?

ELVIRA.—Psch... No, joven no. Pero él, sí; es muy joven.

ANUNCITA.—¿Quién, el Conde?

ELVIRA.—(Riendo con mucha gana.) ¡Ay, qué gracioso! El Conde es un vejestorio.

ANUNCITA.—Entonces ¿quién es él?...

(Hay una pausa, harto elocuente, en que las dos amigas sucesivamente se miran, se ríen y se besan.)

ELVIRA.—En fin, dejemos esto; ya otro día, con menos prisa, te contaré mi vida veraniega. Hay para rato. Y ahora estamos de prisa.

ANUNCITA.—Pero ¿no has venido sola?

ELVIRA.—No; ha venido también mamá, que está con la tuya. Querían llevarte allí, pero yo he preferido venir a tu gabinete... porque tengo que decirte una cosa muy importante... ¡Ay, muchísimo!... una confesión que tú sola has de oír... aparte del Padre Jimeno.

ANUNCITA.—¿A qué sé sobre qué mandamiento?

ELVIRA.—*Tais toi, petite folle.*

ANUNCITA.—(Muy impaciente.) Vamos, habla.

ELVIRA.—(Suspirando.) Allá va: que me caso.

ANUNCITA.—(Después de un gesto significativo.) ¡Bah!... ¿Con tu primo Enrique?... Me lo figuraba.

ELVIRA.—(Haciendo signos negativos con la cabeza y con lánguida mirada.) No, no es con Enrique. Me caso con el Marqués de Villares.

ANUNCITA.—(Sorprendida.) ¡Uy!... ¿Con ese carcamal? (Ríe.) Pero ¿no estabas en relaciones con Enrique?... Chica, ¿entre uno y otro!...

ELVIRA.—(Un poco amostazada por la risa de su amiga.) *¡C' est, drôle!*... ¿Qué sabes tú de mundol... Oye, oye (reconciliada y confidencial). En realidad yo no estaba en relaciones con Enrique, aunque tenemos una amistad muy grande. El me quiere, y yo le quiero también mucho, como puedo querer a mamá (claro que de otra manera), y que sigo queriéndole lo mismo...

ANUNCITA.—Entonces no comprendo...

ELVIRA.—Ya te he dicho que no tienes ni pizca de mundología. Bueno: le quiero y él me quiere... Pero yo no soy rica: las rentas de mamá se gastan en sostener la casa, y lo que gana Federico en su bufete y en su destino nos faltará el día que se case (fijando la mirada en Anuncita picarescamente, mientras ésta se hace la desentendida mirando el bolsillo de Elvira); y

yo no quiero que lo retrase por nosotras... Enrique tampoco es rico, porque, por más que el tío Emilio lo sea, ya ves, con diez hermanos... Además, Enrique, que ante todo es artista... ¿No sabes que tiene admitida una obra en la «Comedia» para la próxima temporada?

ANUNCITA.—¿De veras?

ELVIRA.—Sí... Se titula «La Musa»... ¡Es preciosa!... Me la leyó un día a la orilla del mar... Sobre todo hay una escena en que él, un poeta pobre, como todos, se gasta su único dinero, unas pesetas ganadas en un certamen por unos versos magníficos, en una joya por la cual tiene ella, su Musa, un capricho loco, mientras el marido, que es muy rico, pero un ogro, no se lo ha querido comprar...

ANUNCITA.—¡Ah, es casada?

ELVIRA.—Sí... Pero volvamos a mi asunto. Te quería decir que yo adoro a Enrique por su talento, porque es muy bueno... pero...

ANUNCITA.—Y un real mozo, chica; ¿por qué lo callas?

ELVIRA.—(Sonriendo y con gesto expresivo.) Eso lo descontaba porque es lo que está más a la vista... Pero Enrique y yo, si es verdad que viviríamos felices queriéndonos mucho, no podríamos vivir con las comodidades, en el plan a que yo estoy acostumbrada. El gana poco con sus obras y con sus libros: el arte no saca de pobre, y menos cuanto es más grande y más elevado...

ANUNCITA.—¿Filosofas?

ELVIRA.—Yo se lo dije un día, después de madurarlo mucho. Verás... El Marqués—que, créeme, es un señor muy simpático y muy *chic*—estaba haciendo el amor a Pepita Arévalo...

ANUNCITA.—¡Jesús!... ¿A esa cursi, que pone a los vestidos que hace ella etiquetas de Madame Dubois, y que pasa en San Sebastián los veranos con aquellos tíos que parecen arrancados de un anuncio de vino de Rioja? (Ríen las dos.)

ELVIRA.—Pero en cuanto yo llegué y me lo presentaron, empecé a gustarle un horror, de tal modo, que no se separaba de mí. Y se acabó Pepita. Ella, ¡excuso decirtelo... ¡Si hubiera podido asesinarme con los ojos!... Por fin, se me declaró una noche en el Casino... Claro es, yo le pedí un plazo de unos días. Se lo dije a mamá... Por ella le habría dado el sí a la mañana siguiente... Pero yo quería pensarlo. ¡Pobre Enrique!... ¡Ay, si vieras

cuánto sufrí aquellos días!... Al fin tomé una resolución: escribí a Enrique diciéndoselo todo como te lo he contado. A los dos días llegó él, furioso. Regañamos atrocemente. ¡Figúrate lo que yo pasé entonces, lo que yo sentí haber *flirteado* con el Marqués. Pero Enrique se marchó, y no sé cuánto estuvimos sin vernos. Yo casi deseaba no verle más, porque temía que, si volvía, se iba a estropear toda la combinación. Así, apretada por el Marqués y por mamá, en esta situación en que ya dudaba si iba a perder a uno y a otro, le dije que sí. Y a los pocos días se concertó todo entre mamá y él...

ANUNCITA.—¿Y tu primo?

ELVIRA.—No volvió hasta pocos días antes de venirnos. Se fué a Francia y a Suiza, no sé por dónde anduvo... ¡Ni sé lo que sentí al verle otra vez!... Tuve ya escrita una carta al Marqués, que estaba en Madrid por cosas de la política, rompiendo las relaciones. Pero lo supo mamá, y ¡buena se armó!... ¡Como que hasta se puso mala!... Enrique mismo me rompió la carta y tranquilizó a mamá asegurándole que por él nunca se estropearía mi felicidad.

ANUNCITA.—Todo eso es muy dramático.

ELVIRA.—Ahora viene lo mejor... ¡Mi confesión!

(Anuncita la mira fijamente. Elvira se ruboriza un poco, abraza a su amiga y las dos se besan con efusión.)

ANUNCITA.—(Con sumo interés.) Sigue. *C' est passionnant.*

ELVIRA.—(Con voz más baja y ligeramente trémula.) Aquella tarde dije a Enrique que teníamos que hablar en serio, y mamá nos dió permiso para ir juntos al paseo, porque ella, de la sofoquina, tenía una jaqueca feroz. Llegamos al muelle, y dije a Enrique: —«¡Con cuánto gusto daría un paseo por el mar!»... ¡Era un atardecer deliciosol... Me llevó hasta una lancha, entramos, tomó los remos, y nos fuimos alejando quién sabe hasta donde, allá en una de las faldas del Igueldo, hasta un sitio que yo le indiqué. Saltamos a tierra, y nos sentamos sobre unas rocas que batían las olas... (Suspirando largamente.) ¡Ay, Anuncita!... Te digo que, aunque no soy, bien lo sabes, romántica, sentía un encanto indecible aquella tarde, en aquel paisaje seductor: el mar, con su fuerte perfume, los bosquecillos del monte, la luna llena reflejando su luz temblorosa sobre las aguas... Y a mi lado, Enrique, que parecía triste, muy triste, y ¡daba unos

suspiros!... Yo estaba inquieta, nerviosa, no sé cómo... (Crispa sus manitas blancas y finas, en uno de cuyos dedos brilla entre diamantes, como en la tarde evocada debía de brillar el mar, una enorme y limpia aguamarina. Pausa. Luego, más sosegada.) Hablamos. Me contó que había pensado muchas cosas: ponerse a ejercer la profesión de abogado, aunque le costaba el alma abandonar sus aficiones poéticas; emigrar a América, todo para hacer dinero y poder casarse conmigo... ¡Y hasta en el suicidio!... Pero después había preferido una resignación dolorosa, cuanto más, mejor; quería padecer por mí, saborear la voluptuosidad del dolor, que la tiene también como el placer. Se trataba de mi felicidad, decía él, y se creía tan poco para mí, que no se sentía capaz de proporcionármela, ni con derecho a impedirme que otro me la ofreciera. Que yo fuera feliz y triunfara en la vida, como merecía... ¿Qué importaba al lado de eso su corazón?... La vida da sus consuelos; a veces, hasta el olvido... Pasar sin dejar huella, jamás; unas veces quedan cicatrices; otras, mutilaciones; no pocas, ruinas nada más. Eso le ocurriría a él: viviría con el alma en ruinas, consolándose con sus obras y sus versos, cuya poesía ganaría quizás en grandeza y en verdad, por un capricho sarcástico del destino, al reflejar la inmensidad del dolor... (Un sollozo la interrumpe, dos lágrimas caen de sus hermosos ojos por las mejillas de nardo, y Anuncita se enternece también.)

ANUNCITA.—Sigue, sigue.

ELVIRA.—Todo esto me lo decía él, pero ¡de qué modo, con qué encanto!... Yo estaba trastornada. El calor de sus palabras y el aliento salado del mar se me subían a la cabeza y me producían una deliciosa borrachera... No pude más, me abracé a él, y nos besamos como fieras. Después... (En entusiasta evocación, levantando a lo alto sus húmedos ojos azules.) ¡Aquello fué un idilio de encanto, como un sueño!... Madrina, la luna, decía él; padrino, el mar; testigos, los pinos y las gaviotas... (Anuncita ha tenido que levantarse, y, por hacer algo, se acerca al balcón, y mira el puro raso del cielo. Nada pregunta, como si su linda amiga hubiese ya llegado al final de su relato, y ésta, después de vagar sus ojos como persiguiendo la visión de un dulce recuerdo, prosigue sola.) Y así hallamos la solución del grave problema, y firmamos con besos un tratado de paz. El dejaba paso a mi fortuna, pero seguiríamos queriéndonos, nos queríamos más

aún. Luego... El Marqués es viejo (anda por los sesenta) y todo se reduce a esperar... ¿No podría un día la Marquesita viuda de Villares ofrecer a su primo su mano, su título y su fortuna?... ¡Y seríamos muy felices siempre!... ¡Oh, sí, siempre!... (Pausa. Elvira adopta otra vez su aire ligero. Anuncita, a su lado, la abraza por el talle.) Yo no sé a qué hora volvimos al hotel, muy tarde. Mamá se enfadó y nos riñó, pero yo la contenté con un beso y con la formal promesa de casarme con el Marqués; y, cuando éste, pocos días después, volvió a San Sebastián, me pidió... Me caso el día de mi cumpleaños, el 15 de noviembre. (Se miran, se besan y se ríen los dos.)

ANUNCITA.—¿De modo que el verdadero *primo* no es Enrique, sino el Marqués?

ELVIRA.—Calla, tonta (tapándole la boca con el abanico. Ríen las dos con fuerza). *Y could not help it, could Y?*

ANUNCITA.—(Cogiendo el abanico de Elvira y abriéndole.) ¿Versos del Marqués?

ELVIRA.—No seas satírica. Me los dedicó Enrique al día siguiente de *aquella tarde*. Verás qué divinos.

ANUNCITA.—A ver, a ver. (Los leen juntas. Pausa.) ¡Ay!, son preciosos, encantadores... como tú. (Se besan.)

RAMONA.—(Desde fuera.) Niñas, que se va Nati.

ELVIRA.—Allá voy.

ANUNCITA.—(Repitiendo los últimos versos.) ¡Qué final tan lindo!

«Y, si la gloria con fervor anhelo,
es porque su mansión está en el cielo,
y el cielo, cual tus ojos, es azul.»

ELVIRA.—(Cerrando el abanico.) No dudarás de que te tengo por mi mejor amiga. Siempre has sido para mí como una hermana, desde que nos conocimos en las Ursulinas; por eso me he desahogado contigo. Tenía necesidad de contarlo a alguien. Ya sabes mi combinación: me caso con el Marqués, pero Enrique y yo seguimos queriéndonos. ¿Qué te parece?

ANUNCITA.—*All righ...* Una combinación fantástica, Vamos, el perfecto *menage-à-trois*, ¿no?... Y el Marqués será...

ELVIRA.—Lo que decía Enrique: él escribe novelas, comedias, versos, y los editores las publican por su cuenta.

ANUNCITA.—¿Entonces, el Marqués?...
 ELVIRA.—Ya lo sabes: ¡el editor!

NATI.—¡Elvira! (Se levantan las dos amigas.)

ELVIRA.—Voy. (A Anuncita.) Por supuesto, de lo que te he dicho, ni una palabra... Ni a Federico, ¿eh?... (Acercándose a ella.) Que también yo me he callado lo del húsar.

ANUNCITA.—¡Me ofendes sólo con suponer!...

ELVIRA.—Adiós, querida mía. (Se besan con efusión.)

ANUNCITA.—¿De manera que ya se te puede decir: (recalcando las palabras) adiós, *señora Marquesa*...

ELVIRA.—Marquesa, todavía no; señora... tú sola me lo puedes decir. (Salen.) ¿Irás a ayudarme a colocar los regalos y el equipo?

ANUNCITA.—No faltaría más. (Saludando a Nati.) No sabe cuánto me alegro de la suerte de Elvira.

NATI.—Ya lo sé, Anunci; nos queréis como os queremos nosotras.

RAMONA.—(A Elvira.) ¿Has tenido ya algún regalo?

ELVIRA.—Varios, pero poca cosa: más *fachada* que valor. A veces dan ganas de decir...

NATI.—(Interrumpiendo.) Vamos, que tenemos muchas visitas que hacer. Ya hablaréis otro día más despacio.

ELVIRA.—Adiós, Ramona; adiós, Anunci. (Se despiden.)

RAMONA.—Adiós, y enhorabuena.

ANUNCITA.—Hasta mañana, que iré a tu casa.

NATI.—Adiós, adiós. (Marchan Nati y Elvira. Esta baja la escalera cantando *sotto voce*:

«Era un re di Thulé.»)

ELVIRA.—(Ya en la calle.) ¿A dónde vamos, mamá?

NATI.—A casa de Mercedes, la Condesa de Aralla.

ELVIRA.—(Al mecánico.) Goya, 55. (Suben al auto. Pausa larga, mientras arranca el vehículo.)

NATI.—¿Piensas dar a Enrique el parte de tu boda?

ELVIRA.—(Suspirando.) ¡Mamá... ya se lo he dado!

(El coche se aleja rápidamente. La tarde muere en un lejano incendio de púrpura.)



Historia de un dolor

Las conocí en una de las temporadas que pasaba durante la vendimia, en la pequeña villa de X, en donde mi tío Mauricio me había dejado en herencia su hacienda, una granja deliciosa, formada por una casita de campo con su huerta, un extenso prado, un soto de castaños y unas cuantas hectáreas de viñedo.

Precisamente el año que murió mi tío, cuando iba yo por primera vez a hacer la vendimia en mis pequeñas posesiones, fué cuando trabé conocimiento con ellas en una de mis visitas al cementerio, en el que diariamente vigilaba las obras del mausoleo que, como última muestra de mi gratitud y afecto, levantaba al pobre tío Mauricio.

Era una tarde dulce, de esas que el otoño prodiga como en ninguna otra estación en la meseta central de nuestro suelo; tarde tibia, serena, luminosa, en que los rayos oblicuos del sol esmaltan el sepia de la tierra, el gris plomizo de las montañas y el verde desvaído del follaje con un suave baño de oro. En los chopos amarilleaban ya algunas hojas, y los gorriones turbaban blandamente con sus píos la paz del cementerio.

Frente a un nicho, en cuya lápida leí después un nombre y una fecha, había tres mujeres enlutadas, entre cuyos negros mantos chillaban las notas blancas de los pañuelos, que las manos enguantadas llevaban frecuentemente a los ojos. A su lado, quieto, con la cola caída y la mirada triste, un hermoso perro de Terranova, también de enlutado pelo, parecía acompañarlas en su dolor.

Al pasar cerca de las tres mujeres, procuré ver sus rostros, que las lágrimas habían enrojecido. Una era ya anciana, como lo pregonaban sus cabellos por completo blancos, sus arrugas y su dorso levemente encorvado. Otra, la que sin duda le seguía en edad, representaba aún no cuarenta años, y conservaba con

esplendidez restos de extraordinaria belleza, que el ocaso de la juventud hacía más majestuosa y grave, como la de aquella tarde de otoño en que tan bien encuadraban sus cabellos negros, sus ojos oscuros y grandes, su empaque solemne y distinguido, que realzaba el dolor, y aquella boca de gruesos y bermejos labios que parecía un fruto maduro y atrayente. La última no llegaría seguramente a los veinte años: era una muchachita delicada, menuda, de tez de nieve, con los ojos azules como el cielo (al que no sé si miraban o dejaban que se mirase en ellos) y los cabellos de un oro pálido como si los tiñese la misma luz que se derramaba suavemente sobre todo el paisaje.

El grupo formado por las tres mujeres era tan interesante, que procuré informarme de quiénes eran y cuál la causa común de su pena.

El enterrador me puso en seguida al corriente de cuanto deseaba saber.

Aquella tumba guardaba los restos de un hombre, honrado y trabajador, de quien una era madre, otra viuda e hija la más joven. Modesto capitán de un barco mercante, en un accidente desgraciado, había salvado a costa de su vida el barco que mandaba y su valioso cargamento. Y así su pérdida significó para la familia, a la vez que una desgracia, nunca bien llorada, la reducción de su mediano vivir, porque el cargador, agradecido al acto heroico y desinteresado del marino, aseguró a aquellas mujeres una fortuna que les permitía vivir holgadamente.

Todos los domingos iban las tres a visitar el sepulcro del muerto querido, dejando en él la ofrenda de unas flores y la más inestimable de sus lágrimas.

No tardamos en hacer amistad, y, pasadas dos semanas, las acompañaba yo todos los domingos desde el cementerio a su casa.

¡Era consolador y digno de envidia aquel dolor compartido por las tres mujeres, y más de una vez pensé con pena, en mi quizá tardío arrepentimiento de solterón recalcitrante, que yo no dejaría tras de mí ojos tan puros y tan hermosos que llorasen mi eterna ausencia!

Terminadas las operaciones vinícolas, abandoné la pequeña villa, y no volví hasta el año siguiente.

Aunque en realidad nada tenía que hacer en el cementerio, porque el mausoleo de mi tío había quedado concluido el año anterior, el primer domingo de mi segunda estancia en X, encaminé mis pasos al sagrado lugar sólo por encontrarme nuevamente con mis amigas, casi la única amistad que tenía en el pueblo.

En efecto, allí estaba el grupo... Pero ¿cómo?... No había más que dos, y el noble «Don», el Terranova, que me vió el primero, y vino a saludarme con extremosas pruebas de afecto.

Un apretón de manos, y pregunté en seguida:

—¿Y Conchita? ¿Está acaso enferma?

—¡Ah!—contestó su madre—¿No sabe usted?... Se nos casó esta primavera, con un ingeniero, y se marchó poco después. El tiene un gran destino, pero lejos, en Africa.

Y las dos mujeres, cuyos ojos ya no lloraban ante la tumba del marino, se llenaron de lágrimas ante aquella otra ausencia, poco menos sentida que la irrevocable.

Y era en efecto un poco triste aquella defección ante el dolor común, ya menos compartido, y quizá no menos amortiguado en los corazones. Porque es así la bárbara ley del olvido.

* * *

Pasaron cuatro años más, y otro otoño, cuando volví a la vendimia de mis viñas, hallé solamente a la madre, acompañada de «Don», en el cementerio. Me explicó que su nuera se había casado el invierno anterior. Seguía viviendo en el pueblo, pero, naturalmente, con un nuevo marido vivo ¿cómo podía ir a visitar al marido muerto? Y, aunque había un dejo de tristeza en sus palabras, lo vencía una firme nota de orgullo maternal, al pensar que el recuerdo del muerto querido sólo se guardaba en su insustituible corazón de madre.

Dos años después ya no encontré tampoco a la anciana en el camposanto. La sepultura del marino, antes tan limpia, cuidada y cubierta de flores, veíase entonces del todo abandonada; las hierbas cubrían y ocultaban la lápida, y el nombre, borrado casi por las lluvias, era apenas legible.

Supe que la pobre vieja, delicada y achacosa, sólo podía pensar en cuidarse, y desde la entrada del último invierno no había vuelto a hacer más visitas a la tumba del hijo. Acaso aquella

mansión de melancolía empezaba también a inspirarle el horror de la forzosa morada próxima, a la que se va casi siempre con horror, digan lo que quieran.

Una mañana de aquel otoño volvía yo de ver recoger la uva en una de mis viñas, y pasé por delante del cementerio. Algo por costumbre de otros años y también por hacer una visita a la sepultura de mi tío, entré en él. Cumplido mi deber de afecto, quise ver también la del heroico marino, que ya nadie visitaba, y tomé una siempreviva de las que había plantado en la del tío Mauricio para depositarla como ofrenda en la otra.

Al acercarme, tropecé con un bulto negro, inmóvil, que la hierba crecida dejaba apenas distinguir... ¡Era «Don», el fidelísimo «Don»!... Pero muerto. No sé los días que llevaría allí, porque el olor me hizo apartarme. Sin duda, viejo ya, como era, cuando su instinto le hizo comprender que llegaba su última hora, reunió sus pobres fuerzas para ir a rendir el postrer tributo, el de su último aliento, al amo nunca olvidado.

Y salí conmovido ante aquel tierno epílogo de la historia de un dolor, que al principio miraba yo como dulce consuelo; pero que, según fué desarrollándose ante mis ojos con la dura crudeza de la vida, había ido dejando una huella de amargura en mi alma.



El "Dniester"

Sobre la popa del gran vapor de la Compañía alemana, musitaban en la calma canicular el eterno dúo de las almas enamoradas.

Era una noche pesada, de aplastante bochorno. En los camarotes se hacía irresistible la temperatura, y casi todos los viajeros habían subido sobre cubierta a respirar las ráfagas perezosas que de vez en cuando enviaba, saladas y húmedas, el aliento del mar como un beso consolador de frescura.

En unos sitios se hablaba lentamente en un corrillo formado por varias personas sentadas en mecedoras de lona, con la pesada lentitud que pone en los diálogos forzosos la primera hora muda de la madrugada; otros paseaban con pasos tardos junto a la obra muerta, sosteniendo con empeño conversaciones siempre agonizantes; tal cual, apartado de los rumores de sus vecinos, dormitaba sudoroso, hincada en el pecho la barbilla reluciente; los más seguros y fuertes habían subido a los cofas y, sombrero en mano, respiraban a pleno pulmón las suaves corrientes salinas y ligeras; en un corrillo estallaban alguna vez risas locas y juveniles: se jugaba a *las prendas* en aquel grupo de muchachas bonitas y muchachos galantes.

En la oscuridad de la noche, vibraban como notas alegres los tonos claros de los *cakees*, los *driles* y los *piquets*, y, entre el murmullo de las palabras y el áspero rumor del mar, los abanicos, febrilmente agitados por manos cálidas, chillaban en resignada quejumbre como si, agobiados también por el fuego de aquella noche de agosto, se les obligase, parias de su deber, a trabajar sin descanso en su consoladora labor.

Sobre las aguas oscuras, gruesas, tranquilas, diríase que también abrumadas por los ardores estivales, en un letargo profundo, el «Dniester» caminaba con la indiferente majestad de un

mundo gravitando en unéter líquido, sin puerto de origen, sin puerto de ruta, pero seguro en su inconsciencia de su misión elevada y providencial.

En el cielo sombrío de novilunio las estrellas tenían fulgores de fuego y, en aquella noche caliginosa, parecían chispas desprendidas de un incendio inmenso de la tierra, entre el vapor tenue y fosforescente de la canícula.

Apoyados, ella ambos codos sobre la banda de babor, y él el izquierdo, muy cerca, confundiéndose sus alientos hasta respirarlos mutuamente y sus miradas hasta no verse sinó en una confusión de bruma, Santa y Jaime hablaban, separados de todos y más aislados los dos en sus almas por su amor que por la distancia que los separaba de los demás viajeros.

No lejos los vigilaban sin mirarlos Iturriaga y su esposa, parientes lejanos de Santa, con quienes ésta regresaba a tierras españolas después de dos años de estancia en Méjico con un tío carnal, fallecido sin suerte, en la misma humilde posición que le obligara a ausentarse de España para regentar un colegio con dos mil pesos de sueldo. Y Santa volvía a la patria para vivir con una tía suya, modesta pensionista que residía en Madrid.

Jaime, en cambio, había sentido el mimoso halago de la fortuna. Hacía poco más de un año que había llegado a Méjico también, llamado por un tío suyo, riquísimo comerciante que quería tenerle como abogado en sus empresas industriales. Era un banquero opulento, dueño de tres líneas ferroviarias y varias explotaciones mineras. Al poco tiempo de llegar su sobrino, murió dejando a éste toda su fortuna.

Jaime, noble de alma, buen hermano y mejor hijo, había hecho la suerte de todos los suyos asegurándoles importantes rentas, y él, más rico de lo que acaso hubiera querido, enamorado de su suelo y de Santa, con quien pensaba casarse no tardando, volvía lleno de júbilo y de ilusión como atraído por una sonrisa de la felicidad que parecía llamarle eternamente desde los umbrales de la aurora.

Había conocido a Santa en Méjico, hacía cinco meses. Alma ideal de poeta, honda y delicada, como un océano que diese flores, fiera y dulce como una ola enorme que se empenacha de

espuma y vibra al sol en gotas de iris, había hecho de su amor una religión, de su corazón un altar y de su amada una diosa a quien consagraba con místicos fervores todos sus anhelos, sus pensamientos, su vida, su ser todo.

Ella también le amaba. Le amaba por admiración, por gratitud, por sugestión, por consuelo... Consuelo de un antiguo amor en que la oposición de los suyos y los desdenes dominadores de aquel perdido incorregible habían escrito una novela de padeceres; novela de la que no quedaba ya más que una herida curada y cicatrizada en su corazón, una huella de cansancio en sus ojos y en su alma una leve bruma de tristeza, que había caído como ligera nevada sobre las suaves rosas de sus mejillas.

Era también un alma que necesitaba querer y ser querida, pero querida a un tiempo con latigazos de negrero y con ternuras de niño. En Pedro había hallado el amo cariñoso que la fustigaba sin piedad; en Jaime, sólo había encontrado el niño dulce y tierno; no servía para dueño, pero ella necesitaba también ser esclava y esclava se había hecho por propia voluntad.

No, no le quedaba del amor de Pedro nada: la mejor prueba era que ni le odiaba siquiera: únicamente conservaba un vago rencor, más bien hacia sí misma, porque, en su instinto de amorosa servidumbre, hubiera querido pertenecer y haber pertenecido siempre al hombre que habitaba feudalmente en su corazón.

Precisamente iba también en el barco Pedro, que la había seguido, enamorado de ella, a pesar de todo, hasta Méjico. Y ahora, desengañado ya de que nada tenía en sus antiguos dominios, volvía a España para pedir de nuevo el alta en el ejército, al cual pertenecía, con el mismo amor para Santa, con un odio íntimo hacia Jaime, aunque nada demostrase su fría corrección de rival vencido en la singular batalla que durante algún tiempo se había librado entre los dos en el florido campo de aquel corazón femenino.

En el barco apenas se veían. En aquel momento Pedro, amigo del capitán, estaba con éste en el puente.

Los pasajeros aquel día tenían una razón más para permanecer sobre cubierta: al comer, el capitán había anunciado que por la noche darían vista a las Azores, y el deseo de ver tierra

tras tantos días de navegación tenía los ánimos excitados e inquietos, anhelosos de ver los primeros en el horizonte la faja brumosa de tierra firme, vaticinio de la pronta terminación de aquel viaje fatigoso, cansado, bajo un cielo abrasador e implacable.

Santa y Jaime, ajenos a todo, musitaban en diálogo embriagante el eterno poema de las almas enamoradas.

Un tenue rayo violeta removía allá en la lejanía, a proa, las sombras densas, heraldo del sol.

* * *

Un ruido estentóreo, como el descuajarse de un bosque entero, una sacudida horrorosa, que hizo caer por el suelo a los más... y el barco, como enorme animal herido en las entrañas, se dobló sobre su costado de estribor. Un descuido del piloto lo había separado insensiblemente de la ruta de las cartas, y había tocado en un banco, en un arrecife que abrió una inmensa brecha en la banda, por la que el mar se precipitaba con fieros rugidos de bestia hambrienta, silbando con sus labios cárdenos e inquietos una canción de muerte...

La confusión fué general. Gritos estridentes, llantos desesperados, voces trémulas y ahogadas que llamaban en las tinieblas a los seres queridos, ayes desfallecientes de infinito dolor, blasfemias que se alzaban hasta el cielo indiferente...

Los más serenos gritaban:

—¡A los botes, a los botes!...

Todos fueron lanzados al agua, y se llenaban en un instante de cuerpos que coronaba el horror pintado en los rostros. Eran terribles las escenas entre padres e hijos, entre pasajeros y lobos de mar, que rechazaban a aquéllos, agarrados a los botes repletos, a punto de zozobrar. Una madre, que vió hundirse a su hijo entre las olas, se volvió loca instantáneamente, y el mar curó con la suprema caricia de su abrazo aquella locura de un minuto; un pobre viejo, casi ciego, pedía a gritos que le salvarsen; un padre, salvador de sus hijos, sostenía ruda pelea porque no le dejaban penetrar en un bote...

Santa se había desmayado, y Jaime, solo, en aquellos pocos momentos, que duraron como siglos en su alma, no sabía qué hacer; por atenderla, había perdido la ocasión de ganar puesto

en un bote que fué lanzado a su lado, porque nadie se avino a recibir el cuerpo inerte de su amada desde él.

El capitán, sereno, con el afán de una despedida suprema, recorría apresuradamente el barco, deseando ayudar todavía al salvamento de algún rezagado, si quedaba. Los tíos de Santa habían desaparecido. Los botes bogaban ya a distancia del buque, y algunos se habían alejado considerablemente.

Sólo quedaban en el barco el capitán, Jaime y Santa, que no volvía en sí.

Aquél se llegó al sitio en que la novia yacía tendida y Jaime sollozaba irresoluto, y dijo a éste:

—No hay tiempo que perder... ¿Sabe usted nadar?

—Algo... ¡Por Dios, capitán, ayúdeme a salvarla!...

—Sólo le queda un medio: salvarla usted a nado, ganando un bote cercano.

—Ya lo había pensado, pero ¿cómo me tiro al agua con ella?

—Tírese usted, y yo se la echaré después con una cuerda... No perdamos un instante.

El capitán ató una cuerda con lazada al cuerpo de Santa, mientras Jaime se quitaba la americana para nadar mejor.

Antes de tirarse miró al capitán...

—¿Y usted?...

El marino se encogió de hombros, le estrechó la mano, y dijo con voz apagada:

—¡Buena suertel!...

Jaime se tiró al mar, y pocos momentos después recibía el cuerpo inanimado de su adorada. La agarró por un brazo con su mano izquierda, y penosamente empezó a alejarse del buque,

Tras él sonaron dos detonaciones.

A poco un ruido sordo le hizo volver la cabeza, y vió cómo la mole enorme del «Dniester» se hundía para siempre en las aguas...

Nadó, nadó mucho tiempo con su carga querida; pero las tinieblas no le dejaban ver dónde podría encontrar algún bote cercano en que salvarse.

El día avanzaba. Un resplandor verdoso hería las brumas en oriente, y en el cielo empezaban a apagarse las estrellas, mientras Venus refulgía como una esmeralda ardiente, alumbrando impávida aquella tragedia de horror.

Un bote pasaba cerca de Jaime, y éste se dirigió a él, nadando a grandes impulsos, con vigor desconocido, con las fuerzas que da una esperanza cierta en el horror de un peligro inminente. La barca, cargada de náufragos, se deslizaba lentamente, impulsada por cuatro remos.

Jaime llamó y pidió sitio para dos. Una voz contestó con terrible frialdad:

—Sólo hay una plaza.

Jaime avanzó hasta la borda, y vió una cosa terrible: Pedro, su rival, que empuñaba el timón, se inclinaba hacia él con los brazos extendidos.

Las bandas del bote rasaban con el agua, y parecía que ya no podría soportar la más leve carga.

Entre los rivales se cruzó una mirada terrible.

Fueron unos fugaces instantes de angustia horrorosa, más horrorosa que la muerte que Jaime veía cernirse implacablemente sobre su cabeza. Un mundo de ideas se agolpó a su pensamiento y un mundo de sensaciones salvajes penetró en su corazón. Vió a su amada en los odiados brazos, acaso un día amantes sin ser salvadores; vió el olvido de ella, apasionada y agradecida de él... Vió su amor, un amor que era más que su vida, asesinado, muerto, perdido para siempre... ¡No volvería a verla jamás, jamás!...

Dudó si sepultarla consigo... Una energía desconocida, levantándose de pronto del fondo de su ser, acabó con su vacilar de un instante. Se acercó al bote cuanto pudo, y con su brazo derecho izó el cuerpo inerte de Santa. Pedro, ayudado por un marinero, la cogió y la colocó dentro, cariñosamente, entre sus rodillas. La lancha se hundió levemente, y los remos la arrastraron de nuevo.

Los marineros, impasibles, y los náufragos, presa del espanto, no se dieron cuenta de aquella escena terrible que se desarrolló ante ellos, de aquella tragedia incruenta que tuvo por escenario un corazón...

Una jovencita, que había tenido la suerte de salvarse con un hermano con quien viajaba, conmovida por la escena, adivinando quizá, ella sola, todo su horror, o quién sabe movida por qué sentimientos, intercedió por Jaime:

—¡Dejadle entrar!...

Pero Pedro, que se había erigido en jefe o patrón del bote, llevado de su carácter militar y dominador, se opuso.

—No puede ser. A ésta, por ser mujer, la he tomado, y ya es demasiada carga: si entrase uno más, nos hundiríamos todos.

Los marineros se opusieron también, y uno de ellos dijo a la joven brutalmente:

—Puedes tú tirarte al agua y dejarle tu sitio.

Y, remando vigorosamente, trataron de avanzar.

Jaime, aliviado de su carga, siguió nadando al par del bote. Al fin las fuerzas le abandonaron, y en un movimiento instintivo echó las manos a su banda, haciéndole casi zozobrar... Un golpe brutal de un remero le hizo soltar las manos... Quiso nadar aún, pero no pudo: el golpe le había roto un brazo.

Todavía se sostuvo quieto unos instantes, viendo cómo se alejaba la barca en que se iba su sola ilusión para siempre, para siempre...

En oriente un vapor rosado inflamaba la neblina, y vagamente se dibujaba la costa lejana.

Y a la vista de la esperanza, impotente, pasivo, inerte, vacío ya su pensamiento, embotado su corazón, deshecha su alma, se dejó hundir...

El mar tendió tras la barca que huía hacia el día naciente el manto irrevocable del eterno olvido.

—Pero ¿cómo que se había caído en este o patón del pote, Hevado de la cascata... y de cuando se cae...
 —No me acuerdo, pero me acuerdo, te lo recuerdo, y ya es...
 —¿Cómo que se cae? ¿Cómo que se cae? ¿Cómo que se cae?
 Los momentos se olvidan también y uno de ellos dijo a la
 hora...
 —Puedes irte a la casa y decirle a él...
 Y, cuando voy...
 —¿Cómo que se cae? ¿Cómo que se cae? ¿Cómo que se cae?

Al final la gente se fue...
 —¿Cómo que se cae? ¿Cómo que se cae? ¿Cómo que se cae?

...

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.....	III
X Comida de entierro.....	1
Una sesión de hipnotismo.....	8
X Bodas de oro.....	15
La verruga.....	21
X El destierro.....	27
Una infidelidad.....	31
El recuerdo.....	36
La casa Fortin.....	44
El último romántico.....	48
El encuentro.....	57
Manflor.....	61
El rapto.....	71
El brazo vengador.....	75
Un roastbeef.....	80
El ramo de violetas.....	85
X El tío Mendo.....	92
La verdad.....	97
Cadenita de Oro.....	102
Amor.....	110
El dominó azul.....	118
¡Curado!.....	125
In artículo mortis.....	135
El editor.....	146
Historia de un dolor.....	153
El «Dniester».....	157

INDICE

You have very tall; but not so tall as my
uncle, he is six inches taller

William is not in my house today
That is not well done, I rise & have one?

~~Henry Handerson~~

Jan 24 - 93

Handerson

~~Handerson~~

~~Handerson~~

Je vous prie de ne pas
confondre un des noms de ce livre
avec les autres noms en ce livre

ERRATAS OBSERVADAS

Páginas	Línea	Dice	Debe decir
44	14. ^a	Royal	Royale
45	20. ^a	<i>sportman</i>	<i>sporimens</i>
53	16. ^a	permiten	permite
61	6. ^a	<i>fritura</i>	<i>fritada</i>
71	4. ^a	pirineos	Pirineos
76	15. ^a	París	Parish
85	21. ^a	<i>whisky... chartresse</i>	<i>whisky... chartreuse</i>
87	21. ^a	tamando	tomando
100	35. ^a	vean	vea
107	25. ^a	matrimanio	matrimonio
108	1. ^a	travador	trovador
111	13. ^a	vuces	veces
»	16. ^a	asola	asuela
148	12. ^a	lo	la
151	15. ^a	<i>Y could... could Y</i>	<i>I could... could I</i>
»	35. ^a	<i>All righ</i>	<i>All right</i>
»	36. ^a	<i>menage-à-trois</i>	<i>ménage à-trois</i>

ERRATA OBSERVADAS

Data de la	Pág.	Línea
Hospital	Hospital	14
Hospital	Hospital	20
Hospital, Hospital	Hospital, Hospital	20
Hospital	Hospital	20
Hospital	Hospital	20
Hospital	Hospital	20
Hospital	Hospital	20
Hospital	Hospital	20
Hospital	Hospital	20
Hospital, Hospital	Hospital, Hospital	20
Hospital	Hospital	20
Hospital, Hospital	Hospital, Hospital	20





arte 62

DELL'ANALISI
DELL'INQUADRO
FRONTO

LOCALI

1408